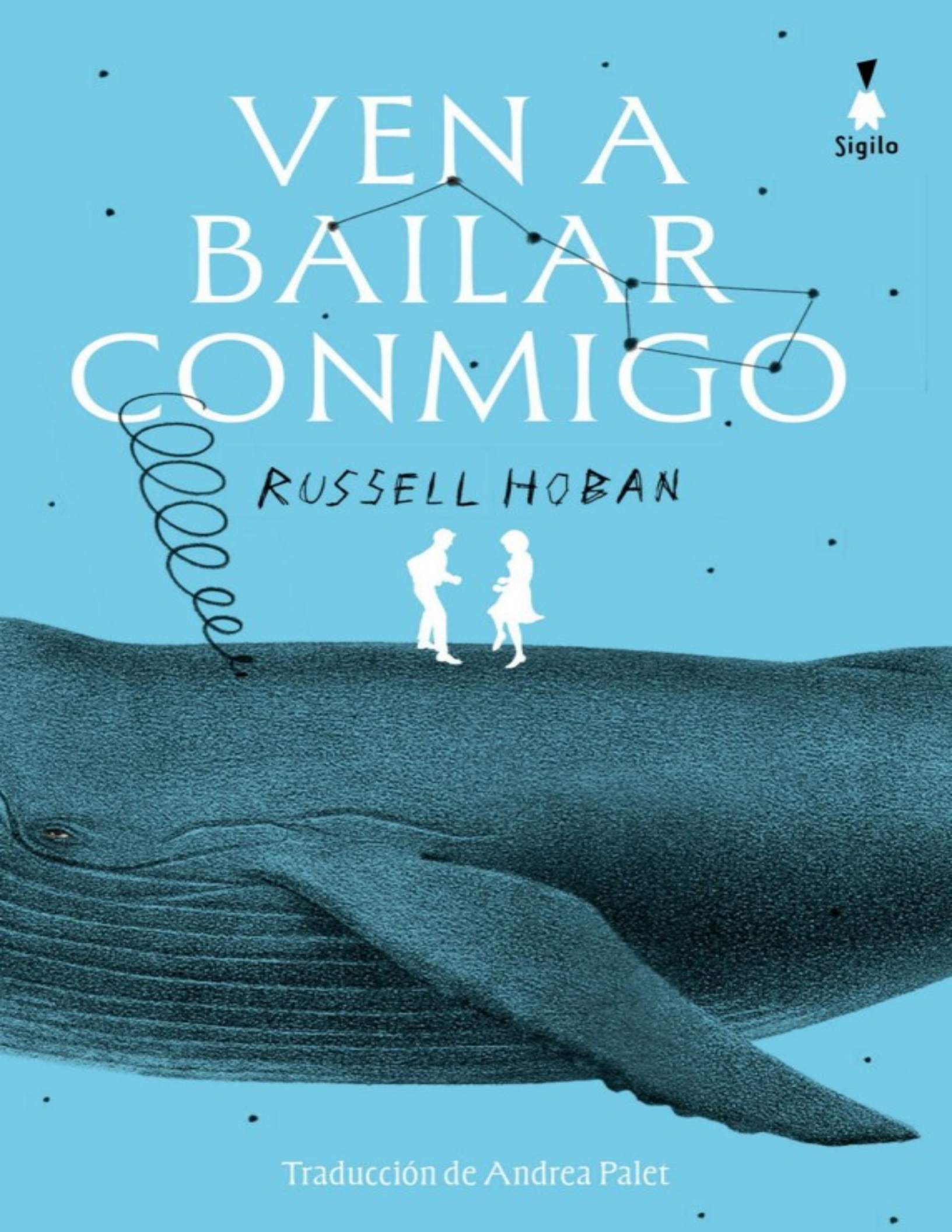
VEN A BAILAR CONMIGO

RUSSELL HOBAN

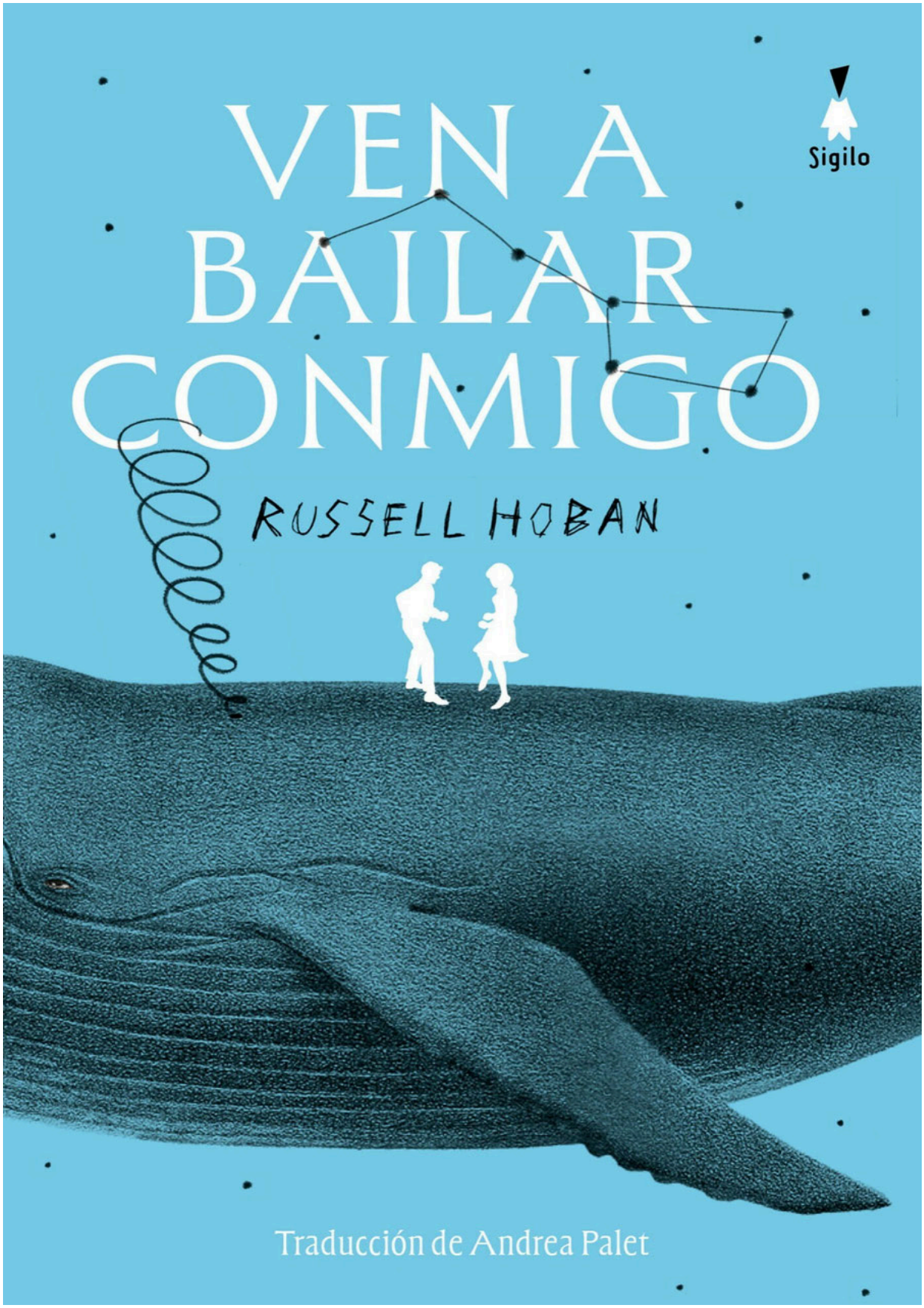


Sigilo

Traducción de Andrea Palet

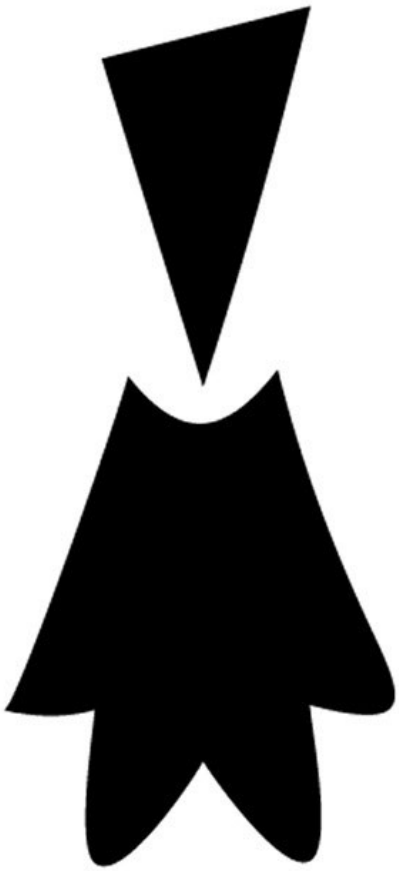
VEN A BAILAR CONMIGO

RUSSELL HOBAN



Sigilo

Traducción de Andrea Palet



Russell Hoban

Ven a bailar conmigo

Traducción de Andrea Palet



A la memoria de Lillian Hoban

La vida tiene sorpresas. La vida es absurda.

Y como es absurda, siempre hay esperanza.

Graham Greene, El cónsul honorario

Es gratis pero no es barata.

Robert Duvall, El apóstol

1

Christabel Alderton

21 de enero de 2003. Leí en alguna parte que una mariposa batiendo las alas en Hong Kong podría alterar el curso de un tornado en Texas. Claro, ¿por qué no? Quizás la primera vez que me puse rímel hice que lloviera en Norwich tres años después y que Dick Turpin se cayera de un tejado año y medio más tarde. No necesito que un científico me diga que todo está conectado y que la causa minúscula de algo puede tener un gran impacto en un lugar distante. Lo llaman Teoría del Caos, que es el nombre ideal para cualquier teoría que tenga que ver conmigo. La vida está llena de complicaciones, ya lo sabemos, pero yo tengo un asuntito extra que no deja de traerme problemas.

Tenía trece años la primera vez que ocurrió. Vivíamos en High Hill Ferry, junto al río Lea; eso es en Upper Clapton. El paisaje a lo largo del río da una sensación de gran amplitud. Sobre los humedales de Walthamstow el cielo se ve muy vasto y todo lo demás, pequeño. Más allá de las vías del tren, los cobertizos, los postes, las grúas y los edificios distantes parecen todos miniaturas bajo el cielo.

Fue en agosto, en las vacaciones de verano: el 7 de agosto de 1962, lo sé porque escribí la fecha en mi diario. Caminaba por el río. La orilla se teñía de púrpura con las margaritas de otoño y había gallinetas anidando en los juncos. El cielo estaba azul, el sol calentaba y en el túnel bajo el puente del tren la sombra era refrescante. Más allá del puente, el río se extendía sosegado y pacífico en la distancia. Vi venir una embarcación. Una lancha a motor bastante grande, el Badrulbadur. El nombre me recordó a la princesa Badoura de Las mil y una noches. Había mucha gente en la lancha y algunas personas me saludaron. Mientras las miraba, sentí

que la acción se congelaba, como si fuese una foto de gente saludando. «Mejor que no», dije, no lo suficientemente alto para que me oyeran. ¿Por qué dije eso? La foto se descongeló y la lancha y la gente desaparecieron de mi vista mientras me quedaba parada allí, sacudiendo la cabeza con una sensación de extrañeza.

Luego, después del té, Ron, mi padrastro, se fue al Anchor & Hope a beberse sus cuatro pintas de cerveza como siempre, y más tarde yo también salí. Me gustaba esa hora de la tarde en que las luces ya están encendidas pero todavía no oscurece, a veces me inspiraba para los poemas que escribía en mi diario. Vi un murciélago revoloteando por ahí y le tiré una piedrita. El murciélago la siguió por un momento, pero su sónar le debió avisar de que las piedras no son buenas para comer y se fue volando sin más hacia la noche.

Normalmente no me hubiera acercado al pub sabiendo que Ron estaba ahí, pero había unos hombres sentados en los bancos de afuera del Anchor & Hope y quería saber de qué estaban hablando. Conocía a algunos de ellos, eran todos vecinos del lugar. Cuando me acerqué lo suficiente, oí que Ted Wilmot decía: «Yo estaba en el muelle cuando oí la explosión. Podías ver el humo y las llamas a casi un kilómetro. Murieron todos, eran nueve».

«¿El Badrulbadur?», dije sin pensar. Se dieron la vuelta para mirarme. «Ese mismo, Chrissy –contestó el señor Wilmot–. ¿Conocías a alguien a bordo?». Respondí que no y me fui llorando y corriendo a casa. De alguna manera tenía algo que ver con la muerte de esa gente. Pero ¿cómo? Cuando dije «Mejor que no» las palabras simplemente habían salido de mi boca, no es que hubiese visto algo. Subí a mi dormitorio y escribí en mi diario todo lo que había pasado. No tenía ningún poema para esa tarde. Luego Ron volvió del pub y subió las escaleras pisando fuerte, se estremecía toda la casa. Abrió la puerta de golpe y sin llamar, como de costumbre, pero yo estaba preparada y muy vestida. El tufo era de al menos seis pintas.

–Sal de acá, Ron –dije.

–Si estuviste aquí metida toda la tarde, ¿cómo supiste de lo del Badrulbadur?

–Soy vidente. ¿Quieres que te diga lo que te va a pasar a ti?

Se le agrandaron mucho los ojos, se puso pálido y salió rápido. Un año después murió de un derrame cerebral. Pero no es que yo pudiera ver el futuro, solo quería asustarlo porque era un canalla y lo odiaba.

Cuando volví a clase le pregunté al profesor de inglés si le sonaba el nombre Badrulbadur. El señor Burton era bajito; no era gordo pero los botones de sus camisas siempre parecían a punto de reventar. Olía a sudor y a loción de afeitar, y cuando te hablaba parecía que sus manos estaban siempre a punto de tocarte, pero las retiraba antes de llegar a hacerlo. Supongo que debía tener unos cuarenta.

–¿Estás pensando en el barco que estalló? –dijo.

–Sí.

Me aparté un poco para evitar su aliento.

–Es una variante del nombre de la princesa Badura o Badoura de Las mil y una noches, puede ser Budur o Badr-al-Budur –dijo–. Y aparece en un poema de Wallace Stevens, «Los gusanos en la puerta del cielo».

Sacó un libro de su escritorio y empezó a leer:

Fuera de la tumba llevamos a Badrulbadur,

Dentro de nuestro vientre, nosotros su carruaje.

He aquí un ojo y su párpado blanco.

Y he aquí, una a una, las pestañas.

Aquí está la mejilla en que caía ese párpado,

Y aquí la mano, dedo a dedo,

el genio de aquella mejilla. Aquí, los labios,

el fajo de su cuerpo, aquí los pies.

Fuera de la tumba llevamos a Badrulbadur.*

Estuve a punto de decir «qué asqueroso», pero no lo hice porque me puso la piel de gallina. No había nadie más en el aula. Recuerdo el olor de la tiza y el ruido distante de pasos y voces en los pasillos.

–Gusanos –dije– que se la llevan en sus estómagos…

–Eso mismo. La hermosa doncella, la Luna de las Lunas, finalmente termina así, comida por los gusanos. Este libro es una recopilación de los poemas de Stevens. Hay otro ejemplar en la biblioteca.

–¿Usted tiene un barco?

–No.

–Si tuviera uno, ¿lo llamaría Badrulbadur?

–No. ¿Estás pensando en nombres para bautizar un barco?

–No. Gracias, profe, buscaré el libro.

Lo saqué de la biblioteca y leí el poema. Me evocó imágenes horribles, gusanos carcomiendo un ojo, las pestañas una por una, el párpado. Me arrepentí de haberlo leído, pero a la vez me produjo cierta excitación, de la que me avergoncé enseguida. Hojeé el libro y página tras página sentí que me cautivaba con ideas e imágenes que eran nuevas para mí, como «El pájaro insistía en que las aves una vez habían sido hombres / O lo serían». Con el dinero que me dieron para mi cumpleaños me compré mi propio ejemplar y, aunque buena parte de los poemas sobrepasaba mi entendimiento, y todavía lo hace, la realidad extraña en que me sumían me parecía una forma mucho más real de ver el mundo que lo que muestran las noticias de la tele.

Lo que más me preocupaba entonces era el estallido del Badrulbadur. ¿Existe algo así como la suerte, buena o mala? La mayoría de la gente piensa que sí, hasta se dice que hay quien nace con suerte y que ser afortunada es mejor que ser rica. Badrulbadur, ¿habrá sido un nombre infortunado para un barco? Pensaba que sí. ¿Y qué había querido decir exactamente con «mejor que no»? ¿Mejor no quedarse en ese barco? Supongo. Tal vez realmente era vidente. Lo que sé es que desde entonces cada vez que he tenido un sentimiento extraño, de cualquier tipo, lo acompañaba la expectativa de que iba a pasar algo terrible, pero no funcionaba así. O, bueno, a veces pasaba algo malo y a veces no, así que nunca estaba segura. Siempre me sentía insegura. Todavía hoy. Llegué a pensar que tal vez era yo la que traía mala suerte. Me lo guardé todo, no le dije nada a nadie y esperé que desapareciera. Hice amigos y traté de llevar una vida normal, y durante mucho tiempo no pasó nada.

No quería volver sobre eso ahora. Debería estar concentrada en el concierto del Hammersmith Apollo de este viernes. Nunca he sido muy decorosa que digamos, pero me estoy haciendo vieja para seguir apareciendo en el escenario sobre un cajón de esos que usan en las morgues, mientras la banda se alista en medio de unos efectos visuales tipo estudios Hammer con hielo seco. Nos llamamos Mobile Mortuary, sí, morgue portátil, y me he bajado de esa camilla

metálica en un montón de lugares a los que francamente no me importaría no volver nunca. En algunos de ellos los camarines olían a mierda y el lavamanos era el lugar más seguro para orinar. Tengo que tragar un poco de vodka para aclararme la voz y los chicos de la banda usan tantos analgésicos, ungüentos y vendas para rodillas y codos como un equipo de fútbol, pero seguimos ganando dinero y nos aman en Tirana, por ejemplo, así que es difícil parar. Pero la verdad es que ya no es mi estilo, no soy la misma que cuando empecé y el rock lo era todo para mí. No es una historia muy original, ya lo sé.

Cuando no estoy trabajando mi vida es mucho más tranquila de lo que solía ser. El año pasado me convertí en mecenas de la Royal Academy of Arts y he estado comprando libros de arte. Cuando descubrí los grabados de Goya sentí ganas de formar una nueva banda y llamarla Los Caprichos. Pero no lo hice. A veces encuentro imágenes que me suenan conocidas, como si ya hubieran pasado por mi mente o algo así; unas litografías de Odilon Redon en particular. Hay todo tipo de cosas que sería mejor no ver, y Redon dibujó tantas de ellas como pudo. A veces me producen náuseas. Es como si supiera algo de mí que no debería saber. Qué pensamiento más absurdo. Lleva muerto desde 1916. No he leído nada de su vida, pero debió haber mucha oscuridad en ella. Su serie de litografías se titula Les Noirs, Los Negros. Hasta la velada que estoy a punto de describir solo conocía la obra de Redon por uno de mis libros.

Hoy fui a una visita privada de la exposición Los simbolistas en la Royal Academy y vi que había un cuadro de Redon, El cíclope. Nunca había visto una obra suya al natural, ni siquiera reproducciones, pero tuve la sensación de haber visto antes a ese cíclope. ¿Había estado en sueños en ese lugar donde huelo el viento salobre y el mar? La mujer desnuda que yace, tal vez como un sacrificio, ¿soy yo? Tiene los brazos levantados, como para protegerse de la mirada de esa enorme criatura que se asoma, esa monstruosa cabeza deforme con un ojo gigante y una boquita repugnante sobre la cual no se quiere

ni pensar. O tal vez lo está aceptando, abriéndole los brazos, no sé, no podía estar segura.

Había mucha gente entre el cuadro y yo, y no había terminado de mirarlo cuando me di cuenta de que un hombre me observaba a unos tres metros de distancia. No es un fan de Mobile Mortuary, pensé. Era alto, guapo, indudablemente interesado en mi persona, y le calculé unos quince o veinte años más del tipo que yo solía atraer. Ah, el tiempo, qué rápido pasa ese desgraciado. No pude evitar sonreír, no a él, sino porque pensé que su gusto para las mujeres debía ser tan poco fiable como el mío para los hombres.

La gente entre El cíclope y yo se había ido y de nuevo tenía una vista despejada. Me acerqué. El cuadro medía menos de un metro de alto, pero de pronto se amplió frente a mí y se me volvió gigante. Entré como en un túnel de silencio y luego creí oír el mar muy por debajo de mis pies. Dije «oh», como si de un momento a otro supiera algo nuevo. Pero entonces la sala empezó a dar vueltas y apenas logré llegar al baño antes de vomitar.

Seguía temblorosa cuando regresé a la exposición. No vi al Señor Interesado, pero de todas formas no estaba de humor para hacer amigos. No volví a mirar El cíclope y evité todo Redon, de hecho. Había unas buenas piezas de Bresdin que no me hicieron vomitar, y por supuesto unos Moreau y Böcklin y otros de los simbolistas habituales. Como en toda velada de este tipo el champán corría a raudales, y no había persona con una chequera orientada a las artes que no tuviera una copa en la mano. Los meseros, todos jóvenes y todos de negro, seguían rellenando mi copa y yo la seguía vaciando, así que me sentía bastante libre y tranquila cuando me topé con el Señor Interesado, o él se topó conmigo. Había bebido lo suficiente para envalentonarlo un poco, y esta vez me sonrió.

–Komm tanze mit mir! –le dije.

¿Qué demonios me hizo decirlo? Tuve que aferrarme de su brazo para evitar caerme. El champán no me hace eso, debía haber sido el vodka que me había tomado antes de ir a la Royal Academy, aunque mi visita al baño de mujeres podría haber neutralizado la carga alcohólica.

–Komm tanze mit mir!

¿Lo dije dos veces?

Parecía sorprendido.

–¿Eres alemana?

–No. ¿Tú?

–Mitad alemán, por parte de madre. Es un verso de «El señor Olaf». ¿A qué viene la canción?

–No sé, no me hago responsable de todo lo que digo.

–¿Acaso eres la hija del Erlking?

–Tal vez, pero ahora no tengo ganas de bailar. Y digamos que no es una situación propicia al baile, es un evento de simbolistas y los símbolos son alusiones a otras cosas. Como yo.

–¿Perdona?

–Cosas distintas, en distintos momentos… Tengo que mear.

Me fui. Estuve dando vueltas en los baños lo que me pareció mucho tiempo, pensando en la frase que me había salido sin querer. «El señor Olaf» es una balada de Loewe, y Komm tanze mit mir, «ven a bailar conmigo», es lo que le dice la hija del rey de los elfos, el Erlking, al señor Olaf cuando este cabalga grandes distancias y hasta muy tarde para congregar a los invitados a su boda, que es al día siguiente. «Komm tanze mit mir», le canta ella. Él la rechaza y

durante la boda cae muerto. Escuché esa balada en Viena, en casa de Adam Freund: Adam me la cantó, completamente desnudo. Era un poco raro. ¿Qué me hizo soltarle esas palabras en alemán a este desconocido? Como si hubiera una conexión entre nosotros. Eso me asustó un poco y no estaba segura de querer volver a hablar con él.

Creí oír los pasos de un hombre, así que me metí en un cubículo. Era el único que estaba ocupado. Alguien tocó la puerta del baño y, cuando no obtuvo respuesta, entró y se acercó a mi cubículo.

–¿Estás bien?

Era él.

–Sí, pero no podemos hablar más esta noche.

–¿Cuándo puedo verte?

«Lo vas a lamentar», pensé.

–Dame tu número, pásamelo por debajo –dije–. Yo te llamo.

–Pero no sé tu nombre.

–Ahora no –dije–. Yo te llamo.

¿Qué estaba haciendo? No sé, hago muchas cosas estúpidas. Vi el papelito: un nombre, Elias Newman, y un número.

–Te lo dejo, tú verás lo que haces –dijo, y sus pasos se alejaron.

Cuando salí, el vestíbulo estaba medio vacío. Tomé mis cosas y me fui. El aire afuera estaba helado y parecía cargado de una nieve casi a punto de caer. Crucé la calle y paré un taxi. Piccadilly rebosaba de luces y tráfico. Cuando enfilamos Park Lane los autos que pasaban a toda velocidad parecían estar vaciando Londres; pronto ya no habría más gente, solo autos sin conductor precipitándose hacia la noche. Los árboles de Hyde Park se veían pálidos bajo la luz de los faroles,

sus sombras, frías y negras. Bayswater Road me miraba como si fuera una extranjera. Cuando llegamos a mi calle en Notting Hill todo estaba desierto y apenas iluminado. Había dejado las luces encendidas, pero aun así mi departamento tenía aspecto de casa vacía. Podía oír un helicóptero bastante cerca, luego más lejos, luego cerca de nuevo. Mi gato Stevo salió a saludarme y entramos juntos. Antes de cerrar la puerta volví a mirar hacia la calle y era como una fotografía de algo que se había desvanecido. Moví la cabeza como en un gesto de negación y cerré la puerta. Pensé que no llamaría a Elias Newman.

** Versión de Poesía reunida, edición de Andreu Jaume, Barcelona, Lumen, 2018. (Todas las notas al pie son de la traductora).*

2

Elias Newman

21 de enero de 2003. «Komm tanze mit mir!». Oí la voz de mi mamá y vi los alisos y los abedules del Teufelsmoor, cerca del Worpswede de su infancia.

«Esos árboles crecieron en unas islas diminutas en medio de las marismas –me había contado ella–. Eran delgados y modestos. Tan tímidos que no les gustaba que los contemplaran. Tenían su propio modo de escuchar el viento, de aceptar la luz, con mucha delicadeza: formaban pequeñas sombras sobre el agua, los juncos y el barro. Yo siempre fui muy cuidadosa, muy respetuosa con los alisos y abedules. Un día de Navidad muy frío encontré un muerto en el agua cerca de la orilla, un hombre. Se habría caído después de resbalar en el hielo. Le colgaba una cámara del cuello. Era huésped de un artista que vivía cerca. No tenía heridas, la policía no entendía qué podía haberle ocurrido. Yo creo que fue muy tonto al querer fotografiar esos árboles tan tímidos, con sus sombras tan pequeñas».

–¿Alguien hizo revelar los negativos? Quizás sus fotos mostraban cómo murió o algo.

–No sé qué pasó con el rollo de fotos.

–¿Cómo crees que murió?

–Quizá la hija del Erlking le tendió la mano y lo invitó a bailar, ¿no? Escucha esto.

Y tocando su acordeón me cantó «El señor Olaf». Era hermosa mi madre, alta y elegante, y su pequeña actuación me hizo estremecer de pavor y deleite. Llevaba el pelo rubio en una melena corta a lo Louise Brooks, un estilo que no se veía a menudo en el pueblo, tenía una voz alucinante y toda ella desprendía una cualidad casi mitológica. Su nombre es Anneliese, y no sé dónde está ahora. Cuando yo tenía once años se fugó con el tenor de una compañía de ópera de Pittsburgh y entonces surgió el mito de Anneliese. Pero todavía faltaba para eso cuando me cantó «El señor Olaf» por primera vez. Tenía ocho años y era más racionalista de lo que soy ahora.

–¿Esa canción es como un cuento de hadas?

–No sé cómo llamarla –dijo ella.

–Pero ¿tú crees en el Erlking, ese rey de los elfos o rey de los alisos?

–Bueno, sé que en los árboles del Teufelsmoor vive algo. Le puedes poner un nombre o no. Ahora tengo que hacer la cena.

Cuando me cantaba, mi mamá era más joven que esta extraña mujer que me había traído a la memoria esa canción en alemán y la voz de Anneliese. ¿Quién sería? Ojos verdes, labios rojos, pelo claro y piel pálida, me pareció hermosa y fría, como un río congelado, la nieve cuando brilla, los alisos y los abedules revestidos de hielo. Era muy delgada y llevaba un top plisado de color plata, fluido y ceñido a la vez, pantalones anchos y botas con tacones altos, todo plateado. «Tendrá unos cincuenta y tantos», pensé, y parecía iluminada desde dentro con esa locura que a algunas personas las mantiene jóvenes. ¿Famosa? Ciertamente estaba acostumbrada a que la miraran. ¿La había visto antes? No sé, me sentí atraído por ella desde el momento en que la vi frente a El cíclope. No se estaba quieta; como había gente que le tapaba la visión del cuadro se movía hacia atrás y luego hacia adelante para restablecer la conexión. Me di cuenta de que la pintura tenía un efecto poderoso

sobre ella. Quizás se sentía como la figura que yacía ahí desnuda, entrando en el sueño del cíclope y sometiéndose a él. En un ramalazo de empatía pude estremecerme como ella y llegué incluso a emocionarme; quería tomarla en mis brazos y sentirla temblar contra mí. De pronto pareció abrumada, dio un giro abrupto y huyó de la sala.

La volví a ver en el cóctel. El lugar estaba atestado de millonarios y mujeres tanto en su estado natural como restauradas por manos expertas, pero siempre con aspecto caro. Entre nosotros, elegantes y de negro, pasaban los meseros derrochando la fugacidad de la belleza y la juventud mientras dispensaban champán, sushi, salsas exóticas, rollos de verduras y sonrisas. La mujer plateada de ojos verdes estaba parada frente a mí, incluso inclinada hacia mí.

–Komm tanze mit mir! –dijo. Se inclinó más, se sujetó de mi brazo para no caerse y volvió a decirlo–: Komm tanze mit mir!

Me sorprendió que conociera la canción, y me sorprendió más que me hubiera elegido a mí para decirme algo tan fuera de lugar. Le pregunté si era alemana –no lo era–, me preguntó si yo era alemán y entablamos una pequeña conversación bastante extraña que ella cortó de súbito para ir al baño. Pasó un buen rato y no volvía, y en su ausencia reproduje mentalmente la escena de ella frente a El cíclope, que de verdad es un cuadro impactante. Pero ¿le había parecido nauseabundo? Había corrido al baño con la mano en la boca, como uno hace cuando está a punto de vomitar. Me había dicho que tenía que mear, pero creo que aquí hubo una confusión de fluidos corporales.

Después de un rato largo retiraron las copas y la gente se congregó en el guardarropa para recoger sus cosas, así que fui a buscarla al baño de mujeres y tuvimos otra curiosa conversación a través de la puerta de un cubículo. No es el tipo de cosas que suelo hacer, pero no podía dejar pasar un encuentro tan especial. Ella permitió que

deslizara mi nombre y mi número de teléfono por debajo de la puerta y, aunque no quiso decirme su nombre, dijo que me llamaría.

Cerca del guardarropa me encontré con Peter Diggs y Amaryllis, a quienes había conocido en una de las exposiciones de Peter en la galería de Nikolai Chevorski. Peter llama «la ninfa de Waterhouse» a Amaryllis, porque podría haber posado para representar a cualquiera de las muchas hechiceras del maestro victoriano. Ella da clases de piano y dicen que es muy buena; fuera de eso, hace tiempo que se la conoce como un bicho raro.

–¿Qué te pareció la exposición? –me preguntó Amaryllis.

–Increíble –dije–. Nunca había visto tantos Redon, y había obras de Bresdin que no conocía.

–Te vi hablando con Christabel Alderton –dijo Peter–. ¿La conoces?

–¡Christabel Alderton! Con razón me parecía haberla visto antes. Aunque no la conozco, la verdad. ¿No cantaba con… –traté de recordar el nombre de la banda– Death on Speed?

–Mobile Mortuary –dijo Amaryllis–. Ya no dan tantos conciertos en Inglaterra como antes, pero actúan en el Hammersmith Apollo este viernes.

Conversamos un poco sobre la nueva exposición de Peter. El tema era La muerte y la doncella y cuando fui a la galería la mayoría de las obras tenía un círculo rojo pegado en los marcos. La muerte era un joven pálido y hermoso, desnudo y casi enteramente en sombras, de modo que nunca se podía distinguir si estaba bien dotado o no; todas las doncellas eran variantes de Amaryllis y también estaban desnudas y eran para morirse, se podría decir. «La muerte nunca tuvo tanta suerte», se tituló la reseña de Noah Thawle en el Guardian.

Por nuestro amigo en común Seamus Flannery había oído que Peter había pasado por un período de sequía creativa después de que Amaryllis se fuera a vivir con él. «Demasiada felicidad», dijo Seamus. «Perdió pie por un tiempo. Pero con Amaryllis siempre se está en estado de incertidumbre, así que se recuperó. El consenso es que Amaryllis va a seguir siendo preciosa y rara durante mucho tiempo, por lo que podemos prever una buena racha de productividad para Peter, con o sin ella».

Nos separamos y me quedé solo en el frío con mis pensamientos y preguntas sobre Christabel Alderton. Las luces de Piccadilly creaban destellos lunares en los pequeños charcos de la explanada de la Royal Academy. Comencé a caminar hacia la estación de metro de Green Park mientras un autobús rojo de dos pisos doblaba hacia mí y luego se alejaba como ejemplo inconsulto del efecto doppler. Ya desprovista de luces navideñas, la Burlington Arcade parecía un monumento a la paciencia, esperando la próxima ola de turistas con una divisa fuerte para gastar. Al otro lado de la calle se alzaban augustas las iluminadas columnas griegas de lo que antiguamente era un banco y hoy un China House. El Hotel Ritz, también profusamente iluminado, se erguía junto a los fantasmas de eneros pasados manteniendo su firmeza en la noche invernal frente al enjambre de focos, el rugido del tráfico y la fugacidad de la época. Todo parecía evocar otra cosa, y en mi mente Christabel Alderton, la hija del Erlking, me cantaba al oído entre elfos danzantes mientras traspasábamos las verdes orillas por Piccadilly hasta el metro, y no era «El señor Olaf», sino dos violines, una viola y un violonchelo, el Cuarteto n° 14 de Schubert, La muerte y la doncella.

«La bolsa vuelve a caer», decía el titular del Evening Standard en el quiosco.

Tomé la línea de Piccadilly hasta Earl's Court. Cuando llegó el tren había asientos de sobra. Me senté junto a un joven elegante que estaba leyendo una columna de John le Carré en el Times titulada «Estados Unidos se volvió loco». Sonó su móvil.

–Hola, Jeremy. Perdona por no haberte devuelto la llamada, tuve un día de locos. –Pausa. Bajó la voz–. Bueno, ¿te sorprende? ¿Acaso no sigues el Footsie y el Dow Jones? –Pausa–. Sí, sí, ya sé. Pero eso era entonces, esto es ahora. Tienes que saber cuándo retener, cuándo retirarte, etcétera, etcétera. –Pausa–. Sí, bueno, yo también lo siento. Ciao.

Sacudió la cabeza y volvió a John le Carré. En ese momento ya me sentía muy estadounidense y muy a la defensiva. Al fin y al cabo, soy ciudadano estadounidense. No quería una guerra con Irak, pero no me hubiese importado si a John le Carré le daban un billete solo de ida a Bagdad.

Cuando salí del metro en Fulham Broadway oí un helicóptero muy cerca, luego más lejos, luego otra vez cerca. Miré hacia arriba pero no pude verlo. Caminé hasta mi casa y al entrar vi el Sunday Times sobre la mesa de la cocina, donde lo había dejado, doblado en la página donde venía una foto famosa de dos chicas en una montaña rusa. La había publicado originalmente el Picture Post en 1938 y la falda de la rubia bonita de la derecha se abombaba hasta mostrar bien sus piernas, enfundadas en las coquetas medias de la época, las ligas y un poco más arriba. Cuando miré con atención me fijé en que tenía una mano dentro de la falda, levantándola. En uno de mis libros hay un grabado antiguo de una mujer joven que consigue hacer huir al diablo haciendo lo mismo.

La chica de la foto parecía contenta de estar viva y confiada de producir placer a todo el mundo mientras avergonzaba al diablo al mismo tiempo. Bajo ese cuerpo del periódico estaba la portada del Times del sábado con otra imagen de una joven, esta vez una guardia de la Royal Navy patrullando el HMS Ark Royal con un fusil, una radio y la Union Jack revoloteando al fondo mientras el barco repostaba en Portsmouth antes de zarpar rumbo al Golfo. Parecía transmitir una confianza absoluta, pero yo dudaba de que su fusil y el Ark Royal pudiesen derrotar al diablo de un modo más eficaz que

la joven de la montaña rusa. La que hoy debe tener unos ochenta años.

En la mesa ratona de la sala de estar había una circular del hospital que aún no había leído: «En caso de ataque químico o biológico». Mi mente saltó con el recuerdo de una canción que mi padre solía cantar en los años cuarenta: «Las papas, muy baratas / los tomates, tirados / es la hora de los enamorados…». Bah, los tomates y las papas deben costar treinta o cuarenta veces más que entonces. A veces mi padre también cantaba «Adoro pasar esta hora contigo», el tema principal del programa de radio de Eddie Cantor. Hoy todas sus horas se han ido hace tiempo.

Me serví una copa de Courvoisier, me senté en el sofá, me quité los zapatos y apoyé los pies en la mesa ratona. El coñac me iba entibiando el cuerpo, que es solo una pequeña parte del mundo, pero mejor que nada. Sabía que Christabel Alderton no iba a desaparecer de mi mente, pero no pensé que fuera a llamarme.

3

Christabel Alderton

22 de enero de 2003. ¿Por qué había llevado al Erlking a la Royal Academy? ¿O acaso había ido allí solo? Pensé en El cíclope y casi vomité de nuevo. ¿Por qué? No sé. A veces me canso de ser yo. Le solté el verso de «El señor Olaf» a Elias Newman porque me sentí atraída por él, pero creo que quería advertirle que se alejara. Por supuesto que no lo hubiese tomado como una advertencia si no conociera la canción. Y de alguna manera yo sabía que la conocía. Rarísimo, ¿no? Soy un nudo de confusiones y, ya lo dije, hago muchas cosas estúpidas.

¡Y ese diálogo en el baño! Ya no sé cómo comportarme con los civiles. No tengo problemas con los chicos de mi banda y con mi gato Stevo, que no viaja con nosotros pero también es rockero. Es un gato hermoso, atigrado, naranja y blanco. La casa apesta por su necesidad de marcar territorio y después de desaparecer varios días vuelve hecho una miseria, pero no podría castrarlo; nos entendemos bien. Mis vecinos Victor y Hal lo cuidan cuando no estoy, y a la vuelta sale a recibirme con la cola alzada y un poco torcida, como el mango de un paraguas, sube los escalones antes que yo y se queda esperando en la puerta con su motorcito en punto muerto como un Jaguar en miniatura.

El día después de la Royal Academy seguía pensando en la conversación de la noche anterior y quise escuchar «El señor Olaf», pero no pude encontrar mi disco de Hermann Prey interpretando las baladas de Loewe. Pasé mucho rato buscándolo y se me iba el día, así que llamé a HMV en Oxford Circus: tenían un solo cedé. «Guárdenmelo, por favor, voy saliendo», dije, pero cuando llegué me dijeron que el cedé aparecía en la pantalla pero no lo encontraban.

Había desaparecido. Ya que estaba en la disquería me fui a mirar la sección de las grabaciones de Hermann Prey y, sí, bingo, allí estaba: Elias Newman.

–Hola –dijo–. Esto es mucho mejor que una llamada. –Me mostró el disco que tenía en la mano: Loewe Balladen.

–No me digas que también lo estabas buscando.

–De hecho, sí.

–Quédate con este. Te lo regalo. Ya encontraré otro en alguna parte.

–¿Qué es esto? ¿Te estoy siguiendo yo o me estás enviando mensajes telepáticos?

–Tranquila, supongo que nuestra conversación de anoche nos hizo pensar en el mismo disco. No es tan sorprendente, ¿no?

Tenía los ojos azules y aire de decir siempre la verdad, una cualidad de la que tiendo a alejarme porque trae problemas.

–Puede que seas un poco demasiado extraño para mí. Dijiste que tu mamá es alemana. ¿Ella te cantaba «El señor Olaf»?

–Te lo cuento –dijo–. Vamos a tomar un café.

–Bueno –dije–. Si estás así de empeñado en bailar conmigo no te lo voy a impedir.

Pagó por el disco de Loewe y lo tomé del brazo mientras salíamos del HMV. ¿Qué es esto?, pensé mientras uno de mis pechos hacía contacto con su brazo y parecía que él se daba cuenta. ¿De pronto somos pareja acaso? Resultaba agradable y extraño. No seas ridícula, me dije mientras cruzábamos la calle hacia el As You Like It, el café donde las meseras usan jubón y calzas y las tazas tienen citas de Shakespeare. Hay todo un bosque de árboles en macetas y

la luz de invierno se colaba a través de las hojas como si no supiera que Oxford Street estaba al otro lado del ventanal. El café olía bien, el traqueteo con la vajilla parecía alegre y las voces de fondo llegaban con el vaivén de las olas lejanas. Muy acogedor, incluso para mí, que iba con pinta de acabar de bajarme de mi Kawasaki, vestida de cuero negro y como salida de una urna transilvánica. Él llevaba jeans, un suéter de cuello alto y una especie de chaqueta militar, pero no me pareció que se vistiera así muy a menudo. Demasiado respetable quizás. Pedí un expreso y él un café latte. Su taza decía: ¡Ah, cuántas espinas tiene nuestro mundo cotidiano!

–Tal vez están intentando advertirte sobre mí –dije–. ¿Tú elegiste las tazas? –le pregunté a Rosalind, la mesera (llevaba una plaquita con su nombre).

Negó con la cabeza. Tenía el pelo largo y claro y le cruzaba la cara de una forma que no se le escapó a Elias.

–Las sacan de debajo del mostrador. No las veo hasta que las ponen en mi bandeja.

La observé alejarse y Elias hizo lo mismo. Pero él también me observaba a mí.

–¿Qué pasa? –dijo.

–Deben contratar a estas chicas por sus piernas. No tiene ningún derecho a ser tan joven y hermosa.

–Así es la vida. No serás joven pero sigues siendo hermosa.

–Bah, no me insultes con halagos insinceros, por favor.

–No fue insincero, tú no sabes cómo te veo yo. Pero, bueno, no más cumplidos. ¿Qué dice tu plato?

–«Dulce es el fruto de la adversidad –leí–, que como el sapo venenoso y feo lleva siempre una joya en la cabeza».

–Háblame de tu adversidad –dijo entonces.

–No en la primera cita. ¿Cuántos años tienes?

–Espera, no sé qué hacer en las citas.

–Perdona, no era mi intención asustarte, no es una cita, pero ¿cuántos años tienes?

–Sesenta y dos. ¿Y tú?

–Cincuenta y cuatro. No me has preguntado cómo me llamo.

–Eres Christabel Alderton. Conocía el nombre pero nunca te había visto. Unos amigos me dijeron quién eras. Eres famosa.

–Más que algunos, menos que otros. ¿Y en qué trabajas?

–Soy médico.

–¿Qué especialidad?

–Diabetólogo. En el St Eustace.

–No pareces médico.

–Porque no tengo tu historia clínica aquí.

–Qué bueno, te mataría de aburrimiento.

–Lo dudo. Cuando te vi en la Royal Academy me intrigaste, pero no pensé que fueras rockera.

–¿Por qué no? Soy más joven que Mick Jagger.

–No lo decía por la edad. Es que te pareces mucho más a la hija del Erlking; lo que dijiste que eras, por si no lo recuerdas. ¿Estás casada?

–Lo estuve. ¿Tú?

–No.

–¿Gay?

–Melancólico, de hecho. ¿Tienes hijos?

–No. Me ibas a hablar de tu mamá y «El señor Olaf».

–Mi mamá tocaba el acordeón y cantaba algunas de las baladas de Loewe. Era… Es de Worpswede, al norte de Bremen. Cerca del pueblo está el Teufelsmoor, el Páramo del Diablo. Ahí es donde se imaginaba al señor Olaf, cabalgando en la oscuridad entre los abedules y los alisos que crecen en esos pantanos. Cantaba dramatizando, con voces distintas para cada personaje, y me hacía ver claramente la escena, los árboles, los elfos y la hija del Erlking. Un día de Navidad encontró un muerto en el Teufelsmoor.

–¿Era el señor Olaf?

–No, solo el huésped de alguien.

–¿Te gustaba que tu mamá te hablara del hombre muerto?

–Sí. Nadie sabía qué le había pasado, y las muertes misteriosas siempre son interesantes.

–Dijiste: «mi mamá era… es». ¿Es o era?

–No lo sé. Nos dejó cuando yo tenía once y desde entonces no sé nada de ella.

–¿Los dejó por…?

–Un cantante de ópera, un tenor de una compañía de Pittsburgh. Lo vi una vez. Era bajito y engreído, parecía obvio que no se podía confiar en él. Nunca entendí qué le vio mi mamá, pero hizo una valija, dejó una carta y eso fue todo.

–¿Qué decía la carta?

–«Yo sé que esto no está bien, pero tengo que hacerlo. No me perdones. Sería demasiado».

–Cantantes.

–Cantantes, ¿qué?

–No sé.

Estaba pensando en Adam Freund, claro, el que me había cantado «El señor Olaf» en Viena. Freund es «amigo» en alemán y Adam era muy amigable. Delgado, con pinta de loco: por supuesto que me atrajo. Era el cantante y guitarrista de Sayings of Confucius, nuestros teloneros. Hablamos un poco, las feromonas hicieron clin y dije que sí cuando se ofreció a mostrarme el Belvedere y sus pinturas. En esa época me estaba acostando con nuestro primer guitarrista, Sid Horstmann, que se cabreó un montón, pero a mí no me preocupó demasiado. Después del ensayo en el Metropol, Adam me acompañó a dar un paseo, me enseñó los mejores ejemplos arquitectónicos de la ciudad y todas esas cariátides que ahora sostenían tiendas, bancos, oficinas y departamentos. «Estas mujeres de piedra son lo más, nunca se rinden –me dijo–. Son todas grandes y fuertes y mucho más fiables que los hombres para aguantar lo que sea».

Me empezaban a doler los pies cuando llegamos a la Prinz-Eugen-Strasse y comenzamos a subir la larga calle de la colina hacia los palacios y jardines. Frente al Belvedere Superior hay dos esfinges de piedra que miran hacia los jardines y al Belvedere Inferior. Son más grandes que una persona, tienen alas, rostros serios y dignos y unas

caderas muy provocativas. Era un día frío de marzo pero había mucha gente, y más de uno se dio la vuelta para mirar cuando Adam se subió a una de las estatuas y simuló estar cogiéndosela. Yo me hice la que no lo conocía.

–Estas esfinges me calientan –dijo mientras parecía que intentaba apartarle una de las trenzas–, pero no se relajan nunca…

–Quizás sea más receptiva después de la medianoche –dije por decir algo.

Entramos en las galerías y vimos cuadros de Klimt y Knopfler y Schiele. El que más me impactó fue La muerte y la doncella, de Schiele. Aún puedo verlo cuando cierro los ojos. La doncella es una mujer grande y robusta que parece haber dejado hace rato de ser una doncella; incluso podría estar embarazada. Está tendida y en los brazos de la Muerte, con los ojos abiertos y como pensando «Qué diablos, ¿por qué no?». La mano derecha de la Muerte aferra su hombro y la mano izquierda le sostiene la cabeza contra su pecho. Tal vez le esté besando el pelo. Eso creo.

–Sal de ahí –dijo Adam–. No dejes que te hipnotice.

–No creo que la Muerte me venga a buscar hoy –dije–. La doncella está lista para entregarse, pero yo no.

–Es la Muerte la que decide quién está listo –dijo Adam.

Ya afuera, me cantó la Der Tod und das Mädchen de Schubert. Había empezado a anochecer. «¡Aléjate, ay, aléjate! ¡Vete, esqueleto feroz!», dice la doncella. «Aún soy joven, por favor, no me toques». Era barítono, pero hacía la voz de una joven de un modo que me erizó los pelos de la nuca. ¡Era tan joven y estaba tan asustada, tan desesperada por vivir! La muerte no tenía significado para las esfinges, pero en el crepúsculo parecían estar prestando mucha atención.

–Das Mädchen no está lista para irse –dijo Adam–, pero der Tod ha oído lo mismo muchas veces y pretende salirse con la suya. «Dame la mano, bella y tierna criatura. Soy un amigo y no vengo en son de castigo. ¡Ten valor! No soy feroz, vas a dormir dulcemente en mis brazos…».

Cantó la parte de la Muerte en una voz muy baja, mesurada, como el tañido de una campana hecha de sombras.

Hacía más frío a medida que el cielo se oscurecía y caminábamos frente al Belvedere Inferior. Seguimos hasta uno de los restaurantes más antiguos de la ciudad, el Zu den Drei Hacken, para comer Wiener schnitzel con buena cerveza y licor de damascos, y luego caminamos hasta el lugar donde Adam estaba alojado, un departamento prestado. Me fijé en el cielo y encontré la Osa Mayor y la Estrella Polar; siempre que puedo hacerlo, donde quiera que esté, me siento en casa.

Me gustan los hogares de extraños. Los muebles eran viejos, marrones y muy barnizados, había muchos libros, una foto enmarcada de Louise Brooks como Lulu, una lámpara con pantalla roja, y por las ventanas veía las agujas de la catedral. Estaba emocionada y nerviosa; temía que en cualquier momento la escena se congelara como una foto y me la quitaran. Lo único que quería era que estuviéramos desnudos y seguros en los brazos del otro.

Adam encendió un palo de incienso de sándalo y lo clavó en una calavera en miniatura, luego puso un disco de Django Reinhardt. Sonó «Nuages» y tomamos más Marillenschnaps. Nos quitamos la ropa frente al resplandor rosado de la lámpara; pensé que Adam, delgado pero musculoso, con su perfil de halcón, parecía hecho para escalar montañas y tal vez caerse de ellas. Su desnudez me hacía saltar el corazón. La música decía cosas indecibles, aunque yo también:

–¿Soy mejor que una esfinge?

–Eres mejor que cualquier cosa.

Esta vez la expresión «hacer el amor» me pareció muy certera, no como tantas otras veces. Cuando finalmente nos despegamos para recuperar el aliento, él dijo:

–Los árboles son peligrosos, ¿sabías?

–No he tenido ningún problema con ellos hasta ahora.

–¿Has oído hablar del Erlking?

–No.

–Quiere decir rey de los alisos, o rey de los elfos. También vive en los abedules. Va donde quiere.

–¿Y qué pasa con él?

–Él y sus hijas hacen que la gente muera.

–Ah, bueno. No suelo tener abedules o alisos cerca, pero gracias por el consejo.

–Mi abuelo estaba haciendo fotos a los abedules del Teufelsmoor una Navidad. Es un pantano cerca de Bremen. Lo encontraron muerto.

–¿Qué lo mató?

–¿Qué crees tú?

–Dímelo.

–Te voy a cantar una canción.

Se levantó de la cama, tomó una guitarra desnudo como estaba y cantó «El señor Olaf», traduciendo los versos.

–La verdad es que nadie está a salvo en ningún lugar –dijo.

–Me siento a salvo no estando a salvo contigo –dije–. Vuelve a la cama.

Hicimos el amor de nuevo, luego nos quedamos dormidos y soñé que la Muerte salía del cuadro de Schiele y se me insinuaba.

A la mañana siguiente, cuando volví al Intercontinental, me enteré de que Sid había muerto. Había saltado del balcón del décimo piso. «Me voy de viaje con Anubis», había escrito en una nota que pegó en la barandilla. Yo no había tenido ningún tipo de premonición o lo que sea que a veces tengo. Cuando lo vi por última vez no parecía una foto. Tal vez debía haberme sentido culpable por lo de Adam, pero no fue así.

Todavía teníamos que dar el concierto. Jimmy Wicks y yo nos encargamos de las canciones que había ensayado Sid. Cuando vi a Adam esa noche sentí que había tomado una decisión, pero no quería presionarlo. Si me hubiera pedido que dejara todo y me fuera con él lo habría hecho. Le di mi dirección de Londres y le pedí su número para que mantuviéramos el contacto.

–No creo que sea buena idea –dijo–. Mi mujer es muy celosa.

–Tu… mujer.

–No le importa lo que haga mientras estoy de gira, pero no le gusta cuando me llaman a casa.

Lo miré, y sí, parecía una foto.

Estaba pensando en eso cuando Elias me trajo al presente.

–¿Puedes cantar «El señor Olaf» en alemán?

–Bueno –dije–, pero solo la primera estrofa:

Herr Oluf reitet spät und weit

Zu bieten auf seine Hochzeitleut.

Da tanzten die Elfen auf grünem Strand,

Erlkönigs Tochter reicht ihm die Hand:

«Wilkommen, Herr Oluf, komm tanze mit mir,

*Zwei göldene Sporen schenke ich dir».**

Elias cantó la parte del señor Olaf:

«Ich darf nicht tanzen, nicht tanzen ich mag,

*Denn morgen ist mein Hochzeittag».***

–Tu voz… –dijo.

–¿Qué tiene mi voz?

–Es como la de mi madre. Pude ver los alisos y los abedules, pude oír el caballo chapoteando por el pantano.

Me quedé callada. Era todo muy extraño: oír esa canción salir de mí, y el hombre que su madre había encontrado muerto entre los

árboles…, sin duda era el abuelo de Adam.

–Estoy pensando en cómo nos conocimos –dijo Elias–. ¿Cómo es que eres mecenas de la Royal Academy?

–El rock gótico no es para siempre, querido, la gente cambia.

–Quizás su suerte también cambia.

–¿Por qué dices eso?

–No lo sé, no sé por qué lo dije.

Miré el reloj.

–Tengo ensayo.

–¿Puedo acompañarte?

Lo miré. Tendría sesenta y dos pero parecía más bien un colegial pidiendo una cita.

–Está bien –dije–. Cuanto antes salgamos de esto, mejor.

–¿De qué, del ensayo?

–De eso no. De esto.

–¿Y qué dirías que es esto?

–Un error, probablemente. Vamos.

* El señor Olaf cabalga tarde y lejos, / va a buscar invitados a su boda. / Bailan los elfos en la verde ribera. / La hija del Erlking le tiende una mano. / «Sé bienvenido, señor Olaf, ven a bailar conmigo, / dos espuelas de oro te doy».

** «No puedo bailar, no quiero bailar / mañana es el día de mi boda».

4

Anneliese Newman

22 de enero de 2003. Es así. Ahora tengo noventa y dos. Los años se acumulan como una alta y tambaleante pila de platos. Cada uno tiene imágenes, imágenes de pensamientos e imágenes de vida, y sobre el plato más alto me siento yo. Cuando la pila se derrumbe me caigo y me muero. Los platos están todos rotos, las imágenes esparcidas en trozos pequeños con los bordes afilados. ¿Adónde irán cuando me muera? Quizás al encuentro de gente que no está muerta, gente que va a encontrarse con esos fragmentos en sus mentes y no va a saber lo que significan. Mira, aquí está la luna, aquí hay montañas, aquí está el mar, aquí hay dos esfinges.

¿Por qué me gustaba cantarle «El señor Olaf» a mi hijo? Pienso mucho en la hija del Erlking, en cómo no siempre parece la misma, no siempre se la reconoce. Pensé que él podría reconocer, no en la letra sino en mi voz, que la hija del Erlking es lo que te aleja de donde pensabas ir, de donde parecías destinada a ir. Y tal vez quieras ir con ella, tal vez te lleve no a la Muerte sino a algo nuevo. Quizás si el señor Olaf se hubiese ido con ella se habría salvado. A veces digo tonterías, es lo que pasa cuando vives demasiado tiempo sola.

Ese hombre con el que me fugué, el tenor. Schlange, Schinken, Schwenk. Peter Schwenk. Quizás esté muerto, no todos viven tanto como yo. En El rapto en el serrallo él era Belmonte en la producción de la Susquehanna Opera, y me prometió que un día sería Constanze, pero nunca fui más que una «mujer turca». No era un buen hombre, ni siquiera era un hombre agradable, pero dejé a mi marido y a mis hijos y me fui con él. Y ahora aquí estoy, en este lugar que apesta a ancianas, sola con estos pedacitos de imágenes

en la cabeza. ¿Y qué es el mundo sino trozos de imágenes? ¿Y quién puede ver una imagen completa?

5

Elias Newman

22 de enero de 2003. De vez en cuando pruebo la mano con la poesía. Hace unos años publiqué un breve poemario en Obelisk, Letanías y lamentos. Usé «Rodney Spoor» como seudónimo. Creo que imprimieron cincuenta ejemplares, de los cuales se vendieron ocho o nueve y el resto ahí quedó. Por suerte no había dejado mi trabajo. Tengo una razón para decir esto, ya se entenderá.

En el taxi no hablamos mucho, y cuando lo hicimos fue solo para comentar algo que veíamos por la ventanilla. Yo quería saber más sobre su reacción ante El cíclope, pero no encontré la manera de preguntar, y con lo poco que la conocía tenía la impresión de que una sola palabra incorrecta podría hacer que bajara la persiana.

Experimenté la extrañeza de estar con Christabel Alderton como un desafío urbano. En todos los años que había vivido en Londres nunca me había aventurado a esa parte de la ciudad donde estaban los estudios, en Bermondsey, y al llegar me alegré de ver que el taxi no se caía por el borde del mundo. Después de algunas aceleraciones breves, muchas paradas y uno o dos cambios de sentido habíamos pasado por la estación de Waterloo y el London Eye, luego Jamaica Road y St James Road, y de ahí llegamos a Clements Road y a un portón abierto con un cartel en lo alto dándote la bienvenida al Tower Bridge Business Complex.

«Déjenos en el Edificio D», dijo Christabel, y el conductor nos llevó hasta un conjunto anónimo de edificios de ladrillo que parecían almacenes, con letras amarillas gigantes que los distinguían uno de otro. El Londres que yo conocía parecía muy lejano.

–No se ve como un ambiente muy musical –dije.

–El ambiente es para turistas –dijo Christabel–. Aquí es donde trabajan los músicos de verdad. ¿Has oído hablar de Duran Duran?

–Me suena el nombre. ¿Ellos son músicos de verdad?

–Ensayan aquí. ¿George Michael?

–¿No había muerto?

–Ese fue Freddie Mercury.

–Cierto. George Michael fue al que arrestaron por coger con un hombre en un baño público, ¿no?

–Sí. Él también ensaya aquí.

–¿Qué ensaya?

–Me estás tomando el pelo.

–No en la primera cita.

–No es una cita, ¿recuerdas? –Llegamos al Edificio D–. Adentro están los Waterloo Sunset Studios.

Nos recibió una linda joven llamada Claire que vestía un suéter beige y pantalones negros de aspecto sedoso. Mientras nos acompañaba al ascensor pensé que quizás Mobile Mortuary tenía más clase de lo que había supuesto.

–Te estoy leyendo la mente –dijo Christabel.

–Son pensamientos musicales.

–Ben les reservó el nuevo Estudio Sur –dijo Claire mientras cerraba la pesada puerta de metal.

–¿Quién es Ben?

–Ben Saltzman, nuestro productor general. Él hace que todo funcione, reserva los vuelos y nosotros volamos adonde nos diga. O para un autobús y nosotros subimos. Todo lo que tenemos que hacer es tocar.

–Me gustaría que un autobús frenara ante mí para poder subir. O un avión.

–¿Y qué harías cuando llegaras adonde sea que se dirigiera?

–Lo vería una vez allí.

El montacargas olía a hierro y a aceite de motor rancio, y supuse que el Estudio Sur tendría suelos viejos, tubos fluorescentes zumbando y esos radiadores que chirrían cuando se calientan demasiado, pero cuando salimos del ascensor vi que todo era nuevo y reluciente. Pasamos por varios estudios; de uno de ellos salía tanto ruido que sentí que me retumbaba desde las suelas de los zapatos hasta la coronilla.

–¿Qué demonios es eso?

–Unholy Din* –dijo Claire.

–Me di cuenta, pero ¿qué banda es?

–Unholy Din es el nombre de la banda –dijo Christabel.

El Estudio Sur estaba lleno de luz, esa luz grisácea del invierno. Ni las paredes de tela azul ni la alfombra gris olían raro, y todo tenía un aire de estar esperando que sucedieran cosas. Desde el techo alto colgaban unas formas oblongas del tamaño de una puerta, y en el suelo había esparcidas unas cosas negras que parecían ranas gigantes.

–¿Y eso qué es? –le pregunté a Christabel.

–Deflectores de sonido: lo amortiguan y evitan que rebote por todos lados.

–¿Y las ranas gigantes?

–Monitores de escenario. Para que podamos escuchar lo que estamos haciendo.

–¿Y esa especie de baúles con cables?

–Amplificadores. Parlantes. Cada miembro de la banda usa una sola caja acústica.

–¿Y qué hay en las cajas acústicas? –dije, pensando en bebidas.

–Parlantes –dijo Christabel.

«Si aún no eres famoso, podrías volverte famoso», dijeron las ranas gigantes, y de pronto deseé ser joven y tocar bien la guitarra.

Después de ver todo ese equipamiento quedé impresionado con la logística del rock, y se lo dije a Christabel.

–No tienes ni idea –dijo–. Ahí viene Ben con un par de kilos de papeleo –nos presentó y luego le dijo al productor–: Si tienes un momento, muéstrale a Elias algo de lo que estás haciendo.

Ben era un tipo no muy grande que bien podría haberse dedicado a boxear sin guantes en su tiempo libre. Se me acercó, me miró con ojos vidriosos y dijo:

–¿Alguna vez has visto un rider técnico?

–No, nunca.

Me entregó una pila enorme de hojas.

–Mira a ver si puedes adivinar lo que hay aquí.

–Bueno, imagino que son detalles de producción, ¿no? ¿Transporte, catering, programación, etcétera?

–Échale un vistazo.

El primer derechazo era un contrato entre el artista [Mobile Mortuary] y la gerencia [Maccabee Enterprises]. Comenzaba con porcentajes y pagos y otros asuntos monetarios, incluyendo el marketing. Luego venían los requisitos de producción, empezando por el tamaño del escenario y los laterales, la construcción del escenario, las escaleras y rampas de carga, requisitos de energía para iluminación, otros para sonido, después se hablaba del camarín principal, sala de afinación, etc., para de ahí pasar al desayuno tipo inglés caliente más cereales, tostadas y mermeladas x 10, y enseguida el almuerzo x 10 y cena x 17, luego los camarines y botellas de vino bueno x 8, tinto x 4 y blanco x 4 (no chardonnay), botellas de cerveza buena x 12, coca-cola light x 12, botellas de agua de litro x 12, botellas de agua individuales x 12, botellas grandes de Perrier con gas x 2, no olvidar 1 x hervidor y máquina de café, galletas, bananas, kiwis, frutillas, selección de chocolates incluyendo Kit Kat, más bebidas 1 hora antes del show y 30 minutos antes del show y en el autobús de la banda después del show.

Y eso era solo una parte. Mientras seguía leyendo aturdido el rider de producción, Ben, que ya me tenía arrinconado, me encajó otro porrazo en forma de más y más hojas con interminables detalles y listas de equipamiento, diagramas de las posiciones de los músicos, canales de entrada y listas de micrófonos, parrillas de focos y la iluminación del teatro, todo en una nomenclatura técnica y con un sinfín de especificaciones.

–¿Más de lo que te imaginabas? –dijo, retrocediendo con gracia.

–Definitivamente. No sé cómo puedes con todo.

–Años de experiencia –dijo, y se retiró a su oficina.

En ese estado de aplanamiento mental me condujeron con cuidado para que no tropezara con la maraña de cables y me presentaron a los colegas de Christabel: Jimmy Wicks y Howard Dent, guitarristas; Bert Gresham, bajista; Buck Travis, tecladista, y Shorty Strong, baterista. Jimmy tenía una panza de abuelo y era casi calvo pero con cola de caballo; mientras probaba su guitarra me fijé en su codo y muñeca derechos: debía dolerle esa lesión por esfuerzo repetitivo. Howard tenía lo que una fisioterapeuta de Surrey bautizó como joroba de Hendrix, y también una lesión por esfuerzo repetitivo. Bert tenía una especie de tic, y por la forma en que Shorty se ponía la mano en la oreja cuando hablaban supuse que tenía problemas de audición.

Christabel me siguió la mirada y se encogió de hombros.

–Pero somos famosos –dijo.

Cuando la banda estuvo lista hicieron un corro. Se quedaron allí sin decir nada un minuto entero, luego cada uno tomó su instrumento y empezó a calibrar el sonido. Christabel se sentó junto a mí mientras el resto sacaba algunos riffs.

–En cada gira necesitan calentar más tiempo para ponerse las pilas –dijo.

–¿Pilas?

–Aptitud física y técnica, es el «haz que ocurra».

–¿Para qué se juntaron en el corro?

–Siempre tenemos un momento con Anubis antes de empezar.

–¿Anubis?

–El dios egipcio con cabeza de chacal que lleva tu alma de este mundo al siguiente.

–Sé quién es Anubis, pero ¿qué tiene que ver con Mobile Mortuary?

Me habló del suicidio de Sid Horstmann y de la nota que dejó.

–No sabemos dónde está ahora –dijo–, pero en este ritual con Anubis le trasmitimos nuestro amor y le mandamos las últimas noticias.

–Su suicidio todavía debe afectarlos. Qué cosa más terrible.

–Sí, bueno. La gente siempre siente que tiene que decir algo, pero en realidad no hay nada que decir.

–Perdón. ¿De verdad crees en Anubis?

–Creo en todo y en nada. Anubis es una forma de enfocar nuestros pensamientos en Sid. ¿Muy loca para ti?

–Para nada, solo me estoy poniendo al día –le dije mientras ella iba a ocupar su puesto.

–Toquemos «Soy Django el gitano» entera –dijo Jimmy, mientras él y Christabel se acercaban a los micrófonos.

La banda empezó muy tranquilamente, con una versión alternativa de «Dos guitarras» que hizo que me doliera la garganta. Atenuaron el volumen hasta volverse un susurro detrás de la voz de Jimmy:

Soy Django el gitano, voy a la noche

Hace tiempo perdido

En caminos que desconoces…

–Un momento –interrumpió Jimmy–, quiero probar ese riff nuevo que me salió ayer.

Estuvieron con eso un rato, luego recomenzó:

Soy Django el gitano, voy a la noche

Hace tiempo perdido

En caminos que desconoces

Perdido en el canto, donde el fuego arde

Perdido en el silencio adonde la música vuelve.

Luego entró Christabel:

Gitano, voy a tu lado en el camino

Adonde el fuego arde en la noche

Gitano, bajo tu estrella errante

Django el gitano, arde tu corazón.

Me estaba mirando a los ojos, así que seguro que vio mi expresión de perplejidad total. Esos versos los había escrito yo. Su voz era como el aliento en un espejo, venía y se iba con una fugacidad

brumosa a través de dos grandes parlantes planos que se sostenían sobre patillas y eran solo para las voces. Su modo de cantar me puso la piel de gallina y ella misma parecía muy afectada. Se quedó en silencio un momento mientras la banda seguía tocando, luego ella y Jimmy entraron juntos:

Django el gitano entrando en la noche

Django, Django, arde tu corazón.

La repitieron y a la segunda les salió más fluido; habían agregado algunas repeticiones y extendido algunas líneas y fragmentado otras. También había alusiones al Dies Irae y a «California Dreaming», además de ritmos extraños e intervalos inusuales, pero era mi poema, «Lamento por Django», devuelto a la vida por Mobile Mortuary. Escucharlo en esta encarnación fue muy inquietante y no se parecía a ninguna experiencia musical que hubiese tenido antes. Terminaron y de inmediato se concentraron en mejorar el nuevo riff, discutiendo entre ellos en una jerga que no pude entender.

Luego le dije a Christabel:

–¿Tú le pusiste música a ese poema?

–Sí. ¿Cómo supiste que era un poema?

–Se llama «Lamento por Django», lo escribí yo.

–Claro que no, es de Rodney Spoor.

–Yo soy Rodney Spoor.

–No te creo.

–Es un librito de 1978, Letanías y lamentos. Lo escribí con el seudónimo de Rodney Spoor.

–¡Dios mío! ¡Un poeta! Y yo que te creía un hombre perfectamente respetable.

–Soy médico, como te dije. Cuando escribí eso pensé que sería buena idea no mezclar mi vida literaria con mi carrera, aunque después no hubo ninguna vida literaria, así que podría no haberme molestado.

–Traté de contactarme con tu editorial para los permisos, no creas –dijo–, pero quebraron.

–Olvídalo. Lo que me interesa es que estás cantando algo mío. El universo nos reunió, ¿no crees?

–Puede ser. Pero no hablemos de eso.

–¿Por qué no?

–Soy supersticiosa.

–Está bien. Hablemos de Django.

–¡Django!

–No me sorprende que te guste. Hay mucho de ti en su música.

–¿En serio?

–«Nuages», por ejemplo. Si te hubiera conocido, sería tu retrato hecho canción.

Tenía la cabeza inclinada hacia un lado y me miraba como miras a alguien cuando crees que te están jodiendo.

–Lo digo en serio.

–Qué cumplido más agradable –dijo observándome muy concentrada.

No era una mujer fácil de elogiar.

–Es que soy un hombre muy agradable. ¿Quieres cenar conmigo esta noche?

–¿Por qué no? No hay razón para negarme ahora.

Desde el comienzo del ensayo uno de los sonidistas había estado ocupado en unos aparatos tan sofisticados que parecían capaces de mover el Ark Royal.

–Grabé esta última en dat, ¿la quieren escuchar?

–Después –dijo Jimmy. Y luego, dirigiéndose a Christabel, añadió–: Cuando tengas tiempo podemos hacer «Fue o fui».

–Cuidado con la presión arterial –dijo Christabel–. Estoy lista. Es una canción nueva, la letra es mía –me explicó a mí.

La banda arremetió con un ritmo espeluznante y Christabel entró:

¿Fue o fui? ¿Fuimos, fue?

Será que caminé sobre la nada,

Acaso nunca, acaso siempre

Corriendo en el no entiendo.

¿Fui un genio alguna vez?

Fuimos, fue, nunca iba a ser.

Veo borroso, me confundo.

¿Fue o fui? ¿Fuimos, fue?

La letra de la canción, con todos esos juegos de palabras, me transportó al pasado y de vuelta al presente y luego al ayer de nuevo, como en una espiral de doble hélice. ¿Por qué seguía soltero? Nunca había querido exponerme a que una mujer pudiera dejarme y arruinarme la vida. Mi madre, hasta donde yo pude ver, había sido la esposa perfecta: con mi padre parecían felices, se miraban con cariño, y de repente, sin previo aviso, se fue. La vida no es justa, supongo. Todos lo sabemos, y no culpo a mi madre por mis problemas con las mujeres.

Tampoco es que me haya faltado compañía cuando la quise. ¿Alguna vez he estado enamorado? No creo. Hay un abismo entre hombres y mujeres, y el amor es la cuerda que lo atraviesa; si la otra persona la atrapa tienes el comienzo de un puente colgante. Mi cuerda siempre se ha quedado corta. Pero he tenido novias en serio. La última, a los cuarenta y cuatro, fue Nikki. Ella tenía veintisiete y un gran sentido del humor. Era inteligente y preciosa. Un metro setenta y cinco, una cara que era una maravilla, ojos azules y pelo largo y oscuro. Despampanante, más guapa que la mayoría de las supermodelos porque tenía redondos los brazos y las piernas, no unos palos raquíticos. Hablaba francés, alemán, ruso y árabe y trabajaba en el Ministerio de Defensa. Cuando le pregunté qué hacía ahí se rio y dijo: «Si te lo digo, tendría que matarte». Lo dijo en broma pero por si acaso no volví a preguntar. Yo mido uno ochenta y tres y no me consideran demasiado feo, así que éramos el tipo de pareja a la que la gente se da vuelta a mirar. Por supuesto que estaba orgulloso de que me vieran con ella, todo hombre que nos veía me envidiaba, pero era terriblemente estresante y al final

terminé yo con ella antes de que pudiera dejarme. Qué alivio. Nunca llegué a convencerme de que eso pudiera funcionar. ¿Estaba enamorado de ella? Supongo que no, que fue más una especie de adquisición.

Para cuando cumplí cincuenta era demasiado obstinado y estaba demasiado absorto en mi trabajo para pensar en casarme, o al menos es lo que me decía a mí mismo. Hay una estatua de bronce que mira al río en el terraplén junto al Albert Bridge, una figura desnuda, de pie, que parece estar ahí simplemente sumida en sus pensamientos. Yo la llamo Dafne. Siempre que voy a correr por el terraplén le doy unas palmaditas en el trasero al pasar. Otra relación amorosa limitada.

Cuando Christabel terminó de cantar el grupo comentó la introducción y el final, y luego pasaron a las partes instrumentales de otros temas que había que trabajar. Tenían títulos como «Mierda de pájaro en tu estatua», «No más mundo», «E-mails de alienígenas» y «No vengas a alegrar mi tragedia». Mientras el resto trasteaba con esos temas y resolvía asuntos técnicos, Christabel se vino a sentar conmigo.

–Tu canción me hizo pensar en cosas que hace mucho no pensaba –dije–. Me fui en el túnel del tiempo.

–¿Y encontraste el camino de vuelta?

–No sé. Estoy aquí y estoy allá.

–Pero ahora mismo estás en Waterloo Sunset. ¿Cómo llegaste a ser diabetólogo de un hospital de Londres?

Me escuché a mí mismo dando la versión corta mientras mentalmente repasaba la más larga. Nací en Lansdale, Pensilvania, donde mi padre tenía una pequeña imprenta, un negocio que complementaba con la venta de chucherías y regalos de empresa. Cuando mi madre se fugó con el tenor mis dos hermanas mayores

se hicieron cargo de la casa y yo ayudé con algunas tareas. Como un año después mi padre formalizó su relación con otra mujer, pero no pasó mucho tiempo antes de que le diagnosticaran diabetes mellitus y lo empezaran a tratar con insulina. Luego vino la cirugía de vesícula y su primer ataque cardíaco. Murió tres años después, cuando yo tenía dieciséis. Nos dejó en buena situación. Yo ya había decidido que quería ser médico y fui a Temple y después a Harvard. Empezaba a pensar en la enfermedad como metáfora. ¿Acaso mi padre había sido incapaz de metabolizar la dulzura de su nueva mujer? ¿O su amargura se materializó finalmente en cálculos biliares? ¿Se lo había tomado todo tan a pecho que había dejado su cuerpo sin nada que decir, excepto adiós?

Cuando me gradué decidí dejar atrás todo eso y concentrarme en el futuro. No estaba seguro de adónde quería ir, pero pensaba que cambiar de aires podría ser bueno. Por esa época recibí una postal de Londres de un amigo del colegio al que veía poco. Aparecía el clásico autobús rojo de dos pisos con la leyenda «Un buen lugar para sentirse extraño», así que vine a echar un vistazo. La idea era estar dos semanas, pero decidí quedarme un tiempo, me registré como extranjero y le demostré al Ministerio del Interior que no sería una carga para el Estado. Después, ya convencido del todo, presenté mis calificaciones y me las aceptaron sin mayor trámite. Eso fue hace treinta años, cuando Inglaterra necesitaba especialistas, y además tenía una oferta de trabajo del St Eustace. Ahora estoy bien establecido. Tengo mi consulta y hago dos turnos en el hospital, además de uno como especialista en Urgencias. El resto del tiempo lo dedico a la docencia y la investigación.

–Te ha salido muy bien lo de qué ser y dónde estar –dijo Christabel–. ¿Has descubierto cómo ser?

–Todavía no.

–Avísame cuando lo hagas.

Lo dijo sin ningún cinismo, como si creyera que yo podía encontrar una respuesta que a ella se le había escapado.

La banda estaba lista para retomar el ensayo y ella volvió a su puesto.

* Estruendo Impío.

6

Jimmy Wicks

22 de enero de 2003. Trabajas con alguien durante años, salen de gira juntos, comen y duermen y cagan en el mismo autobús día tras día, durante cientos de kilómetros, llegan a conocerse hasta los olores de cada uno, pero en realidad no tienes ni puta idea de nada. Ella me habla siempre de música, trabajamos juntos las canciones. ¿Acaso cree que no tengo nada más en la cabeza aparte de cajas de distorsión y pedales wah-wah? Creo que se sorprendería al saber que pienso siempre en ella, y de qué forma. Mi mente alimenta imágenes de ella, imágenes extrañas. La veo desnuda en un lugar muy alto. O mirándome a través de los árboles. Son como lo que uno ve en sueños, con olores y sonidos. A veces es el mar.

¿Cómo llegué a lo que soy, adonde estoy? Nada muy original. En los años sesenta, si querías llevarte a una chica a la cama aprendías a tocar la guitarra. Igual que ahora. Y si no podías unirte a una banda te inventabas una, así que eso hicimos Sid y yo. Encontramos a dos tipos más para el bajo y la batería y formamos The Winkle-Pickers, por los zapatos rockeros tan de moda en esa época. Éramos una banda de skiffle, una más entre miles. Nos aprendimos «Cumberland Gap» y después de un tiempo conseguimos un teclado, un Vox Continental, y nos empezó a ir bastante bien. Dimos nuestro primer concierto en The Cave y desde entonces nos fuimos para arriba, para abajo y para los lados, con varios cambios hasta que en 1972 llegó Buck Travis a los teclados, y Bert y Shorty poco después. Nos rebautizamos Ouija Board y así estuvimos tres años, luego cambiamos a Mobile Mortuary. Christabel llegó en 1980, y fue en ese momento cuando tuvimos nuestro primer hit: «Persígueme», en el número tres del ránking. ¡Treinta y un años lleva junta esta banda! Muchos matrimonios duran bastante menos.

Sid siempre tenía que ser el macho alfa. No se parecía a James Dean pero explotaba ese look. Vive al límite, muere joven y ten todas las mujeres que puedas. No estaba enamorado de Christabel, pero no le gustó que ella se enredara con ese bicho raro de Sayings of Confucius. Ella tampoco lo quería, pero fue idea suya que hiciéramos esa mierda de ritual de apiñarnos con Anubis desde que Sid se quedó en la caja mortuoria para siempre. A estas alturas está tan acostumbrada a la culpa que sería infeliz sin ella.

Tiene cincuenta y cuatro y yo sesenta. Este novio nuevo de ahora parece al menos tan viejo como yo. Pero nunca hice el intento ni le insinué nada; cada vez que lo pensaba terminaba no siendo el momento adecuado. No sé si reír o llorar cuando pienso en cómo empecé con esto de la guitarra para hacerme el interesante con las mujeres. Tracy fue una de mis primeras conquistas y apenas había tocado unos acordes cuando quedó embarazada. Tenía dos hermanos mayores y un padre con la mecha muy corta. Hola, señora Wicks.

Después de que Tracy se llevara a los niños y me dejara solo pensé que podría sincerarme con Christabel y confesarle mis sentimientos. Pero no lo hice. Sigue siendo muy guapa. No sé, si me cuido puede que viva más que la competencia. El tiempo dirá, como dice la gente. Me lo ha estado diciendo durante años, pero soy muy porfiado.

7

Christabel Alderton

22 de enero de 2003. Cuando volví de Viena después de la muerte de Sid, Victor, uno de los vecinos que cuidaban a mi gato, me pasó Canciones de la ballena jorobada, el disco de Roger Payne. Todavía no había oído hablar de Sid, simplemente me lo dio porque pensó que me podría gustar. «Es profundo», dijo. Lo escuché y era como si el mar y las ballenas estuvieran interpretando mis pensamientos y cantando a los muertos. A veces la misma Muerte cantaba transfigurada en ballena, con una voz de muy baja frecuencia, gruñendo y gimiendo, y mi voz en modo ballena le suplicaba, aullando y llorando en frecuencias más altas; y todo el tiempo las voces acuáticas de las profundidades parecían burbujear y chapotear alrededor. No quise escuchar el disco durante un buen tiempo, y más tarde, al contrario, era el único que ponía. Ahora, después de todos estos años, puedo oírlo en mi cabeza sin necesidad de ningún cedé.

No quería que la cita fuera demasiado seria y tenía ganas de comer fish and chips, así que Elias sugirió The White Horse en Parson's Green. «Hacen bacalao rebozado a la cerveza –dijo–. Creo que te va a gustar». Cuando terminó el ensayo eran casi las ocho, así que tomamos un taxi y fuimos directamente al restaurante. En el camino hablamos un poco de música. Le gusta la música clásica sobre todo; dijo que los discos que se llevaría a una isla desierta serían los cuartetos de Haydn. Recordaba haber visto a la gente sacudiendo la cabeza con Hawkwind y Status Quo, le gustan los Rolling Stones, también Portishead y Garbage, y eso es todo lo que sabe de rock y pop. No ha oído hablar de Joe Strummer. Le gusta el blues y Thelonious Monk, también el country y el folk, conoce un montón de estándares, pero no estaba segura de cómo íbamos a remontar la velada hasta que empezamos a hablar de pintores. Es un gran

fanático de Redon y lo conmueve mucho Caspar David Friedrich. Yo tengo un tatuaje que es un búho de Friedrich posado sobre una lápida con las alas extendidas. Justo encima del culo. No mucha gente lo sabe.

La clientela del White Horse eran mayormente chetos ruidosos de no más de treinta años. Incluso en esta fría noche de invierno estaban parados hasta tres metros fuera del pub, tapando la entrada y hablando a gritos. «Hay un comedor en la parte de atrás –dijo Elias–. Es bastante más tranquilo». Nos abrimos paso entre el griterío y el humo de cigarrillo y nos sentamos en una mesa para dos. Allí el ruido de las otras mesas era un poco menos insoportable. El comedor estaba decorado con unas piezas abstractas realmente malas, pero por suerte ese griterío visual se acallaba en cuanto apartabas la mirada. Pedimos el bacalao rebozado a la cerveza y pintas de Bass, y ahí estábamos, en ese momento en que uno de los dos dice algo como «bueno…». Esta vez lo dije yo.

–Bueno… aquí estamos. ¿Ahora qué?

–¿Por qué suenas tan pesimista, como si no pudiera pasar nada bueno?

El pesimismo es mi especialidad, pensé. Mi hijo Django tenía cuatro años cuando lo llevé a Maui. Era enero, la banda no tenía nada agendado durante un par de semanas y yo quería ver ballenas jorobadas. Había tenido unos sueños en los que me ahogaba en el mar mientras las ballenas cantaban a mi alrededor, pero aun así quería verlas. Entonces soñé que Django estaba en el mar, hundiéndose, hundiéndose, hundiéndose en la oscuridad. Cuando desperté pensé que podría caerse de un barco, así que en Maui no salimos a avistar ballenas desde el mar, sino desde un acantilado. Django se cayó del acantilado y murió. Ahora tendría catorce años y sería un chico muy guapo.

–¿Pesimista? –le dije a Elias–. Sí, supongo que simplemente soy muy negativa. Mañana puedes probar con otra.

–No quiero probar con otra.

–¿Qué estás buscando?

–¿Qué estoy buscando?

–No me contestes repitiendo la pregunta. ¿Qué pretendes conmigo?

–No lo había pensado. Empezaste tú con eso del verso de «El señor Olaf». Solo estoy contigo de momento, y quiero ir tan lejos como me dejes.

–Valientes palabras. ¿Tienes Vértigo en tu casa?

–De hecho sí.

–Ah, muy bien. Cuando salgamos de aquí vamos a tu casa y la vemos.

–Bueno, veámosla. ¿Alguna razón para que sea esa película en particular?

–En realidad no, solo tengo ganas de verla contigo.

Hablamos un poco más sobre Friedrich, Böcklin y Bresdin, tomamos dos pintas más y café, luego salimos del White Horse y caminamos hasta la casa de Elias al otro lado del Eel Brook Common. Allí estaba yo, un enero diez años después del enero en que perdí a Django. El clima de enero complementa mi ánimo de enero. Me gusta cuando los días son fríos, grises y lluviosos, y las noches tempranas y oscuras y dan ganas de acurrucarse. Las luces en New King's Road y en ambos lados del parque hacían que pareciera más oscuro donde estábamos, y empezó a llover. De nuevo oímos un helicóptero invisible cerca y después lejos, lejos y cerca. Detrás de nosotros los

trenes de la District Line pasaban traqueteando mientras la gente envuelta en sombras nos adelantaba yendo y viniendo por los relucientes senderos pavimentados. A veces, pensaba, cualquier parte es ninguna parte y ninguna parte no es un mal lugar para estar.

La casa de Elias era enorme, cuatro pisos más una extensión en el tejado.

–¿Vives aquí tú solo?

–Sí. Estoy acostumbrado a tener mucho espacio a mi alrededor. Y soy un gran acumulador: libros, discos, películas.

Nos quitamos los abrigos mojados y nos secamos la cabeza con toallas, luego nos acomodamos en la sala de estar de abajo y Elias trajo coñac y encendió la chimenea. A esas alturas la lluvia tamborileaba en las ventanas y afuera la noche era por completo invernal y sombría, pero allí adentro el ambiente era increíblemente acogedor. Había estantes llenos de libros que de pronto el fuego iluminaba, y unas figuras de bronce y porcelana magnificadas por el juego de luces y sombras. Tenía la sensación de que incluso cuando no había nadie la casa de Elias no parecía vacía.

–Por lo que sea –dije mientras tintineaban los vasos.

–Brindo por eso.

–Pon Vértigo. Vamos a darle un toque de suspenso a la noche.

–Pero ¿la has visto? ¿Sabes cómo termina?

–Claro, pero cada vez que la veo espero que el final sea diferente.

–Así que eres optimista después de todo.

–Una optimista pesimista. ¿Estás listo en la cabina de proyección?

Como puede que todavía haya una o dos personas en el mundo que nunca han visto Vértigo, no voy a contar más de lo necesario. James Stewart era policía pero tuvo que dejar su trabajo después de una desastrosa persecución por unos tejados que lo dejó con pavor a las alturas; se marea cuando está en un lugar alto. Sabedor del trauma, un viejo amigo lo contrata para seguir a su mujer porque teme que ella tenga tendencias suicidas. Pero todo es un engaño y Stewart se ve enredado en una trama asesina muy elaborada. Kim Novak es parte del plan pero se enamora de Stewart, lo que no era parte del plan. Cuando Stewart se entera de cómo lo han engañado, mucho tiempo después, se vuelve un amargado y un cínico.

He pensado mucho en el personaje de Kim Novak. Tiene un pasado turbio, definitivamente es una mujer con mala suerte, pero es conmovedora y vulnerable y hermosa, y nunca ha dejado de amar a Stewart. ¿No merece una segunda oportunidad?

–La trama tiene unos agujeros en los que se podría caer un camión –dijo Elias.

–Sí, pero ¿qué pasa con el personaje de Kim Novak? Si estuvieras en el lugar de Stewart, ¿la harías subir las escaleras del campanario?

–No, no lo haría.

–¿Estás seguro? Porque ella irradia mala suerte, las cosas iban a terminar mal de todas maneras.

–¿Cómo podría rechazarla? Me enamoré de ella aun sabiendo que se prestó para el engaño. Hay algo extraño en ella, como si estuviera encerrada en su propio misterio; solo el amor puede liberarla. Y yo sigo enamorado de ella, no me importa que me manipulen. El amor no es algo racional. Nunca la habría hecho subir esas escaleras, nunca.

–Te salió muy apasionado. ¿Has estado enamorado alguna vez, Elias?

–No así, irracionalmente.

–Dame un poco más de coñac –dije– y miremos las llamas.

8

Elias Newman

23 de enero de 2003. Un tatuaje de un búho. Y no cualquiera, sino uno de los búhos de Caspar David Friedrich posado sobre el techito de madera de una lápida en forma de cruz. Creo que es un búho americano; en alemán lo llaman uhu. Tatuado con las alas desplegadas sobre el hueso sacro de Christabel.

–¿Quién está enterrado allí? –dije sin pensar.

–Mis esperanzas –dijo ella, y empezó a llorar.

La tomé en brazos, estaba temblando. La llevé a la cama, la tapé con el edredón y la abracé mientras lloraba. Me sentí un tonto por haberle preguntado algo así, y también honrado de que estuviera llorando abiertamente delante de mí. ¿Por qué sería? ¿Algo que ver con el tatuaje? ¿A qué esperanzas enterradas se refería? Y no era como una foto o una nota que pudiera romper y tirar; era un recuerdo permanente, que la rondaría siempre.

Pronto el llanto amainó y se convirtió en gemidos; suspiró, se acurrucó más y se quedó dormida en mis brazos. Después de un rato retiré suavemente el que tenía debajo de ella y también me quedé dormido. Fue lo más lejos que llegamos en nuestra primera noche juntos.

Por la mañana se despertó con una sonrisa, me abrazó, miró su reloj y dijo:

–Tengo grabación.

Ella y su búho salieron volando de la cama y entraron al baño, de donde apareció vestida en medio minuto.

–Voy a preparar el desayuno –dije.

–No llego. Luego te llamo.

Me lanzó un beso al aire, bajó las escaleras y se fue, dejando su olor en mi cama. No digo un perfume, sino su propio olor, ese que exudaba su desnudez contra la mía. Ni una palabra sobre el tatuaje del búho.

Todavía estaba tratando de entender nuestra sesión de Hitchcock. Vértigo había sido una especie de prueba y la había pasado, pero no sabía por qué. El personaje de Kim Novak se llama Madeleine Elster. Era evidente que Christabel se identificaba con ella, pero nuevamente no sabía por qué. Madeleine atraía la mala suerte, eso había dicho. Cualquier cosa que uno tuviera con ella terminaría mal. ¿Acaso estaba hablando de sí misma? Sentí que la terminaba de envolver una maraña de misterios y advertencias, que se me transformaba, intencionalmente o no, en una princesa de cuento de hadas. Y, claro, empezaba a sentirme como el príncipe que atravesaría los espinos para rescatarla. Había querido saber si yo alguna vez me había enamorado. No de manera irracional, le dije. Pero ¿de qué otra forma se podría estar enamorado? ¿Y acaso lo estaba?

Era jueves, había que ir a trabajar. De todos modos podría haber sido un poco más comunicativa, haberme dejado algo más que un abrazo rápido y un beso. No necesitaba un certificado que acreditara mi sensibilidad, mi comprensión, pero podría haber habido más…, no sé. Por otro lado, tal vez la sencilla cotidianidad de su partida era su manera de mostrar que hoy éramos algo más que ayer. Sí, soy un niño de secundaria preocupado por las chicas. ¿Iría al baile de graduación conmigo? No hay que apurar las cosas. Suspiré, salí y tomé el autobús a St Eustace.

Es un hospital viejo y huele a viejo. Los tubos fluorescentes y su parpadeo hacen que el día parezca tan invernal adentro como afuera. Tomé el ascensor hasta el tercer piso y me dispuse a aportar mi grano de arena ante la avalancha de casos de diabetes, mientras esas estadísticas ambulantes abandonaban brevemente los McDonald's, los Pizza Hut y sus coca-colas para presentarse en mi consulta. Hay más jóvenes que antes, pero la mayoría de mis pacientes son de mediana edad. Algunos caminan sin ayuda, otros con bastones o van en silla de ruedas, pero unos y otros son incapaces de metabolizar la satisfacción que ansían. Hasta donde yo sé, no hay un Azucaradictos Anónimos. Y junto con sus hamburguesas y sus papas fritas los diabéticos están consumiendo cada vez más dinero público. Ahora mismo estamos gastando el diez por ciento de nuestro presupuesto de 72 millones de libras en el tratamiento de la enfermedad; para 2010 será el veinte por ciento. Las cosas cambian, pero parece que siempre para mal.

Hago lo que puedo y me consuelo con pequeños avances: Imran Patel ha estado controlando su nivel de glucosa mejor que hace seis meses; la artropatía de Charcot de Sarah Blum ha alcanzado la fase 4 y está lista para una bota quirúrgica, y así. En paralelo continúo mi investigación sobre la etiología de la enfermedad y la psicología de los diabéticos.

Durante la mañana, mientras trabajaba, llegó un mensajero en moto con una entrada para el concierto de Mobile Mortuary en el Hammersmith Apollo. También había un pase para la zona VIP y una nota: «No puedo verte hasta después del concierto. xxx». Tres besos de papel. Podría ser mejor. Tarareando «Es lo que hay» revisé carpetas, verifiqué historiales, mandé a los pacientes a hacerse análisis de sangre y entre medio revisé las pruebas para la tercera edición de Lípidos: Una descripción general. Este librito, una guía de bolsillo con imágenes, está muy bien editado: las tablas y los diagramas trasmiten la esperanza de que hay respuesta para casi todo, mientras que las fotografías de xantomas tuberosos y gangrena diabética dejan claro que para muchos las respuestas

llegan demasiado tarde. La brecha entre la lucidez del médico y la confusión de los afligidos es amplia, y algunos días pienso que nunca se reducirá.

Por supuesto que no dejé de pensar en Christabel. Y en eso estaba cuando alguien me hizo una visita imaginaria: el profesor Ernst, mi predecesor, que entró sin llamar y me desordenó la cabeza. «Mira, se trata de la vertical frente a la horizontal –me dijo una vez. Llevaba unos anteojitos de esos que llaman pince-nez, que nunca se le caían–. El médico está en la vertical, el paciente en la horizontal, incluso si está de pie y caminando. El médico usa traje, el paciente piyama, incluso cuando está completamente vestido. Ten en cuenta esta distinción porque muchas personas que no son pacientes deberían serlo, ¿me entiendes? Y otra cosa: no te acuestes con nadie que no sepa jugar al golf».

No sé por qué me acordé de sus consejos. Fui su residente durante diez años antes de que se jubilara. Dudo que Christabel juegue al golf. Nunca me he acostado con nadie que lo hiciera.

¿Cuándo empezó a atraerme esta mujer? Fue cuando la vi parada frente a El cíclope. No solo estaba mirando el cuadro, se estaba entregando a él, y, como dije ya, su reacción me emocionó. Luego, cuando sonrió, me pregunté a qué le estaría sonriendo.

Ahora, en plena jornada laboral, la recordé temblando la noche anterior y mi brazo se movió involuntariamente para rodearla.

9

Titus Smart

23 de enero de 2003. He sido el médico residente de Elias Newman durante cinco años. Entre sus investigaciones y lo que publica, además de su trabajo en el hospital, es el hombre más ocupado que conozco. Siempre que entro en su despacho está muy concentrado en una cosa u otra. Pero hoy estaba de pie junto a la ventana, aparentemente perdido en sus pensamientos.

–¿Sí? –dijo volviéndose hacia mí. Con cierta impaciencia, me dio la impresión.

–No importa. Puede esperar.

–Bueno –dijo, y volvió a sus pensamientos.

Insólito.

10

Christabel Alderton

23 de enero de 2003. Ah, el tatuaje del búho. Me canso de explicarlo todo, incluso a mí misma. Cuando volví de Maui en 1993 quería, no sé, marcar distancias, quizás. ¿Dejarlo todo atrás? Parece broma, en vista de dónde terminó el tatuaje. Ya dije que hago muchas cosas estúpidas. Bueno, en el libro que me había dejado mi vecino Victor había unos búhos de Caspar David Friedrich que realmente me impresionaron. El que elegí, posado sobre una lápida con las alas extendidas, era como un director de orquesta, muy a cargo, como al mando del silencio. Todo su cuerpo decía: «Ya está, eso es todo». Hice una fotocopia y la llevé al estudio de tatuajes Fulham. Las paredes estaban llenas de dragones, diablos, corazones, flores y esqueletos, lo típico, y había un par de chicas bonitas hablando de piercings. Uno de los letreros de la pared decía que no se tatuaría a nadie que llegara drogado o ebrio. Era un día gris, con la realidad cayendo como la lluvia. «¿Dónde lo quieres y de qué tamaño?», preguntó el tatuador. Cuando se lo dije, me miró de reojo:

–¿Estás sobria?

–Sí. ¿Tengo cara de drogada?

–Un poco.

–Bueno, no sé, ¿quieres que mee en un frasco?

–Ey, cálmate. Solo digo que puede que estés un poco alterada.

–¿Cómo sabes que no soy así siempre?

–Mira –dijo–, una vez que te haga este pájaro se queda ahí para siempre, así que mejor no hacer nada de lo que te puedas arrepentir.

–Toda mi vida he hecho cosas de las que después me arrepiento. ¿Por qué parar ahora?

–Bueno, vamos con el búho si es lo que quieres. Primero tengo que marcar para hacer el transfer. Vuelve mañana. Te va a costar cincuenta libras.

Sé que me hago la misteriosa con Elias. Qué le voy a hacer, soy una persona con muchos secretos. Tenía diecinueve años cuando me casé con Richard Turpin. Era la vocalista de una banda de mujeres llamada The Nectarines. Eso fue en 1968. Estábamos dando un concierto en el Orford Cellar en Norwich; tocamos algunos covers y nuestras propias canciones. Había un tipo que estaba muy cerca del escenario y que me miraba intensamente, como si nunca hubiera visto algo como yo. Usábamos minifaldas y blusas con flecos, y siempre he tenido buenas piernas. Después del último set se me acercó:

–Hola, soy Dick Turpin.

–¿Dónde está tu caballo?

–Es un Ford Transit blanco con una escalera en el techo –dijo, y me dio su tarjeta:

Dick Turpin

Un techista en su camino

Lo tenemos todo bajo control

–Genial. La próxima vez que necesite un tejado te llamo.

–Estoy preparando un folleto –dijo–, y me encantaría que aparecieras en él.

–Ah, pero qué bien. Podría ser mi gran oportunidad. ¿Y lo de posar para tu negocio es antes o después de que me invites a ver tus tejas?

–Bueno, ¿te parezco esa clase de hombre?

–Sí.

Tenía pinta de descarado y un cutis pálido a pesar de trabajar al aire libre. Parecía no sonreír con toda la cara: algo en sus ojos me hizo preguntarme si habría una mirilla en la pared del camarín. Era alto y tenía las manos grandes y fuertes. Como mi padrastro, que siempre abría la puerta sin llamar; se las había arreglado para entrar cuando yo estaba en ropa interior un par de veces, pero nunca fue más allá.

Pensé que ya era hora de tener un tejado nuevo.

–Lo que tengo en mente –dijo el tipo– es una imagen tuya vista por detrás subiendo una escalera, con la camiseta de Dick Turpin y una falda un poco más corta de la que llevas ahora.

–Qué descarado. ¿Y se me vería la cara?

–Por supuesto, en otra foto. Cuando llegas al andamio, te das vuelta y sonríes, y ahí tenemos un primer plano tuyo y debajo: «¡Para un tejado así de atractivo llama a Dick Turpin! ¡Presupuesto gratis!». Te pagaría trescientas libras.

Así que lo hice, y una cosa llevó a la otra y rápidamente tuve un tejado nuevo en mi propio hogar de recién casada. Dick consiguió lo

que mi padrastro nunca pudo, y de forma legal. No digamos que era un caballero, en la cama o fuera de ella. Tomaba mucha cerveza y veía mucho fútbol, a veces en nuestra casa con sus amigos, que también tomaban mucha cerveza, y a veces en otros sitios. La casa, en realidad casita, de ladrillo, adosada, con dos estancias abajo y dos dormitorios arriba, hacía esquina y no era ninguna maravilla. El tejado tenía goteras y Dick nunca lo terminó de arreglar. The Nectarines se disolvió y ahí estaba yo, convertida en ama de casa. No era exactamente lo que entendía por salir a conocer el mundo.

Duramos casi un año. Al final me había pegado varias veces con esas manos grandes y fuertes. Se fue a trabajar un día lluvioso mientras yo deseaba que se cayera de un tejado. Se cayó y se mató. Mi juicio nunca ha sido muy bueno, pero el suyo tampoco.

Me pregunto qué pensaría Elias si yo dejara de ser un misterio y le explicara lo arriesgado que es acercarse demasiado a mí. Stevo no ha corrido peligro hasta ahora, pero tal vez tenga siete vidas. Era un gatito cuando lo encontré en un canasto delante de mi puerta, al volver a casa después de la muerte de Django. Me miró como si el espíritu de mi hijo hubiera entrado en él. No fui capaz de llamarlo como a él, así que lo bauticé en homenaje a Stéphane Grappelli.

Si Elias fuera inteligente encontraría a alguien más fiable con quien enredarse, eso está claro.

11

Anneliese Newman

24 de enero de 2003. No suelo pensar en mis hijas. Dondequiera que estén, lo han hecho bien, eso lo sé. A veces pienso en Elias porque hay cosas que me gustaría decirle. Quizás las sabe, quizás no.

Todo vale por dos, lo pienso a menudo. Las cosas son lo que son todos los días, pero a veces no. A veces veo gente hablando, cruzando la calle, corriendo a tomar el autobús. De pronto es como la televisión con el sonido apagado y veo que en realidad es la Muerte disfrazada de gente hablando, cruzando la calle, corriendo para subir al autobús. Entonces eso es lo real, ¿no?

Pero ¿quién soy yo para hablar de estas cosas? Mi mente es como un trompo que gira como loco justo antes de caer.

12

Elias Newman

24 de enero de 2003. A veces me pregunto si realmente soy la persona adecuada para ejercer la medicina. Mi mente tiene arranques de locura. Esta mañana de camino al trabajo miré por la ventanilla del autobús y vi gente hablando, cruzando la calle, corriendo a tomar el autobús, y lo que pensé fue que era solo la Muerte disfrazada de gente hablando, cruzando la calle y corriendo el autobús. ¿Debería permitirme ver las cosas de esa manera siendo médico? Aunque no es tan raro que la Muerte me venga a la mente con tanta facilidad; conozco a bastantes personas de mi edad que ya están muertas, algunas más jóvenes que yo. Hago lo que puedo y tengo éxito en mi carrera, pero bien podría ser demasiado tarde para hacer algo más, para mi desarrollo personal o para tener un futuro con una mujer. Seguro que hay quien llega al final de su vida sin haberse enamorado jamás. Aun así, siento una conexión con Christabel que es real y que parece anterior a que nos conociéramos. ¿Será verdad?

13

Christabel Alderton

24 de enero de 2003. El cíclope se me apareció anoche en un sueño. Mirándome a través de un grupo de árboles. Yo chapoteaba en el suelo pantanoso y esa cara horrible me miraba con su único ojo entre los abedules delgados y raquíticos, con su boquita repugnante diciendo algo que no podía oír. «¿Qué? ¿Acaso eres el Erlking ahora?», le dije, pero seguía moviendo la boca y mi propia voz me despertó.

El padre de Django era Adam Freund. Aunque por esa época me acostaba con Sid Horstmann, no lo habíamos hecho ese mes y yo estaba ovulando la noche que pasé con Adam. Dos días después regresé con la banda a Londres y jamás lo volví a ver. Cuando descubrí que estaba embarazada me pregunté cómo se sentiría él si lo supiera. Esa noche en esa habitación prestada, antes de que me dijera que era casado, llegué a convencerme de que era el hombre para mí. Si me hubiera pedido que lo dejara todo lo habría hecho. Pero luego, incluso si hubiera sabido dónde encontrarlo, ¿para qué iba a hacerlo? Me rechinaban los dientes cuando pensaba en eso, tendida en mi cama. ¡Por qué tenía que estar casado!

Sid, en cambio, no era el indicado, pero estuvimos juntos el tiempo suficiente para que se suicidara. ¿Por qué me metí con él? Bueno, viajar y trabajar juntos lo hizo más fácil, por supuesto, y tenía un aire de condenado que me atraía. ¿Creí que lo podía salvar de lo que fuera que lo esperaba allí donde se dirigía? Ahora sé que no puedes salvar a nadie. Tenía mucho talento y escribió algunas buenas canciones, pero sus excesos con el alcohol empeoraron sus bajones depresivos. Tal vez ayudé a que cayera por esa cuesta al haberme

aburrido de su necesidad de un trato especial. Hubiese sido mejor para los dos si le hubiera dicho que no desde el principio.

Mi noche con Adam sucedió en 1988. En 1990 Mobile Mortuary volvió a Viena y de nuevo Sayings of Confucius fueron los teloneros. Pero Adam no estaba con ellos. Solo entonces supe que había muerto. «Estábamos en Hamburgo, preparándonos para un concierto en el Onkel Pö, y le cayó un foco encima», me dijeron. Así que ya no estaba casado, pero tampoco disponible.

Cuando Django tenía tres años se lo conté y un tiempo después me mostró el dibujo de un hombre. Era de esos dibujos de palitos, con una cabeza grande. En la cara había una gran sonrisa y los brazos de palito sostenían una guitarra.

–¿Quién es ese?

–Papá. Me tocó una canción.

–¿En un sueño?

–Sí.

–¿Te acuerdas de cómo era?

–Sí.

–¿Puedes tararearla?

Y tarareó «Nuages». Me había oído tocarla a menudo y tenía buen oído.

Su ataúd lo fabricó en Maui Rudy Ka'uhane, un artesano local. En la tapa escribió:

Oh, vientos perpetuos del Waipio,

En la calabaza de Kaleiioku,

¡Salgan del ipu-makani!

Oh, vientos, vientos del Hilo,

¡Vuelvan pronto, vengan poderosos!

«Es la canción de Maui para hacer volar barriletes –me había dicho Rudy–. Maui para nosotros es un semidiós. Ahora el alma de tu hijo vuela como un barrilete y el hilo está en tu mano».

Mi vuelo a casa desde Honolulú salía a la mañana siguiente. En el aeropuerto, la parte de mi cerebro que da sentido a lo que ven los ojos no funcionaba, los colores no me decían nada y las formas no se mantenían estables. «Hola, oscuridad», pensé, pero no es que hubiese oscuridad propiamente. Respiré el aroma espectral de unas hamburguesas y papas fritas ya devoradas, y cuando fui al baño el ambientador olía a chicle. No tenía hambre pero tenía ganas de comer, así que me pedí un par de rollitos primavera en una cafetería. Había letreros de neón en inglés y en japonés y los rollitos probablemente tenían algún sabor, pero no logré encontrárselo. Pasé la noche en un hotelito del aeropuerto. Era como una celda de monje, muy tranquila y separada de todo. La cama era de hierro, las mantas eran grises y finas como en la cárcel y las toallas apenas más gruesas que el papel higiénico, pero esa pequeña celda monacal me hizo bien, creo que evitó que todos los fragmentos de mi ser salieran volando. Me mantuvo entera hasta que el ataúd y yo subimos al avión. Tumbada en esa estrecha cama de hierro pensé mucho en cómo Django siempre sería un niño, nunca sabría lo que era estar con una mujer. Solo porque a mí se me ocurrió que tenía que ver ballenas jorobadas.

Hice todo el papeleo para el traslado de los restos y finalmente Django y yo nos fuimos a casa. Me tocó un asiento de pasillo junto a

una pareja joven de alemanes. Ella estaba embarazada de unos seis meses, y era grande y robusta como la mujer del cuadro de Schiele. Él también era macizo, y ambos tenían los ojos azules y el pelo rubio. Él puso su mano sobre el vientre de ella y se sonrieron, y luego a mí. Les devolví la sonrisa y dije:

–Viel Gluck.

–Sprechen sie Deutsche! –dijo él.

–No. Solo sé unas cuantas palabras.

Me puse los auriculares y fui de un canal a otro hasta que encontré una voz masculina cantando «The Far Side Banks of Jordan», de Johnny Cash, con acompañamiento femenino:

Te estaré esperando en la otra orilla del Jordán,

Te esperaré dibujando figuras en la arena,

Y cuando te vea venir me levantaré con un grito

Y correré hacia ti entre las aguas bajas

Hasta tocar tu mano.

Sentí que me caían las lágrimas y vi a la pareja joven mirándome con preocupación. Indiqué los auriculares y dije:

–La música.

Asintieron y sonrieron. Era obvio que me tenían lástima. Su hijo probablemente sería un niño grande de pelo rubio y ojos azules. Si todo salió bien, ahora tendrá casi diez años. Lo imaginé jugando a la

pelota con su padre, hasta oí el ruido de la pelota al patearla y sus risas. Todo bien. Ahora estoy de vuelta en el presente. Una de las canciones que vamos a tocar esta noche, «Mierda de pájaro en tu estatua», la escribió Jimmy Wicks poco después de que volviéramos de Viena en 1988:

Tú siempre en las alturas,

Allá arriba, allá arriba,

Fuera del alcance de tipos como yo,

Fuera del alcance, fuera del alcance.

Como una estatua en la cima,

Demasiado lejos para amar

a tipos como yo, como antes.

Pero ahora veo, sí, ahora veo

Que hay mierda de pájaro en tu erguida estatua.

Qué lástima, oh, qué lástima.

¿Fueron las palomas, culpo a las palomas?

Mierda de pájaro en tu estatua,

Qué lástima, oh, qué lástima.

La melodía y el slide de Jimmy eran un poco viciosos, viperinos. «¿Tenías en mente alguna estatua en particular?», le pregunté en su

momento. «No sé, si la mierda de pájaro encaja…». Lo dejé pasar, no quería crear mala onda entre él y yo. Siempre me ha mirado con deseo, pero mientras él y Tracy estaban juntos no se atrevió, y ahora que aparecí con Elias se le ha hecho difícil manejar la situación. Lleva tanto tiempo viéndome como él quiere verme que nunca ha logrado detectar mi falta de interés en él como algo más que un colega. Ahora que lo pienso, ¿alguna vez entendí bien a Sid y él a mí? El mundo está lleno de disléxicos emocionales.

¿Querrá Elias Newman ser un hombre nuevo y podrá serlo? ¿Y será el hombre nuevo indicado para mí? La verdad es que no me importaría no verlo durante unos días.

14

Elias Newman

24 de enero de 2003. El concierto de Mobile Mortuary era tarde, a las ocho, así que estaba oscuro cuando me subí al autobús que sale de Lillie Road y atraviesa Fulham Palace Road en su camino al Hammersmith Apollo. Ese lugar se llamaba Hammersmith Odeon y ahora es el Carling Hammersmith Apollo. En la guía telefónica ya no se lo encuentra debajo de la H sino de la C. Cada vez más y más cosas van quedando bajo algo de lo que no solían estar debajo. Ya son polvo las flores de ayer.

Una vez en Fulham Palace Road, desde el autobús veía cada vez menos vitrinas inglesas y más de otros lugares del mundo. Sé que la xenofobia está muy mal vista en los círculos intelectuales, pero me gusta cuando hay más tiendas de papas fritas que halal. Pasamos a ritmo desganado por el hospital de Charing Cross y llegamos a Hammersmith. ¿Por qué me sentía tan… negativo? No soy ese tipo de persona, creo.

Incluso de noche el cielo estaba lo bastante claro para que se distinguiese el imponente paso elevado de Hammersmith con forma de triángulo invertido. A su izquierda se erguía el College Court, un antiguo y anguloso edificio de departamentos de ladrillo rojo, con su terminación de sombrero de bruja sobre la torreta que hace esquina.

La explanada estaba abarrotada. Una interesante mezcla de gente y un par de vendedores de entradas cuya hiperactividad les hacía parecer muchos más. Como era invierno, las clásicas camisetas estampadas con nombres de bandas de rock aparecían a medias debajo de chaquetas y abrigos, pero me entretuve tratando de completar las partes que veía: le op se repetía bastante en un grupo

de hombres con chaquetas de motoquero y aspecto peligroso. En otro grupo claramente de clase media había varias o en m. Mujeres jóvenes y no tan jóvenes deambulaban vestidas de negro y con la cara pintada de blanco, los labios negros, los ojos muy maquillados en tonos oscuros y el pelo largo y lacio. También había hombres jóvenes con una variedad de tupés góticos y lo que me pareció alta costura transilvánica. En todas estas categorías distinguí a dignos representantes de la tercera edad o casi, y tanto ellos como el resto daban vueltas bajo los faroles emitiendo el zumbido habitual de la multitud que espera que se abran las puertas.

En la fachada delantera del Hammersmith Apollo, coronada por pilares al estilo Cecil B. DeMille, una gran marquesina apaisada se oponía a la verticalidad del College Court y al paso elevado de Hammersmith y se leía: «maccabee enterprises y d.o.a. records presenta: mobile mortuary».

–¿Quién diablos es Maccabee? –dijo uno de los hombres de aspecto peligroso.

–Judíos –respondió alguien a su lado.

–¿No son escoceses? –dijo Peligroso 1.

– Judíos –dijo Peligroso 2.

–La puta madre. Es la última vez que voto a los putos laboristas.

–Más te vale. Recuérdame que te pase unos folletos. Te van a abrir los putos ojos.

Por fin se abrieron las puertas y pasamos por delante del personal de seguridad hasta el vestíbulo. Había varias barras, mucha oscuridad, dos bolas de espejo y vendedores de camisetas estampadas con la clásica imagen de las plantas de los pies de un muerto y una etiqueta en el dedo gordo. Esta decía «Mobile Mortuary». También se exhibían carteles, cedés, videos y unas

cámaras mortuorias en miniatura con muñequitos de los miembros de la banda, decentemente tapados hasta los hombros.

La miniatura de Christabel me sorprendió; haber tenido intimidad con alguien de quien existía una muñeca era inquietante. Miré alrededor, rebobinando los acontecimientos que me habían llevado hasta allí para comprobar que habían sido decisiones impulsivas pero no incomprensibles; lo cierto es que todos los pasos que había dado partían de mi creencia en una conexión que existía desde antes de que nos conociéramos, y esa conexión me había traído al Hammersmith Apollo esta noche.

Las chaquetas estaban más abiertas ahora y noté un buen número de No en mi nombre y La guerra no es la respuesta. Pero también, del lado de los peligrosos, había un buen número de entusiastas cuyos cortes de pelo sugerían que pensaban que la guerra sí era la respuesta. Ahora entendí que las letras le op estampadas que había visto antes eran parte de un acogedor Dale una oportunidad a la guerra. Me di cuenta, no por primera vez, de que no me sentía muy involucrado con lo que sucedía en el mundo. No es que pensara que la guerra con Irak fuera una buena idea, por supuesto, pero había venido a ver y escuchar a Mobile Mortuary y no esperaba tener una discusión sobre la situación internacional.

Alzando la mirada vi una especie de atrio con varias filas de gradas rosa bajo un techo rosa. Las escaleras a mi izquierda indicaban platea alta y bar. Antes de subir le pregunté a uno de los que cortaban las entradas si había teloneros.

–Fathoms –dijo.

–¿Deep?

–Ni idea. ¡Siguiente!

Pasé por alto el bar y fui directamente a mi asiento en la primera fila de la platea alta. Tenía una buena vista del escenario, donde aún no

había movimiento. La única iluminación eran unas luces decorativas en el techo. El público murmuraba, tosía y se movía en sus butacas. Yo no tenía a nadie con quien murmurar, hasta que el hombre sentado a mi izquierda, un tipo de mediana edad, se quitó la chaqueta y le vi la camiseta: Antidáctilos por la paz. Me sonrió al verme tratando de descifrar la leyenda:

–Antidáctilo, anapesto, ta-ra-ráán, ¿se entiende?

–Eeh, no –reconocí.

*–El yámbico es el verso marcial. «The king with half the East at heel is marched from lands of morning…».**

–«Beware the Jabberwock, my son! The jaws that bite, the claws that catch!…» –se metió el joven a mi derecha, versado en el poema de Lewis Carroll al parecer.

Era uno de los peligrosos en los que me había fijado antes, y entonces se quitó su chaqueta de cuero y dirigió su Dale una oportunidad a la guerra hacia el antidáctilo. Este negó con la cabeza pero no dijo nada.

Después de un rato se encendieron unas luces verdes y azules en el escenario, una pantalla proyectó unos patrones de agua y salieron los músicos de la primera banda. La falta de luz me impedía ver cuántos formaban Fathoms. Estaban tan juntos que parecían una sola forma que irradiaba tentáculos de luz azul. La música era muy low fi y se sentía en todo el cuerpo, como abriéndose camino desde el fondo del mar. El cántico o canción o lo que fuera era como un gruñido o sonido gutural casi por debajo del umbral de audición. El estribillo me sonó como «Nnvsnu tsrungh, nnvsnu nngh, nnvsnu rrndu ts'irnh ts'irnh ts'irnh nngrh».

Lo repitieron una y otra vez hasta que el cántico me llenó la cabeza y comencé a sentirme en un lugar muy profundo y oscuro, con miles de millones de toneladas de agua cayendo sobre mí. Debí quedarme

dormido y me perdí las demás canciones, porque a continuación vi unas luces verdes, azules y púrpuras como jugando entre las nubes de humo que se elevaban desde el escenario. Un foco de luz blanca hizo aparecer una hilera de cámaras mortuorias, la iluminación se volvió más intensa, las cámaras se abrieron y la banda emergió de ellas en medio de un gran estruendo. Jimmy Wicks se adelantó para dirigirse al público.

–¡Hola!

–¡Hola! –le contestó la multitud con gritos y silbidos.

–En esta época es difícil saber dónde estamos. Así que vamos a abrir con una canción para estos tiempos: «¿Fue o fui?».

La banda empezó a tocar la intro y Christabel tomó el micrófono:

¿Fue o fui? ¿Fuimos, fue?

Será que caminé sobre la nada

que paseamos por el parque

que bailamos en la noche

acaso nunca, acaso siempre

corriendo en el no entiendo.

¿Fui un genio alguna vez?

Fuimos, fue, nunca va a ser.

Veo borroso, me confundo.

¿Fue o fui? ¿Fuimos, fue?

¿Alguna vez estuvo bien?

¿O siempre fue un ya es después?

Veo borroso, me confundo.

¿Fue o fui? ¿Fuimos, fue?

Apenas había comenzado la canción cuando el público sacó sus encendedores e intentó hacer el coro pero desfasado, como cuando uno cantaba en la clase de música de primaria siguiéndole el paso a la chica que se sabía el ritmo. Yo no sabía leer música. No tenía problemas con «El caballero español», «Juanita» y otras canciones escolares, pero la profesora, la señorita Schwer, siempre estaba innovando y me la hacía difícil. Ah, ya estoy divagando.

Los portadores de encendedores eran bastante pacíficos, pero a esas alturas algunos de los de corte militar ya mostraban sin pudor sus camisetas bélicas; había empujones y forcejeos, y luego directamente peleas. Los tipos de seguridad y los de los cortes de pelo modernos enseguida se impusieron y Christabel terminó la canción sin interrupciones.

La siguiente canción era «Mierda de pájaro en tu estatua». Habían tocado unos compases cuando el devoto antidáctilo se puso de pie y gritó:

–¡Escucha eso, Tony Blair! ¡Ten cuidado!

Por supuesto su intervención desató una trifulca justo a mi lado, cuando un joven fan de la guerra le contestó:

–¡Ojo con lo que dices, pacifista sensiblero!

–¿Quieres guerra? –dijo el sensiblero, y le dio una patada en la canilla con un pie muy poco prosódico.

Se agarraron a manotazos mientras otros se envalentonaban a su alrededor como en una onda expansiva, la música hacía temblar el suelo y las luces de colores rotaban sobre el escenario. Pero el antidáctilo resultó ser todo un pugilista y en breve tenía al belicoso rojo como un tomate. «¡Una vez más en la brecha!», dijo, olvidando los yambos en medio de la excitación.

–¿Tienes un pañuelo? –le dije al joven que confundía la paz con la guerra.

–Ajjj, la puta madre –dijo, y sacó uno que claramente había sabido cumplir con su deber.

–Presiónalo sobre la nariz y mantén la cabeza echada hacia atrás. No creo que tengamos que llamar a una ambulancia.

–Oye, el viejo es más fuerte de lo que parece. Está claro que vino a buscar pelea.

–Bueno, la política es así. Si no lo soportas quizás no deberías venir al Hammersmith Apollo.

–¿Acaso también eres progre?

–Probablemente. Tendré que pensarlo.

Mientras manteníamos este diálogo Christabel y la banda terminaron «Mierda de pájaro» entre aplausos y fuego de encendedores, y se lanzaron con «No más mundo»:

Cuando toqué el reloj parlante,

Escuché algo impactante,

Dijo: cuando oigas los pitidos,

¿Podrás leerme los labios?

Porque la hora será exactamente

La del fin del mundo…

El tema provocó más enfrentamientos entre los bandos de camisetas, hasta que de pronto sentí una especie de silencio general que se tragó a la banda y al público y un gran cansancio se apoderó de mí. Me hundí en una profundidad azul que se hacía más oscura por momentos y vi sobre mí a Christabel desnuda, hundiéndose conmigo hacia la oscuridad insondable. Sí, pensé, aquí se está tranquilo, la tranquilidad es buena.

No sé qué fue eso, pero de repente estaba de vuelta en el alboroto del Hammersmith Apollo. No estaba seguro de poder levantarme, pero lo hice, tratando de llamar la atención de Christabel con ambos brazos en alto mientras la gente de atrás me pedía que me sentara. No me vio, claro, así que me fui sin más intentos de comunicación. Pasé por delante de las casetas de merchandising sin comprar nada de Mobile Mortuary y salí al aire libre, donde me quedé respirando monóxido de carbono unos momentos. ¿Qué me había pasado? Soy médico, por el amor de Dios, no tomo drogas y no alucino ni entro en estados alterados de conciencia. No sé, quizás no sea capaz de metabolizar el azul y la oscuridad. Pero es absurdo, ¿de dónde había salido todo eso?

Me fui a Fulham Palace Road con la esperanza de conseguir un taxi, pero no había. Poco después apareció un autobús y subí. El piso de arriba estaba lleno, pero pude descansar una nalga junto a un gordo que fue incapaz de esperar a llegar para zamparse la hamburguesa

con papas fritas que llevaba en un recipiente de poliestireno. «Uno de estos días te voy a ver en mi consulta», pensé. El olor de la grasa, el ruido que hacía al masticar, su volumen que me oprimía, más un borrón de luces, colores y palabras impresas sobre las fachadas me expulsaron del autobús y me bajé en Dawes Road para hacer a pie el resto del camino a casa. Seguía con las camisetas y los gritos del público en la cabeza; todas esas opiniones, al fin, me parecían protestas razonables frente a un mundo que se había vuelto desagradable. Si había o no había guerra, al fin y al cabo no importaba mucho: el mundo ya es un viejo cascarrabias y lo va a ser cada vez más. Y cada vez más la gente va a buscar consuelo en hamburguesas grasientas y papas fritas, chocolates y helados, para llegar a mi consulta con diversos niveles de hiperglucemia, obesidad y problemas cardiovasculares.

Ya en casa, respiré profundamente el silencio, encendí algunas luces, me quité el abrigo, saqué Sombrero de copa del estante de las películas, me serví un vaso del whisky de malta escocés más fuerte que tenía, aunque lo templé con agua, y me instalé a ver a Fred Astaire y Ginger Rogers. Él nunca me interesó mucho a pesar de sus maravillosas dotes; fue la encantadora Ginger la que, como el espíritu independiente y astuto que era, lo elevó a los cielos afirmando su maestría y dejándolo exhibir su masculinidad como líder de la pareja. Ver la gracia y joie de vivre de esos fantasmas plateados mientras bailaban el «Cheek to Cheek» me llenó de alegría y tristeza a la vez. Cuando estaban vivos me hacía feliz saber que seguían entre nosotros; cuando dejaron de estarlo, el mundo fue un lugar más pobre que antes. Sus números de baile son puro arte. Y verdadero: a diferencia de las estrellas de cine y sus hazañas imposibles con pistolas, y de los presidentes occidentales al mando de cientos de miles de dobles de riesgo prescindibles, Fred y Ginger realmente interpretaban las escenas de baile que vemos en la pantalla. Con lágrimas en la cara me terminé el whisky y la película, luego llamé a Christabel a su casa y al móvil, recibí sus «no disponible» en ambos y me fui a la cama.

* Es un verso de «The Oracles», de A.E. Housman.

15

Christabel Alderton

25 de enero de 2003. Esperaba ver a Elias en la zona VIP después del concierto, pero no apareció. Estuve un buen rato atascada hablando con ejecutivos de la discográfica, y cuando logré zafarme y lo llamé salió la contestadora; debía haberse ido a dormir. Realmente quería hablar con él, porque me voy a Honolulú mañana temprano y quería avisarle. El 30 de enero es el décimo aniversario de la muerte de Django y no le he contado nada sobre él; todavía no hemos llegado tan lejos. Reservé la vuelta para el 2 de febrero, es un viaje corto, pero da lo mismo, quería escuchar su voz antes de irme.

Cada año, cuando se acerca la fecha, pienso en Django como lo vi por última vez y trato de imaginar cómo sería ahora. Me vino a la mente el rey Lear de Anthony Hopkins que vi en el National Theatre hace años, al final, cuando sostiene a Cordelia muerta en sus brazos y dice:

No no no vida!

Por qué motivo ha de vivir un perro

Un caballo una rata

Y en ti ni el más mínimo aliento?

Nunca nunca nunca nunca nunca!*

Esa vez lloré tan calladamente como pude mientras todo me daba vueltas y trataba de no desmayarme. Compré el libro y leí esas frases hasta que se fundieron en mi mente, y ahora puedo oírlas cuando me lavo los dientes, cuando cruzo la calle, en momentos en que ni siquiera estoy pensando en mi niño perdido. Al menos, no conscientemente. Hoy, antes de volver a Honolulú, seguía viéndolo caer por el borde de un fondo de cielo gris y mar oscuro.

Puse mi disco de Django Reinhardt y me trajo recuerdos de Adam, el padre muerto de mi hijo muerto. No puedo controlar las cogiéndose de mi cabeza, y cuando empezó la música lo vi cogiéndose a la esfinge de piedra con la melodía de «Limehouse Blues». «Nuages» me recordó a Adam desnudo, la lámpara de pantalla roja y las agujas de las torres del Stephansdom. Me recordó a «El señor Olaf». Y a Elias. ¿Puede realmente una persona ser portadora de la mala suerte? ¿Soy yo una de ellas? He tenido bastantes noches de sexo casual y no sé si esos hombres que no significaban nada para mí se habrán encontrado con la Maldición de Christabel, pero el hecho es que cuatro hombres (contando a Ron) y mi hijo están muertos. ¿Debería romper con Elias por su propio bien?

Me cansé de pensar y me quedé dormida soñando que Django estaba conmigo. «Mamá –dijo–, estoy cansado. ¿Podemos volver ya?» «Pero si estamos en casa», le dije, y mi propia voz me despertó. Mi vuelo salía de Heathrow a las 11.05, pero con esto de la guerra en Irak han reforzado la seguridad y había que llegar tres horas antes, así que pedí un transfer para las 7.15 y llegué a la Terminal 4 a las 7.45. Me pregunté si debía llamar a Elias, decidí que traería mala suerte, cargué mis cosas en un carrito y me uní a una cola muy lenta. Finalmente llegué al mostrador, y después de asegurarle a la mujer que yo había hecho mi propio equipaje y que nadie me había pasado nada para subir al avión, pedí un asiento en la parte trasera y me encontré con una hora y media libre antes de embarcar.

Esta es la época del año en que me siento más como un cangrejo ermitaño sin caparazón, expuesta y vulnerable. Pero los aeropuertos siempre han sido para mí como refugios entre lo que he dejado atrás y lo que tengo por delante. Claro que ahora ningún lugar es seguro. A pesar de eso me gusta el olor a vacío y a champú de alfombras, el aire filtrado y la iluminación que hace que no sea ni de día ni de noche. Me siento cómoda con mi libro y mi tarjeta de embarque y todos esos extraños que se interponen entre mí y el Erlking, el Cíclope o lo que sea.

No pude evitar preguntarme por qué, en este décimo aniversario, tenía que ir justamente al lugar donde murió Django. La respuesta sonará extraña, pero supongo que así soy. Extraña. De algún modo la noche que pasé en el Mini Hotel del Aeropuerto Internacional de Honolulú en 1993 había evitado que me desmoronara, y eso andaba buscando ahora: no desmoronarme. Llamé hace dos semanas, así que sabía que el Mini Hotel había cerrado después del ataque a las Torres Gemelas, pero pensé que solo pasar la noche en el aeropuerto podría ayudarme a aclarar el rumbo de mi vida, Elias incluido. ¿Quería arrastrarlo en mi senda de mala suerte o debía dejarlo ir?

Tomé un café y fui a WH Smith a comprar un libro. Había pensado en el último de Donna Leon, pero fue uno de Susan Hill –La dama de negro– el que me vio primero y saltó a mi mano. No tengo que comprarlo, me dije, lo hojeo un poco y ya. Pero después de las primeras líneas se negó a soltarme y temí que se me acabara antes de despegar, así que busqué un segundo libro para las diez horas hasta Los Ángeles. No sé por qué pasé por alto a Donna Leon y me dejé seducir por Odio, amistad, noviazgo, amor, matrimonio, de Alice Munro. Cubriendo tantos temas, me dije, tenía que valer su precio.

Encontré un asiento con buena vista a las pantallas y noté que había un hombre con apariencia de árabe tres asientos más allá. Los tres asientos del otro lado también estaban vacíos. Leía un periódico en árabe y me pregunté si habría alguna forma de detectar a un

terrorista suicida con solo mirarlo. Probablemente yo parezco suicida la mayoría de las veces; muchas personas de aspecto pensativo podrían estar a punto de hacer cualquier cosa.

El embarque era a las 10.40. A las 10.15 llamé a Elias.

–Hola. Soy yo. Esperaba verte anoche.

–Yo también, pero digamos que hubo un intercambio de opiniones sobre la situación internacional que fue demasiado para mí, así que me fui. Te llamé, pero no estabas.

–Lo siento, me agarraron los ejecutivos de la discográfica y cuando me soltaron tú tampoco estabas.

–Bueno, no importa, ¿podemos vernos mañana?

–Es que… por eso quería verte después del concierto. Estoy en Heathrow, vuelvo el 2 de febrero.

–¿Qué haces en Heathrow? ¿Adónde vas?

–A Honolulú y Maui. Es una especie de viaje del recuerdo, no te lo puedo explicar ahora, sí cuando vuelva.

No me salió lo que quería decir a continuación.

–¿Qué pasa? –dijo él después de unos segundos.

–¿Qué piensas de la suerte?

–Algunos días me siento afortunado, otros no. ¿Y tú?

–A veces tengo mala suerte. A veces me siento la portadora de la mala suerte.

–No lo eres. Encontrarte ha sido lo más afortunado que me ha pasado en mucho tiempo –hizo una pausa–. Ya te extraño. ¿A qué

hora aterriza tu vuelo de vuelta? Voy a buscarte.

–Mejor que no. Son dos vuelos largos y con una escala en Los Ángeles, es probable que se retrase. Voy yo a tu casa, déjame una llave en alguna parte por si no estás.

–Claro, te la dejo debajo de la maceta del arbusto que hay a la derecha de la puerta.

–Estupendo. Te veo pronto entonces.

–Sí. Buen viaje.

–Lo intentaré. Nos vemos pronto, si Dios quiere.

Le mandé un beso a través del teléfono y colgué. Nunca había dicho «si Dios quiere». Tampoco le había mandado un beso por teléfono. Ahora casi no me quería ir.

** Versión de Nicanor Parra en Lear. Rey & mendigo, Ediciones UDP, 2004.*

16

Elias Newman

25 de enero de 2003. «Una especie de viaje del recuerdo», había dicho. ¿A quién tenía que recordar? ¿A Sid Horstmann? Sentí una oleada de celos absurdos, pero pronto me calmé y la ola se retiró para dejarme solo con el azul y la oscuridad que había experimentado en el Hammersmith Apollo.

Ese sábado era día de trabajo para mí: tenía que terminar un artículo para el Lancet y organizar mis apuntes de etiología. Me considero bastante disciplinado, pero no me podía concentrar, así que me puse un abrigo, gorro de lana y bufanda y salí al gris y al frío. Caminé por New King's Road y de King's Road a Beaufort Street, y luego bajé hasta el Embankment. El viento levantaba olas en el río y los veleros y las lanchas oscilaban en el agua. Fui hacia el Albert Bridge, y mientras me acercaba a la Dafne de bronce pasó un hombre haciendo jogging que la alcanzó antes que yo, le dio una palmada en el culo y siguió corriendo hasta perderse en la distancia.

–Qué descaro –dije en voz alta.

Hay un banco cerca de la estatua; me senté en él y miré hacia el puente. «Puente sobre aguas turbulentas», pensé. Sesenta y dos años no es la mejor edad para pensar en un nuevo comienzo, pero podría ser que Christabel estuviese viajando en ese instante para alejarse de mí y acudir a no sé qué cita con los muertos, y lo único que sabía era que solo la quería cerca de mí.

26 de enero de 2003. Trajes de guerra biológica encontrados en una mezquita de Londres, bramaba el Sunday Times. Y un titular más pequeño: Bush busca asegurar Bagdad tras derrocamiento de Saddam. Sálvese quien pueda, pensé. Dejé el periódico y me pregunté dónde estaría Christabel. Calculando los vuelos y la escala, supuse que en Honolulú, quizás de camino a Maui. Aquí era otro día gris y frío.

Después del desayuno puse «Midnight Special» en la versión de Sonny Terry y Brownie McGhee, y seguí con «Sonny's Squall». No me bastó y probé con «Just a Closer Walk with Thee», que me serenó un poco, aunque no lograba satisfacerme del todo. Terminé escuchando «Freight Train» y con eso quedé conforme. Ahí estaba yo, un médico maduro y respetado, sintiendo que mi vida era un tren al que había subido sin pagar: avanzaba colgado de las ventanas o, peor, de pie sobre las bielas, aferrándome a mi amada vida mientras los durmientes y los rieles pasaban veloces bajo mis pies. Canté con Terry y McGhee: «Es una barandilla larga y una traviesa corta, / viajo sobre las varillas hasta el día que muera / no les digas en qué tren estoy / y no sabrán por qué ruta voy…». Luego apagué el aparato y desenterré el cuaderno que usaba cuando escribía poesía. ¿A ese extremo había llegado? Al parecer sí. Escribí:

Bajo el océano profundo y oscuro

lloran búhos muertos.

Nada recuerdan. La mar, un muro.

Basta, Rodney, me estás avergonzando. Sacudí la cabeza para despejarla, me abrigué bien y salí a dar otro paseo. Después de un rato me encontré en el Putney Bridge. La marea estaba baja, el río se había estrechado y el barro, ensanchado. El viento agitaba el

agua, hacía frío y el cielo estaba gris. Un remero solitario apareció por debajo del puente y seguí su estela hasta que se alejó. Pensé en ciudades sumergidas, volví a casa, abrí una botella de tinto francés y vi una película con Jon Voight y Burt Reynolds. Más tarde me hice una omelette de queso, me terminé la botella y me dispuse a trabajar un poco en el artículo para el Lancet. Muy poco.

27 de enero de 2003. El lunes por la mañana adopté mi identidad profesional de diabetólogo e hice mi ronda habitual con Titus Smart, mi asistente, más Istvakar Rana y Brendan Yee, médicos residentes, el farmacéutico clínico Winston Davies y las estudiantes Nancy Kwan y Elizabeth Yonghe. Todo un vigoroso equipo de verticales calzados pasando revista a los horizontales descalzos que teníamos a cargo en varias salas.

En el ala B, bautizada en honor de Samuel Plimsoll –el hombre a quien se le ocurrió marcar la línea de flotación en los barcos–, en la tercera cama junto a la ventana, estaba Abraham Selby, un negro corpulento de cara tosca y sonrisa irónica. Apoyaba la espalda en varias almohadas y mantenía una pierna elevada gracias a una pila de mantas dobladas y un par de toallas. Mientras nos acercábamos dejó de lado el Times.

–Ah –dijo–, aquí vienen los consoladores de Job, los que deprimen más de lo que consuelan.

Brendan Yee comenzó a leer de sus apuntes:

–El señor Selby tiene cincuenta y seis años, es insulinodependiente y tiene un largo historial de diabetes tipo I. Polineuropatía diabética. Cardiopatía isquémica. Trombosis coronaria en 1993 y triple baipás en 1994. Ingresado el 21 de enero con celulitis severa en la pierna izquierda. Está siendo tratado con bencilpenicilina y flucloxacilina intravenosas, más heparina profiláctica para reducir el riesgo de TVP.

–¿Cómo se encuentra? –le pregunté a Selby.

–Agobiado.

–Sé que la vía intravenosa es una molestia y que el tratamiento es lento, pero créame que los antibióticos harán su trabajo.

Asintió con gesto resignado.

–Sí, sí –dijo–. ¿Cree en Dios?

–¿Por qué lo pregunta?

Me mostró una foto en el Times, un primer plano de un murciélago de orejas largas y rostro pensativo. Yo la había visto en mi casa mientras desayunaba y no me había resultado indiferente.

–Me pregunto si la mirada del Señor llega hasta ese murciélago.

–Tendría que pensarlo. Más tarde le respondo.

–Claro. Aquí estaré.

Después de la ronda lo sorprendí al aparecer de nuevo junto a su cama. Me pasó el periódico y releí el pie de foto; decía que era un murciélago europeo de cola libre o rabudo que se había desplomado «exhausto, hambriento y herido» en un cementerio de Cornwall. «El ejemplar se habría desviado de su ruta de migración a la península Ibérica», había escrito en la nota el reportero, Simon de Bruxelles, que decía también que este tipo de murciélago vuela muy alto y que hay pilotos de avión que los han visto.

–«Una envergadura de 48 centímetros» –leí–. Es un bicho muy grande, la verdad.

–Podrían tener una aerolínea –dijo Selby–. Bat Air, la última de las low cost. ¿Se imagina? Un piloto sentado en su cabina del 747 mira

por la ventana y ahí está Bat Air aleteando a su lado. ¿Y qué está haciendo allá arriba con los grandes?

–Migrando, según dice aquí.

–Pero ¿por qué tan alto?

–No sé. Tal vez había una corriente de aire favorable.

–Creo que es más que eso. ¿Y si son almas?

–¿Por qué las almas tendrían forma de murciélago?

–Quizás cuando te mueres dejas de estar separado de todos los demás animales. Tal vez adoptas la forma de un murciélago, o de un lobo, o de un elefante o una ballena. Tal vez el mundo está lleno de almas caminando o nadando o volando por ahí, y cuando algunos de esos animales se extinguen esas almas mueren de verdad. ¿Qué le parece eso, eh? Piénselo.

Lo hice.

17

Abraham Selby

25 de enero de 2003. Lo que me gusta del doctor Newman es que me hace sentir un poco menos horizontal. Pero puede que esté trabajando demasiado y no duerma lo suficiente. Al salir de la habitación se tropezó con el balde de uno de los limpiadores y estuvo a punto de caerse.

18

Anneliese Newman

25 de enero de 2003. Ahora, a veces sueño con música. No es música de ópera, no sé qué es. Encima de mí, debajo de mí, en todas partes. Puedo oírla, puedo sentirla. Cuando me despierto se ha desvanecido. Por completo, no recuerdo nada.

19

Christabel Alderton

25 de enero de 2003. La dulzona melodía de «Garota de Ipanema» se derramaba por el pasillo del avión como si alguien hubiera esparcido una gran lata de bossa nova. Sé que el Aeropuerto Internacional de Río lleva el nombre de Antonio Carlos Jobim, pero no creo que el viejo tenga necesariamente que ser la banda sonora de todos los aviones del mundo. El 777 no iba ni medio lleno, pero daba igual, la gente se las arreglaba para molestar al resto mientras buscaba sus asientos y guardaba sus cosas.

Yo estaba en el 28C y no me sorprendió que me tocara al lado el hombre con cara de árabe de la sala de embarque. En el asiento de la ventana había un hombre muy gordo que respiraba con dificultad y olía a Burger King. Como desbordaba su espacio, a veces el brazo del señor del medio rozaba el mío. Me sonrió con cara de disculpa y se encogió. Luego sacó un rosario y empezó a frotar las cuentas.

Las azafatas hicieron lo suyo señalando las salidas de emergencia y enseñando a usar los chalecos salvavidas. Rodamos por la pista haciendo cola para el despegue, luego el avión se puso serio, tomó impulso y se desprendió del suelo. Londres se alejó ladeándose por debajo de nosotros y el carrito de bebidas llegó por fin después de un rato muy muy largo. Me tomé dos gintonics, el hombre del medio jugo de naranja y el gordo, dos Pepsi Light. Después del saludo del capitán nos acomodamos para respirar aire con poco oxígeno y esperar el almuerzo. Me gustan esos pequeños descansos entre lo que acabas de dejar atrás y lo que te espera; nunca duran lo suficiente.

Abrí La mujer de negro. Era una historia de fantasmas anticuada y elegante. El libro de Alice Munro tenía una portada alegre y parecía incluir al menos un cuento con final feliz, pero la historia de fantasmas me agarró primero. Apenas me sumergí en esa atmósfera llegó el almuerzo. Después del almuerzo me eché una cabezadita. Después de un poco de vino blanco, más tragos y más vino blanco quedé atrapada en la Eel Marsh House, las mareas y el paso elevado de Nine Lives. Casi sin darme cuenta ya habían apagado las luces y era hora de las películas. Encontré una remake de Solaris. Nunca he visto una buena remake y no iba a ver esta, pero el título me trajo de vuelta la película de Tarkovski; recordaba agua y el sonido del agua, agua en un arroyo, entre los juncos, agua en un estanque, congelada en el invierno, agua de lluvia. Y luego estaba el océano en el planeta Solaris. Este océano en realidad no tenía agua sino una especie de plasma, que reaccionaba a lo que estaba en las mentes de los hombres de la estación espacial. Tomaba sus pensamientos y recuerdos y hacía copias de personas que ellos conocían para enviarlas a la estación. Eran de carne y hueso, iguales que las originales. El psicólogo de la estación recibía la visita de quien parecía ser su esposa, que se había suicidado diez años antes. La figura estaba confundida y asustada; no sabía lo que era. No soportaba perderlo de vista, hasta rompía una puerta de acero para estar con él. Al principio el psicólogo estaba tan espantado que la metía en un cohete y lo lanzaba, pero al día siguiente ella había regresado. Lo amaba y él también la amaba, aunque sabía que no era verdaderamente ella. «El amor solo puede ser vivido, no explicado», decía él. Pero cuando la réplica por fin entendía lo que era intentaba suicidarse. Y fallaba. Pobrecita, ¿cuán real es cualquiera de nosotros, por lo demás? Traté de recordar el final pero no pude. Sé que es triste.

Volábamos sobre el océano mientras recordaba Solaris. Dios, pensé, si tan solo el mar allá abajo pudiera devolverme a mi hijo, vivo y sano, aunque fuera solo una copia. Un Django que pudiera ver respirando y cálido, que pudiera sostener en mis brazos y que me llamara «mamá».

El supuesto árabe me tocó el brazo.

–¿Está bien?

–Sí –dije–. ¿Por qué?

–Tú llorando.

Me llevé la mano a la cara. Tenía las mejillas húmedas.

–Se me cansa la vista. Mucha lectura.

–Yo también.

–¿Leyó demasiado?

Negó con la cabeza.

–Mucho triste.

–¿Por qué?

–Muerto. Ido por siempre.

–¿Quién?

Volvió a mover la cabeza y se llevó la mano al corazón.

–Nombre es lápida en pequeño cementerio dentro de mí –dijo–. Yo llevar flores, ir solo.

–Yo también. Pequeño cementerio dentro de mí.

–Sí. Mucho triste –dijo, y volvió a su rosario.

El avión se inclinó y pude ver Los Ángeles, plana y enorme en el horizonte, como un no lugar. Tal vez en otra ocasión me hubiese parecido un buen sitio, pero la última vez que estuve allí, para dar

un concierto en el House of Blues de Hollywood, tuvimos problemas eléctricos y el espectáculo no fue de los mejores. Hicimos una escala de tres horas. Como siempre en los aeropuertos, había voces encarnadas y voces incorpóreas. Las primeras acompañaban los enjambres de pasos y las incorpóreas intentaban encontrar gente. El señor Manuel Losano estaba siendo llamado en inglés y en español. Nadie me está buscando a mí, pensé. ¿Y si me quedara aquí y no tomara más decisiones? Pero, por supuesto, eso requeriría una decisión.

Me comí un sándwich y tomé varios cafés sentada frente a un restaurante en cuya fachada decía: «Servimos satisfacción todos los días». Me pareció una afirmación bastante fuerte pese a que la satisfacción no estaba en el menú. Caminé un poco, me compré unos anteojos de sol Gucci y eché un vistazo en WH Smith, que me sorprendió ver tan lejos de casa. En la vitrina tenían una pila de Dianética, de L. Ron Hubbard. ¡Hubbard! Creía que la Iglesia de la Cienciología había pasado de moda hacía mucho, pero aquí estaba, vivita y prosperando en Los Ángeles. En Londres tenían un grupito de reclutamiento en una tienda de Tottenham Court Road, donde intentaban que la gente entrara para participar en una prueba con latas de aluminio o algo así, según recuerdo. Supongo que el clima de California favorece la fe en estas cosas, y además tienen a Tom Cruise y a John Travolta, lo que no puede ser malo para las ventas. Nadie me paró para hacer una prueba con latas de aluminio, así que seguí de largo oliendo papas fritas rancias y mirando a los viajeros que venían de donde fuera y que se dirigían adonde fuese su próximo destino. Por todas partes había monitores con vuelos que no eran el mío y anuncios por altoparlantes que nada tenían que ver conmigo.

Me paré a mirar algo que no entendí bien qué era. A primera vista se parecía a los grandes diagramas que se ven en el metro de Londres, pero con partes móviles. Era como si una máquina de pinball estuviera de costado sobre un atril, como la pizarra abombada de un conferenciante, y solo cabía mirar las bolas que caían de un nivel a

otro de diferentes maneras y oír las campanillas como si estuviera demostrando un patrón de acontecimientos sin sentido.

–¿Me hablas a mí? –le dije sin pensar.

Llegó una mujer con un niño. Ella llevaba unos jeans ajustados, zapatillas rosas, una camiseta rosa que decía Se fue hace tiempo, el pelo crespo con mucho frizz, anteojos de sol y un cigarrillo sin encender en la boca. El niño vestía pantalón y camiseta de camuflaje. Podría haber tenido unos diez u once años, pero parecía un alma vieja.

–Espera –le dijo a la mujer–, es una especie de juego.

–Ah, pero ¿dónde están los joysticks?

–A lo mejor son muy grandes –dijo el niño.

Se quedaron mirando un rato y soltaron un «tsssssss». La mujer se había quitado los anteojos y vi que tenía un ojo morado. Se los volvió a poner y se giró hacia mí.

–¿Lo entendiste?

–Todavía no –dije.

–No tiene botones para apretar.

Ella y el niño intentaron presionar el vidrio en varios lugares, sin resultado.

–Qué cosa más estúpida –dijo el niño–. No puedes hacer nada con ella.

–Así es la vida –dijo la mujer, y se fueron.

Terminé por tararear una de mis canciones antiguas, una que había escrito para The Nectarines, «Un largo camino».

Estuve en las nubes

Por el amor hallado

Y ahora nada sube

Todo es bajar acongojados.

Estaba lloviendo el día que Dick Turpin perdió el equilibrio en un tejado y estaba lloviendo el día de su funeral. Su madre estuvo allí, también su hermano con la mujer. El hermano me miró con dureza y su esposa apartó la mirada. Llevaba una falda tan corta como la mía, pero no tenía las piernas adecuadas para ello. Dick no había hecho testamento, así que me quedé con todo. Me lo había ganado, por lo demás, y con su cuenta bancaria más la venta de la casa y el negocio pude instalarme cómodamente en Londres y dormir en una cama que nunca recibiría a alguien que no hubiese sido invitado.

«Y dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida –salmodió el sacerdote en el funeral–. El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá». No recordaba que Dick fuera creyente y dudaba de que Jesús creyera en Dick. Pero cuando el cura llegó a la parte de «nada trajimos a este mundo y ciertamente nada podremos llevarnos» asentí y me pregunté si alguna vez tuve algo que no quisiera dejar atrás. Ahora estaba tarareando «Nuages», sacudí la cabeza para disipar el recuerdo y volví a mi libro. La dama de negro es una novela corta, pero se me hizo larga porque no paraba de distraerme y divagar. Leí partes del libro una y otra vez, como esa en la que el narrador escucha el ruido del carro de dos ruedas fantasma, luego el relincho del caballo y el llanto de un niño mientras son succionados por el pantano.

Finalmente lo terminé y me dejó con una sensación de pavor. ¿Por qué lo leí hasta el final? En el avión a Honolulú, que era un 757 aunque el carrito de bebidas era del mismo tamaño que el del 777, no me molesté con las películas ni escuché música ni empecé el libro de Alice Munro. Cerré los ojos y recreé la música de las ballenas en mi mente. Vi a Django pasar por el borde del acantilado. Esta vez fue la estadounidense sentada a mi lado la que me dijo:

–¿Estás bien?

–¿Por qué?

–Estás llorando.

–No, es que se me humedecen los ojos cuando tomo un par de copas.

–Ah –dijo, asintiendo para mostrar que entendía. Era joven y bonita, con un rostro serio, el pelo largo y oscuro y un poco de esa mandíbula de bulldog que tienen algunas jóvenes americanas–. Yo tampoco estoy muy alegre que digamos. Estaba en San Diego viendo a mi novio. Pronto lo embarcan al Golfo.

–¿Está en el Ejército?

–En la Armada. Entrena delfines para detectar minas.

Sacó su cartera y me mostró a un hombre sonriente en un bote, con un delfín también sonriente saltando del agua junto a él.

–Es guapo –le dije–. El delfín parece feliz. Pensaba que eran demasiado inteligentes para jugar con minas.

–Leroy dice que son inteligentes pero que les gusta mucho estar con humanos. Hacen lo que sea a cambio de unos cuantos peces, solo para ser amigos de sus entrenadores.

–¿Los manda a hacer el trabajo solos o baja con ellos?

–Dice que no tendrá que meterse en el agua una vez que hayan aprendido lo que tienen que hacer, pero no le creo. Pienso en él con su delfín allá abajo, donde está oscuro y turbio. Cualquiera de los dos se equivoca y ¡bum! Hasta la vista, baby.

–¿No existe la posibilidad de que finalmente no haya guerra?

–No. Bush piensa con la pija. Tiene todos esos aviones, barcos, tanques y bombas, y Saddam Hussein se la pone dura. Y si no fuera Saddam sería otro. Hace un tiempo era Osama Bin Laden, pero ya no se oye mucho de él.

Dejó de hablar pero sus labios siguieron moviéndose mientras volábamos sobre unos bancos de nubes que parecían invitarte a caminar sobre ellas con mucho cuidado. Allá abajo estaba el mar.

–Soñé con Leroy –dijo–. Debía estar en el agua. Era muy clara y podía verlo nadando hacia mí. Pero había árboles entre nosotros, unos árboles delgados y altos que no estaban tan juntos pero no lo dejaban pasar.

–¿Qué pasó después?

–Me desperté con el corazón latiendo fuerte. ¿Qué crees que significa?

–Bueno, lo de Irak es un obstáculo entre ustedes, y quizás no estarán fuera de peligro hasta que se arregle todo.

Vi como en un primer plano que con la mano derecha se frotaba el tercer dedo de la mano izquierda.

–Quiero que nos casemos antes de que se vaya –dijo–, pero Leroy no está seguro. Es muy supersticioso y dice que es tentar a la suerte. Que no quiere que yo sea la viuda que recibe la bandera

plegada en el funeral. Pero yo, al revés, digo que si no estamos casados y pasa algo voy a pensar que al menos podría haber tenido ese consuelo, el de ser su viuda y no solo una novia de duelo.

–Yo también soy supersticiosa –le dije–. Creo que casarse podría mantenerlo a salvo.

Su rostro se iluminó.

–Le voy a decir eso –dijo–. Gracias. Me llamo Elizabeth.

–Soy Christabel.

Nos dimos la mano. El capitán anunció el descenso. El sonido de los motores cambió y se me taponaron los oídos. El cielo y el océano eran un solo gris. Aparecieron los edificios blancos de Honolulú y pronto las ruedas tocaron el suelo.

–¿Estás aquí por negocios o por placer? –me preguntó Elizabeth mientras bajábamos del avión.

–De visita a un amigo. ¿Y tú?

–Vengo a traer a mis abuelos las cenizas de mis padres. Murieron en el ataque a las Torres Gemelas. Nacieron aquí y no había tenido la oportunidad de traerlos a casa.

–Lo siento –dije.

Ella asintió un par de veces.

–Gracias. Hay que seguir adelante.

20

Elizabeth Barton

25 de enero de 2003. Esa mujer sentada a mi lado en el avión, Christabel, estaba llorando mucho. Y tuve un presentimiento, como ese escalofrío que dicen que se siente cuando alguien camina sobre tu tumba. Y eso que dijo sobre mantener a Leroy a salvo casándonos, no sé, no creo que sepa nada sobre mantener a alguien a salvo. Cuando íbamos sobrevolando el mar entoné en voz baja el himno de la Armada, como hago siempre:

Padre Eterno, presto a salvar.

Su brazo ha contenido la inquieta ola,

Ordena al poderoso y profundo océano

Su propia fuerza no desbordar.

Oh, escúchanos cuando te imploramos,

¡Ayuda a quienes peligran en el mar!

Solo canté la primera estrofa. No creo que Dios necesite escucharlo entero cada vez.

21

Elias Newman

28 de enero de 2003. Soñé con un perro que teníamos cuando era niño. Lo llamamos Bo, por Boris. Era mezcla de pastor alemán y collie, y mi padre lo sacaba a pasear dos veces al día. Tenía más o menos mi edad y era muy callado y educado, salvo que cuando andaba sin correa perseguía autos. Hasta que uno lo atropelló. Eso fue después de la muerte de mi padre, y mis hermanas lo cuidaron con devoción –no querían perder al perro tan querido por papá–, pero sus heridas eran demasiado graves y tuvieron que sacrificarlo. No había pensado en él en los últimos cincuenta años, pero aquí estaba, en un sueño, ya muy viejo y tieso. Se metía la correa en la boca, se acercaba a la puerta y me miraba. «¡Bo! –me oía decir en el sueño–. ¡Pobre y viejo Bo!». Y me desperté; otro día gris y con un viento helado.

Durante un momento no supe dónde estaba, pero sentía que me faltaba algo. Entonces me acordé: Christabel iba de camino a Hawái en su viaje del recuerdo. Otro misterio. Todo en esa mujer eran incógnitas. En un esfuerzo por dejar de pensar en ella llamé a Peter Diggs y quedamos en comer juntos. Hice una ronda en el hospital y luego fui a encontrarme con Peter en el Daniel Mendoza, en Long Acre. Conocía el restaurante por un paciente aficionado a las apuestas, con un gran interés en todo tipo de eventos deportivos. El hombre lamentaba que el boxeo se hubiera convertido en lo que él llamaba un deporte ñoño, y juraba haber visto peleas sin guantes, algo ilegal pero aparentemente mucho mejor. Siendo judío, anhelaba que un nuevo Daniel Mendoza se levantara como el gólem y les mostrara a los gentiles cómo se hacían las cosas.

El restaurante tenía las paredes marrón oscuro llenas de fotos de Mendoza y otros boxeadores a puño limpio: Tom Cribb, Jem Belcher, Sordo Burke, Ben Caunt, Bendigo. Patrocinado por Su Alteza real el príncipe de Gales 1792, decía una placa de madera encima de la barra. Un cartel enmarcado mostraba a Mendoza en posición bajo la leyenda El judío Mendoza, campeón de Inglaterra de peso pesado. Había varios retratos suyos a pluma en los que parecía más un poeta que un matón. Aunque solo medía un metro setenta y era peso medio originalmente, derrotó a unos tipos mucho más grandes que él y terminó convertido en campeón de peso pesado. Se le considera el padre del boxeo científico. Llevaba el pelo largo y rizado, quizá para recordar a Sansón, pero eso mismo fue su perdición en una pelea con el «Caballero» John Jackson, que lo agarró del pelo y le dio una paliza de la cual su estatus nunca se recuperó.

Entre el estrépito de la vajilla y las conversaciones se distinguía el fragor de muchos olores altos en colesterol. Los parroquianos hablaban mayormente en yidis y gesticulando mucho. Mi tipo de gente.

–¿Vienes seguido? –me preguntó Peter.

–De vez en cuando, cuando necesito animarme –dije, y le conté mi sueño–. ¡Fue tan vívido! Bo mirándome, con un surco de lágrimas secas debajo de cada ojo. Hasta pude sentir su olor a perro viejo. Sigo preguntándome qué significa.

–Bueno, ¿no eres un perro viejo que quiere que alguien lo saque a pasear?

–Todo el tiempo, pero era más que eso.

Peter miró hacia el techo, que era bajo, con vigas y también marrón oscuro.

–Quizás era el sueño de Bo y tú llegaste ahí de alguna forma.

–Murió hace mucho.

–¿Y qué? ¿Quién puede decir dónde empiezan y dónde terminan los sueños?

–Eres extraño, Peter.

–Todo el mundo es extraño, solo que la mayoría trata de que no se le note.

Llegó un mesero peso pesado, con kipá, y mi amigo y yo pedimos panqueques de papa.

–Dos porciones de latkes –dijo, y lo escribió–. ¿Algo para tomar?

–¿Qué cerveza tienes? –dijo Peter.

–Maccabee.

–No la conozco.

–No eres judío, ¿verdad? Los macabeos mataron a muchos gentiles, así que tenemos cerveza Maccabee.

–¿Es de botella o de barril?

–Botella.

–Pero desde aquí veo los dispensadores en la barra.

–Esos no funcionan, son de antes, nunca se han usado. Bueno, ¿me siento a charlar o le gustaría tomar una decisión?

–Bueno, tráigame una Maccabee.

–Que sean dos –dije.

El mesero anotó, frunció el ceño, sacudió la cabeza y se retiró.

–Nunca me había atendido este personaje –dije.

–Digamos que su estilo es servicio de mesas sin guantes.

–Bueno, es un mesero judío. Es un oficio con mucha tradición. ¿En qué estábamos?

–En ser extraño. Decías que Bo era callado y educado, pero salía corriendo detrás de los autos, lo atropelló uno y tuvieron que sacrificarlo. ¿Dirías que tenía una pulsión suicida o qué? Ahora el perro te arrastró a su sueño, y ahí es viejo y quiere sacarte a pasear. ¿Quieres ir con él?

–Peter, Bo está muerto, ya te lo dije.

–Claro que está muerto, no es el tipo de sueño que tendría un perro vivo. ¿Vas a ir con él o qué?

–Si vuelve a soñar conmigo te cuento. Y tú qué tal, ¿qué has pensado hacer después de tu gran éxito con La muerte y la doncella?

–Sigo con el tema, estoy haciendo más bocetos y pinturas. Es difícil, es todo tan ambiguo. Lo que pasa con La muerte y la doncella es que se necesitan ambos. Redon hizo una litografía maravillosa, de su serie Tentación de San Antonio, en la que los dos están desnudos de frente. Claro que la desnudez de la muerte es mucho más intensa, porque vemos los huesos. La doncella flota por encima de la muerte como un globo, pero él, porque en la pintura es un él, la agarra del brazo con su mano huesuda y ella no puede escapar. El cuerpo de la doncella es una forma incandescente que ilumina el aire a su alrededor, pero la cara está ensombrecida por la noche y la muerte la tiene bien agarrada. Está muy satisfecha consigo misma la muerte, debajo de la obra dice: «Soy yo quien te pone seria. Abracémonos». Es tan arrogante que no se da cuenta de que la doncella hace lo mismo con él: le confiere seriedad. La muerte necesita su juventud y belleza para poder ejercer su droit du mort,

sin eso no es más que un disfraz de Halloween. Y, cuatrocientos años antes que Redon, Niklaus Manuel Deutsch dibuja a la doncella muy vestida pero con un tremendo escote y sin resistirse mucho mientras la muerte le mete la lengua en la boca y la mano por la falda. Las variaciones son infinitas.

–Maccabees –dijo el mesero, dejando dos botellas sobre la mesa.

–¿Sin vaso? –preguntó Peter.

El hombre apuntó a las rodajas de limón que asomaban de las botellas.

–Aquí se hace así –dijo, y se fue.

–Te tomas la cerveza a través del limón –le expliqué a Peter.

–Ah, pero qué delicado. No lo esperaría en un local de boxeadores.

–Es un lugar muy cosmopolita. ¿Cuántas pinturas llevas de la nueva serie?

–Tres, pero no he terminado ninguna. He estado empapelando las paredes con bocetos mientras voy recuperando el ritmo.

–Creía que «ritmo» era un término musical.

–Me lo pegó Amaryllis; pero no se usa solo para la música, sirve para habilidades, técnicas o talentos de cualquier tipo.

–A veces mi ritmo es un poco disperso. Esta mañana en el hospital se me hizo difícil mostrarme interesado. ¿Cómo está Amaryllis?

–Bien. Ahora está explorando la composición, trabaja en una suite de Cthulhu. El sueño de R'lyeh es la primera parte.

–¿Cómo suena?

–Oceánico. Lo compuso en modo lidio pero de una manera no euclidiana, ¿se entiende?

–No, nada.

En la mesa de al lado, un tipo con el tenedor lleno de gefilte a medio camino hacia la boca se volvió en dirección a Peter:

–¿Qué? ¿Apoyas a Gadafi acaso?

–Dije lidio, no libio.

–No sé nada de los lidios –dijo el hombre del pescado–, pero si buscan pelea Israel está listo y dispuesto.

–Gracias por su aporte –contestó Peter–. Ahora me siento más tranquilo.

–No son días de andar por ahí tan tranquilo –dijo el hombre, y volvió a su gefilte.

–Amaryllis es conocida por su dispersión –retomé la charla con Peter–. ¿Cómo es vivir con ella?

–Yo también soy bastante distraído, así que nos llevamos bien. De todas formas, todo esto de las parejas es muy complicado. Por cierto, ¿has vuelto a ver a Christabel Alderton después de la Royal Academy?

–Sí.

–Ya me parecía a mí. ¿Me vas a decir algo más?

–Todavía no.

–Bueno. Sé prudente.

–Dos porciones de latkes. Disfruten –dijo nuestro mesero, dejando dos platos que despedían un aroma fuerte y agradable, además de un platillo con crema agria.

–Gracias –dijo Peter–. Ahh, oiga… Vi al barman usando el tirador de cerveza.

–Eso es Masada amarga. No creí que le gustara.

–¿Podría probarla? No quiero sonar exigente.

–Por supuesto, señor.

–Que sean dos pintas –dije yo.

–No hay problema –contestó el mesero–. Me llamo Moe.

Nos presentamos y nos dimos la mano.

–A usted lo he visto antes –dijo Moe, señalándome con la cabeza.

–¿Usted boxea? –preguntó Peter.

–Cuando era joven. Ahora estoy en esto, también soy extra de cine de vez en cuando. Voy a buscar sus Masadas.

–Uh, sí que es amarga –dijo Peter cuando llegaron las cervezas.

–Claro, de ahí el nombre –explicó Moe–. Es un gusto adquirido. ¿Ha leído La guerra de los judíos, de Flavio Josefo?

–No.

–Hágalo. Le gustará más nuestra Masada la próxima vez.

Al salir, el contraste con la calidez del Daniel Mendoza hizo que el exterior nos pareciera más frío y gris que nunca. Nos despedimos en

Covent Garden. Peter fue a explorar el Jubilee Market y yo le silbé a Bo y desaparecimos juntos por la boca de metro de Piccadilly.

22

Christabel Alderton

25 de enero de 2003. Me alegró ver que Elizabeth se alejaba con sus cenizas. Ya estaba empezando a pensar que yo llevaba tatuado en la frente Hablemos de la muerte. Cenizas. Dos caballos negros tiraron del coche fúnebre con penachos hasta el crematorio de Golders Green. Pedí que sonara «Nuages» mientras el hermoso ataúd que Rudy Ka'uhane había fabricado atravesaba las puertas. Más tarde me dieron una pequeña urna y esparcí las cenizas en el Támesis, cerca del Albert Bridge, cuando bajaba la marea.

Salí al vestíbulo del aeropuerto de Honolulú con el resto del pasaje. Mis pasos se unieron a todos los pasos y así retrocedí en el tiempo hasta 1993. Aunque sabía que el Mini Hotel había cerrado, de todos modos fui a echar un vistazo. Allí estaba, con cadena y candado, y unos carteles en la entrada todavía mostraban las tarifas de cama y ducha por una noche. Un letrero escrito a mano avisaba: A partir de hoy (15/10/01) el mini hotel cierra. Mahaloü!

Mirando a través del vidrio pude ver basura y escombros, tejas caídas, algunos paneles, un taburete, un mapa viejo en el suelo. Había sido un lugar muy tranquilo, y ahora el vacío parecía estruendoso. Imaginé a mi fantasma golpeando el vidrio con los puños mientras permanecía allí parada, escuchando pasos y ecos y oliendo el aroma a papas fritas que llegaba desde donde solía estar la cafetería Fresh Express. Ahora hay un patio de comidas con un Burger King, un Pizza Hut, comida rápida china y una panadería. Si los extraterrestres quisieran visitarnos alguna vez podrían guiarse por los olores de Burger King y Pizza Hut. Tal vez ya lo hayan hecho, tal vez ya trabajan ahí y dicen «que tengas un buen día» como la gente normal.

En Londres serían casi las nueve de la mañana; aquí eran las diez de la noche anterior. Así que en realidad estaba en el ayer; pero eso no es nada nuevo. Me tomé un café y un helado de ananá mientras a mi alrededor la gente de ayer o de mañana tomaba lo que correspondía a sus respectivos horarios.

A través del vidrio podía ver los jardines iluminados y una pequeña pagoda china. Fui al baño y recordé el ambientador de 1993 con su fragancia a chicle. Ahora solo había un olor neutro. Luego salí al jardín japonés y me senté en una glorieta. Llovía un poco y las gotas golpeaban el techo y las hojas y salpicaban los estanques. Era un sonido agradable, y la lluvia me pareció un ambientador con olor a mañana.

Llevaba bastante tiempo sentada allí cuando oí otro sonido. Vi algo en el suelo, se agitó un poco y luego se quedó quieto. Me acerqué: era un murciélago, extraño y peludo, con el pelaje no de ratón sino como de un animalito volador. Parecía estar muerto, pero me daba miedo tocarlo. Estaba parada allí mirándolo cuando apareció un guardia de seguridad enorme con una pistola.

–¿Está todo bien?

–Simplemente se cayó –dije, apuntando al murciélago–. ¿Está muerto?

Se arrodilló para examinarlo.

–Ope'ape'a –dijo–. Un murciélago canoso. Está muerto, sin duda. No son tan raros como antes, pero siguen siendo una especie en peligro de extinción.

–¿Cómo lo llamó?

–Ope'ape'a es el nombre hawaiano. Lasiurus cinereus semotus es el nombre científico. Es el único murciélago de Hawái.

–¿Cómo sabe tanto?

–Soy miembro del Sierra Club y tenemos un proyecto para salvar a esta especie. Mire lo hermoso que es.

Lo sostuvo de las puntas de las alas extendidas. Su pelaje era gris, con una gorguera de color crema. Tenía orejas largas y dientes afilados.

–¿Qué lo mató? ¿Por qué cayó del aire justo aquí, frente a mí? ¿Cree que estaba enfermo?

–Ni idea. Lo voy a llevar a la universidad, le pueden hacer la autopsia. –Se quitó la gorra y metió al murciélago en ella–. Un murciélago con sombrero.

–¿Es macho?

–Sí. ¿Por qué pregunta?

–No sé. ¿Cree que es mala suerte que un murciélago caiga muerto frente a una?

–Mírelo de esta forma: el animalito llegó al final del camino y la eligió a usted para hacer su aterrizaje forzoso. La mayoría de la gente nunca llega a ver un Ope'ape'a, así que esto la hace especial.

–¿Como un faro para murciélagos moribundos?

–Trate de pensar en positivo, tal vez estaba percibiendo buenas vibraciones. Tal vez sabía que lo mantendría en sus pensamientos. ¿Tiene una cámara?

–Sí.

–Debería hacer unas fotos. Es un momento que querrá volver a ver.

–Bueno.

Hice una de él sosteniendo el murciélago y otra más cerca del bicho en sus manos.

–Tómelo –dijo–, yo le hago una con él.

Le pasé la cámara e hizo una foto. Y luego se acercó para hacer una segunda, un primer plano de mi cara. Era un hawaiano atractivo y encantador.

–No necesito recordar mi aspecto –dije.

–Yo sí. Me llamo Henry Panawae.

–Henry, ¿estás coqueteando conmigo? Tengo edad suficiente para ser tu madre.

–Usted es especial. La edad no importa. ¿Su nombre?

–Christabel Alderton.

Tenía unos treinta y cinco años. El tipo de hombre al que una mujer le dice que sí.

–Probablemente estás casado y tienes un par de hijos.

–Por supuesto. Pero haga como si no.

–Me has hecho sentir veinte años más joven. Gracias.

–Fue un placer.

–Si me das tu dirección te mando copias.

Escribió su nombre y dirección en una hoja de su cuaderno, luego la arrancó y me la dio, y yo le anoté el mío. La lluvia arreció, así que nos metimos debajo de la glorieta.

–Voy a marcar este día en mi calendario.

–Yo también –dije.

Y lo hice. Está marcado con un círculo. Y él y el murciélago están en mi álbum de fotos. Los miro de vez en cuando.

–¿Va a andar por aquí?

–Sí. Vuelo a Maui mañana pero estaré por aquí toda la noche.

–La veo más tarde entonces. Ahora sigo con mis rondas. –Se volvió para irse, pero se detuvo–. Nunca nos saludamos correctamente.

–Está bien. Hola, Henry.

–Mejor a la hawaiana: juntamos las frentes, nos miramos a los ojos, que es de donde mira el alma, y luego nariz con nariz mezclamos el aliento.

Conocía el saludo hongi porque lo había hecho en 1993 con Rudy Ka'uhane y su mujer, pero tenía ganas de coquetear con Henry.

–Suena bastante íntimo para hacerlo con un extraño.

–Nadie es un extraño, de eso se trata.

Así que juntamos nuestras frentes y sus pensamientos se mezclaron con los míos, nos miramos a los ojos y vi que era un hombre en el que se podía confiar, mezclamos nuestro aliento y ya no era un extraño.

Se fue y yo me senté allí durante otra hora más o menos, oliendo y oyendo la lluvia. Me pregunté qué estaría haciendo Elias y si estaría pensando en mí. Nunca lo había mirado a los ojos tan de cerca.

23

Henry Panawae

25 de enero de 2003. Esa mujer estaba muy triste. Unos ojos llenos de problemas. Pero es una mujer especial, tal vez llegue a estar bien. Eso espero. Ope'ape'a la eligió.

24

Elias Newman

28 de enero de 2003. Cuando dejé a Peter y bajé al inframundo de la línea de Piccadilly, con el fantasma de Bo detrás de mí, me encontré recordando a Mary Snyder, una chica que me gustaba cuando tenía catorce años. No estoy seguro de cómo Bo me condujo hacia ella, pero ahí estaba.

Era muy bonita, de ojos azules, pelo claro y una cara que había visto en figuras de porcelana. Conseguí que fuera a pescar conmigo un día de verano. Fui en bicicleta hasta su casa en Kulpsville, o quizás era Souderton, y fuimos a una linda parte del arroyo Perkiomen, a la sombra de los árboles. Solo pesqué una perca sol pequeña, que asé sobre una fogata. Por suerte habíamos llevado sándwiches y un termo de té helado para el almuerzo. Mary era tan elegante, de rasgos tan finos, que era un verdadero placer contemplarla. Me emocionaba estar con ella, mi primera shiksa mágica. No le gustaba Tchaikovski y no se mostró muy interesada cuando quise leerle El Rubaiyat, pero yo parecía gustarle y pensé que podría ser mi novia. No fue así: la relación se limitó a ese día de verano. Unos días después, cuando la invité al cine, me rechazó. Dijo que sus padres no querían que saliera conmigo. Le pregunté si tenía que ver con que fuera judío y dijo que sí. En la escuela la veía en los pasillos con Karl Gunther y los dos apartábamos la mirada.

La imagen de Mary Snyder me llevó al gran cerezo silvestre que había en nuestro patio y a los libros que solía leer allí, sentado en sus ramas y comiendo cerezas calentadas por el sol: tres de mis favoritos eran ediciones ilustradas de Robin Hood, Las mil y una noches y La isla del tesoro. Todavía los tenía en secundaria, en 1959, cuando Jessica Williams me dejó por un tipo mayor que

estaba en la Marina y me rompió el corazón. Como amante de corazón roto sentí que había entrado en el terreno de los hombres adultos, que la vida era muy dura y las mujeres, crueles; ya era hora de dejar atrás mis pertenencias infantiles, así que tomé esos tres libros y los quemé en el patio. Con lágrimas y un nudo en la garganta vi cómo volaban las páginas carbonizadas y el humo se elevaba más allá de las ramas desnudas del cerezo en invierno.

Jessica había sido mi primera novia seria de adulto, que era lo que me consideraba a los diecisiete cuando empezamos a salir. En 1958 anduve largas distancias en bicicleta para ir a verla en Wildwood, Nueva Jersey, donde sus padres tenían una cabaña junto al mar. Vivían en Filadelfia y ese mismo año la había llevado a un concierto en el Robin Hood Dell. La noche estaba llena de estrellas y la Orquesta de Filadelfia tocó la Obertura-Fantasía Romeo y Julieta de Tchaikovski. La música fue llenando todos los espacios y todo mi ser se acrecentó con ella. Le tomé la mano y ella me devolvió la presión. ¡El primer amor!

Años después quise recuperar mis tres libros quemados, pero esas ediciones y no otras. A fin de cuentas, habían sido un primer amor que nunca dejó de serme fiel, ni siquiera cuando sus cenizas volaban con el viento. Recorrí librerías de segunda mano hasta que aprendí a buscar libros por internet. No tuve suerte con Las mil y una noches porque era una edición barata –ni siquiera salía el nombre del ilustrador– y me había olvidado de qué editorial era. Encontré el Robin Hood que quería, ilustrado por Edwin John Prittee, y justo hace unos días me llegó por Abebooks mi vieja edición de La isla del tesoro con las maravillosas ilustraciones de Louis Rhead. En cuanto lo tuve en las manos las imágenes y el texto cobraron vida, tan entretenidos y gratificantes como cuando lo leía en el cerezo de mi casa.

El libro se cayó y se abrió en la página en que La Española se acerca a atracar en la isla de noche. El timonel observaba la arboladura, decía el texto debajo del dibujo a lápiz y tinta de Rhead, a página

completa, en el que Jim está a punto de meterse en el barril de manzanas, donde escuchará:

… la voz de Silver, y, antes de que hubiese oído una docena de palabras, ya no me hubiese dejado ver por nada del mundo; en vez de ello, me quedé donde estaba, tembloroso y a la escucha, lleno de temor y de curiosidad, pues aquella docena de palabras bastaron para darme a entender que las vidas de todos los hombres de bien que había a bordo dependían exclusivamente de mí.*

No importaba que Rhead hubiese dibujado un barco de aparejo cuadrado aunque La Española era una goleta. Al ver esa luna blanca en el cielo de tinta, y debajo el mar iluminado por ella, pude sentir el viento cálido llenando el grátil de esa vela equivocada. Pasé de nuevo de la imagen al texto y sentí que me corrían las lágrimas.

El Rubaiyat de Omar Jayam era un favorito de mi adolescencia que creo que nunca superé; todavía tengo la edición que quería leerle a Mary Snyder, la traducción de Fitzgerald, con un dibujo inolvidable de Edmund J. Sullivan para cada una de las setenta y cinco cuartetas de la primera versión. Y todavía me sé la mayor parte de memoria.

Estos placeres recuperados de la infancia, sin embargo, no eran de mucha ayuda en el presente. Vivir solo ya no era satisfactorio. Habiéndome abierto a la posibilidad de no estarlo, ahora me sentía bastante incompleto sin Christabel, y ansioso por la incertidumbre de no saber en qué punto estábamos. Sentí que las cosas que no sabía de ella eran importantes. También sentí que Christabel pasaba por un momento difícil. Estaba tan sola como yo, y no me pareció que eso fuera bueno. Cuanto más lo pensaba, más quería hablar con ella. Había dicho que iba a Honolulú y a Maui, pero no me había dado ningún dato para localizarla.

* Penguin Clásicos, versión de Jordi Beltrán.

25

Christabel Alderton

25 de enero de 2003. Y ahora un murciélago muerto. No cualquier murciélago, uno raro, una especie en peligro de extinción. Me lo puedo imaginar… Pongamos que se llame Jim, es de Maui. No se encuentra muy bien, así que va al médico para un chequeo.

El doctor Murci le dice:

–¿Qué lo trae por aquí?

–Me falta el aire, me duele el pecho, me desmayo cuando me cuelgo boca abajo, mi ecolocalización no funciona bien, tengo problemas para despegar y no logro alcanzar una buena altura.

–Hmmm –dice el doctor, y lo ausculta.

Escucha el corazón de Jim, le mira los oídos, le abre y cierra las alas, dice «hmmm» de nuevo y niega con la cabeza.

–¿Qué? –pregunta Jim.

–Bueno, si hay algo que usted siempre quiso hacer pero nunca pudo, ahora es el momento.

–¿Quiere decir…?

–Eso mismo –dice el doctor Murci.

Así que Jim piensa en ir a Honolulú. Es un viaje corto pero nunca ha encontrado el momento de hacerlo, y le gustaría ver las luces brillantes y toda esa actividad. Despega sin más y hace todo el

camino hasta Oahu aleteando. Se está quedando sin combustible cuando ve las luces, y ahí está el aeropuerto, el Aloha en letras muy grandes. Ahora está sobrevolando el jardín japonés y me ecolocaliza. «¡Mi tipo de humana! –chilla–. A ella le gustan estas cosas». Y cae muerto frente a mí. ¿Por qué no? Probablemente yo estaba transmitiendo Mi nombre es Alderton y la muerte es lo mío por todas las frecuencias.

Sentía pena por Jim pero tenía otras cosas en que pensar; como por qué había venido aquí, por ejemplo. En 1993, cuando la pena me tenía aferrada la garganta como un gancho atascado, pasé una noche en el Mini Hotel Sleep/Shower y el silencio y la tranquilidad me calmaron y me ayudaron a recuperarme. Ahora que no podía hacer lo mismo pensé que quizás encontraría esa vieja sensación de calma en los jardines o en el lounge en mitad de la noche. No ocurrió. Estaba cansada pero no somnolienta, y me pasé mucho tiempo sentada y despierta, con los ojos secos e irritados. Dormí de a ratos, y no recuerdo pensamientos útiles, solo imágenes extrañas en la cabeza.

Lo que sentía por Elias no era el fervor de mi atracción por Adam. ¿Cómo podría serlo, a esta edad? Pero cuando me abrazó esa noche mientras lloraba sentí como si volviera a casa después de haber estado fuera mucho mucho tiempo. Había tratado de mantener separadas mi vida de muerte y mi vida de vida; supongo que por eso no le hablé de Django. Si se lo contaba, lo estaría invitando a ser parte de mi vida entera, y no estaba segura de si estaría a salvo ahí.

Henry apareció con un café para mí.

–Pensé que podría estar desvelada.

–Gracias, es verdad. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

–Recuerde que el murciélago la eligió a usted. Es alguien especial.

26

Elias Newman

29 de enero de 2003. El número de Jimmy Wicks no estaba en la guía telefónica, pero el de otros miembros de la banda sí. Howard Dent me dio el número de Jimmy. Me contestó su exmujer, Tracy. Sonaba como si la ruptura no hubiera sido amistosa y exigió saber por qué quería hablar con Jimmy. Improvisando, le dije que me debía dinero.

–Ya somos dos –dijo–. Si ves a ese bastardo, dile que tengo amigos que saben dónde vive.

Me dio un número: el hombre que contestó sonaba sospechoso. Dijo que Jimmy había salido pero se ofreció a darle el recado. Le dije quién era y que era urgente. No tenía muchas esperanzas pero me devolvió la llamada y dijo que se reuniría conmigo en el Anchor & Hope de High Hill Ferry, en Upper Clapton. Busqué el pub en la guía de la ciudad y lo ubiqué junto al río Lea, al otro lado de los humedales de Walthamstow. Tomé un taxi y lo encontré en un banco fuera del pub, terminando una cerveza y mirando el río. El cielo gris comenzaba a oscurecerse y el viento era helado. Dos judíos jasídicos, de negro riguroso, caminaban por la otra orilla discutiendo sobre algo mientras avanzaban. El dibujo oscuro de sus gesticulaciones en el paisaje lo volvía curiosamente más quieto, más desolador. Un tren pasó portando su estruendo por las marismas hasta el puente, se hizo más grande y luego desapareció.

Jimmy tenía aspecto de haber sacado el palito más corto en un bote salvavidas donde iban a devorar a alguien. Terminó su pinta, sacudió la cabeza y dijo:

–Bueno, no sé de qué quieres hablar, pero ¿no podíamos hacerlo por teléfono?

–Déjame traerte otra pinta. ¿Qué tomas?

–London Pride.

Pedí dos, volví al banco y me senté.

–Salud –dijo sin mucho entusiasmo.

–Salud. No me siento del todo cómodo contigo y pensé que hablaríamos mejor cara a cara.

–¿Por qué no te sientes cómodo conmigo? ¿Porque te estás cogiendo a Christabel?

–Porque te he notado incómodo al verme con ella.

–Pero ¿sí o no?

–¿El qué?

–Si te estás acostando con ella.

–Eso no te incumbe.

–O sea, sí. Entonces, ¿qué?

–Se fue a Hawái, me dijo que tenía que ver con el pasado y no parecía estar con el mejor de los ánimos. Me preguntaba…

–¿Te preguntabas qué podría decirte yo?

–Me siento raro al decirlo, pero sí.

–Te sientes raro porque si ella hubiera querido te lo habría contado, ¿no?

–Bueno, ya está, me siento un imbécil por haberte llamado, pero es que estoy preocupado por ella.

–Bienvenido al club. Todos los que conocen a Christabel se preocupan por ella. Ahora invito yo a una ronda.

Tomó los vasos y entró al pub.

–Hablar de Christabel da sed –dijo cuando volvió con más cerveza–. ¿Estás enamorado?

–Sí –ahí estaba, salido de mis propios labios–. ¿Y tú?

–Desde hace años, pero nunca se ha interesado por mí.

–Pero estabas casado…

–¿Y qué? Eso nunca ha sido un impedimento. ¿Tú no estás casado?

–No.

–¿Y piensas casarte con Christabel?

Para entonces ya estaba oscuro. El poste de luz junto a nuestro banco se había encendido y el Anchor & Hope emitía sus rayos como un faro al viajero agotado mientras yo estaba allí confesándole a Jimmy Wicks lo que no le había dicho a Christabel. Otro tren pasó tronando por las marismas con las ventanillas relucientes del oro del atardecer, cruzó el puente sobre el río reflectante y dejó una columna de silencio al desaparecer en el horizonte.

–Soy supersticioso –dije–. Prefiero no decir más por ahora, no quiero tentar la suerte. Sé que le preocupa algo, pero no sé qué es. Dijo que se iba a Maui en una especie de viaje del recuerdo. ¿Puedes contarme algo?

Jimmy suspiró.

–¿Sabías que tenía un hijo?

–No. ¿Quién es el padre?

–El guitarrista de una banda alemana, Adam Freund. Murió. El hijo también.

–¿Qué les pasó?

–A Adam le cayó encima un foco en un escenario. Eso fue en 1990. El hijo, que se llamaba Django, se cayó de un acantilado en Maui. Tenía cuatro años.

–Dios santo.

–Dios no lo salvó. Ella nunca lo superó.

–Como es normal. ¿Estaba casada con el padre de Django?

–Él estaba casado con otra. Christabel tiene un historial maldito con los hombres.

–¿Maldito en qué sentido?

–Hubo tres o cuatro que tuvieron una muerte prematura.

–¿Estás diciendo que ella tuvo algo que ver?

–No, pero creo que es algo que la ha afectado mucho.

Los dos sacudimos la cabeza y bebimos nuestras London Pride en silencio durante un rato.

–¿Tienes alguna idea de dónde se estará quedando en Maui?

–Probablemente en el Pioneer Inn en Lahaina, o en casa de Rudy Ka'uhane.

–¿Quién es?

–Solo un amigo, nada romántico. Es carpintero, hizo el ataúd de Django. En el Pioneer Inn siempre saben dónde encontrarlo.

–Gracias, de verdad. Eres un buen hombre y te lo agradezco –le estreché la mano; parecía avergonzado.

–No sirve de nada ser el perro del hortelano, ¿no? Realmente me gustaría verla feliz, así que… suerte.

–Bueno, no doy nada por sentado. Veo que estás listo para otra cerveza.

–Bajan rápido y pasan rápido. Voy a hacer una parada técnica, vuelvo enseguida.

Pedí una pinta para él pero ninguna para mí. Cuando volvió, dije:

–¿Tienes más sed de lo habitual?

–Sí, la verdad es que sí.

–¿También tienes que orinar más de lo habitual?

–De hecho, sí.

–Estaría bien que tu médico te revisara el nivel de glucosa.

–¿Crees que soy diabético?

–Creo que deberías revisar tu nivel de glucosa.

Estaba recordando a mi padre y la dulzura que no podía metabolizar. ¡Cuánta dulzura bloqueada hay en el mundo!

27

Christabel Alderton

26 de enero de 2003. Tenía el resto de la noche por delante y enero de 1993, diez años atrás, en la mente. Pensaba que era temporada baja, pero el vuelo de Aloha Airlines iba lleno de turistas y muchos de ellos esperaban ver ballenas en las islas.

–Me gustaría nadar con ellas –le dijo un chico a su novia al otro lado del pasillo.

–No creo que te dejen, a menos que seas David Attenborough –contestó ella.

Django estiraba el cuello para mirar por la ventanilla.

–¿Hay tiburones?

–Hay todo tipo de cosas –le dije.

Una franja de espuma blanca en el mar oscuro y profundo indicó que ya nos acercábamos al aeropuerto de Kahului. Era un día nublado y las palmeras se movían poco, como si no les importara dar una buena impresión. Aterrizamos; a algunos viajeros los recibían con leis, esos collares de flores, pero no a todos. Bert Gresham había estado en Maui antes y le había pedido a Rudy Ka'uhane que nos recibiera: ahí estaba, con un cartel que decía en letras grandes Aloha, Christabel y Django. Me sorprendió ver escrito el nombre de Django, casi como si hubiera crecido y ya se hubiera ido. A él le encantó poder leer su nombre.

–Aloha –dijo Rudy, y nos colgó unos leis.

Nos explicó el saludo hongi y lo hizo con ambos, tal como yo con Henry Panawae esta noche. Las flores rosadas de nuestros leis parecían comestibles y olían a juventud y primer amor, algo un poco impactante dado que nos acabábamos de conocer.

–Plumerias –dijo Rudy–. Las cultiva mi mujer. Varios de esos leis que ven los hicimos nosotros.

–Pero no se los ponen a todos…

–Algunos se encargan antes del vuelo, otros los compran aquí, otras personas no se molestan.

Rudy era todo un hombretón, muy grande y moreno. Llevaba shorts y camiseta, y sus brazos y piernas eran como troncos de árbol. Tomó las valijas y salimos.

–Esto está muy lejos –dijo Django.

–Sí –dije–, es lejos.

–Lejos están esos.

–Son palmeras.

Había salido el sol y en el suelo podían verse las sombras negras de las palmeras con extrema nitidez, cada fronda y cada silueta como si estuviesen impresas.

–¿Dios lo puede ver todo? –preguntó Django.

–¿Qué te hace preguntar eso?

–Las sombras.

–Bueno, ve lo que quiere ver. A veces mira hacia otro lado.

Django asintió. Nunca habíamos hablado de Dios, debía haberlo aprendido en el jardín de infantes.

–Mira hacia otro lado la mayor parte del tiempo –dijo Rudy–. Seguro que estaba mirando hacia otra parte cuando Estados Unidos secuestró estas islas.

–¿A qué te refieres?

–¿No sabes de qué estoy hablando, no aparece en los libros de historia para blancos?

–Soy cantante de rock, no leo mucha historia.

–Está bien. Hawái pasó a ser territorio estadounidense en 1900. Fue una anexión ilegal y desde entonces todo es ilegal. Lo de ser el estado número cincuenta y todo el resto. Aquí está mi auto.

Su Land Rover parecía muy traqueteado. Una calcomanía que parecía escrita a mano en el paragolpes decía Koko sí, uke no. Pregunté:

–¿Qué es koko?

–Sangre hawaiana. No importa si tienes mucha o poca, eres hawaiano y te han quitado lo que es tuyo. Y hay que recuperarlo.

Me estaba haciendo sentir incómoda después de todas esas largas horas de viaje.

–Nosotros vinimos por las ballenas. Quizás podríamos dejar de lado la historia y la política por ahora.

–¿Qué es uke? –dijo Django.

–Ukelele –dijo Rudy. Simuló rasguear uno y empezó a tararear «En la playa de Waikiki», parodiando la letra–: No tengo ningún uke / pa tocar en Waikiki…

Django no insistió.

–Me gusta este auto –dijo.

–Se llama Lucille –contestó Rudy.

–¿Como la guitarra de B.B. King? –intervine yo.

–Exacto. Ella es mi vieja amiga, mi querido trasto.

–¿Tú eres un querido trasto? –dijo Django.

–Eso mismo. Eres un chico muy inteligente, hermano.

–Cuando sea grande tendré una Lucille.

–Es lo máximo –dijo Rudy–. Y tú eres el tipo de hombre que le gusta.

Cargó nuestro equipaje y salimos tras un rugido y varios estertores de Lucille.

–Los llevo al Pioneer Inn. Querrán descansar un poco, echar un vistazo por Lahaina. Mañana les muestro la Aguja de Iao y pasado mañana tienen el paseo de avistamiento de ballenas.

–¿Qué es la Aguja de Iao? –preguntó Django.

–Es una roca grande en el Parque Estatal del Valle de Iao. Algo que deberías ver antes de ir a cualquier parte.

–¿Por qué?

–Ya verás.

–Cuando vayamos a ver ballenas –intervine–, no queremos ir en barco.

–¿Por qué no?

–He tenido unas pesadillas muy feas relacionadas con agua.

–No hay problema, se las puedo mostrar desde la orilla. Y mañana traigo algo para los malos sueños.

De la radio del auto salía un canto que no se oía bien por el ruido del motor, pero Rudy se detuvo y nos llegó una música exuberante y una voz que era como si el viento trajera desde muy lejos la voz de los océanos y las islas.

Llora por los dioses,

llora por el pueblo,

Llora por la tierra arrebatada,

Y solo entonces

Sabrás encontrar Hawái.

–¿Quién es? –pregunté.

–Iz, el que cantaba «Somewhere Over the Rainbow». Israel Kamakawiwo'ole.

–¡Tanta tristeza en su voz! Se nota que el tema es la pérdida.

–La pérdida nos define –dijo Rudy–. De eso se trata todo. Cualquiera que opine distinto no sabe de lo que habla.

Lucille arrancó de nuevo y nadie dijo nada durante un rato. Teníamos el mar a la izquierda y las montañas a la derecha, pero yo

estaba demasiado cansada para asimilar tanta belleza y la canción me había dejado un poco triste. Django se había quedado dormido en mi regazo, aferrado a su cocodrilo de tela.

Sé que estoy siendo fiel a los hechos y las conversaciones de hace diez años, pero no puedo evitar que algunos de mis comentarios sean de ahora y no de 1993. Lahaina solía ser una ciudad ballenera, ahora se vende a los turistas como un lugar que solía ser una ciudad ballenera. En la película El diablo a las cuatro, con Spencer Tracy y Frank Sinatra, Maui es Talua, una isla imaginaria, y aparecen Lahaina y el Pioneer Inn. Todavía había un cartel que lo recordaba.

Y antes de eso, a principios del siglo xix, Lahaina se hizo conocida como la capital ballenera del Pacífico. Era la clásica ciudad de marineros donde abundaban las prostitutas, el alcohol y la violencia. En la década de 1820 llegaron los misioneros y hubo más violencia, porque no venían a enseñar la posición del misionero sino a luchar contra el pecado. El pecado se defendió y los marineros incluso dispararon cañones contra la misión. Finalmente los jefes locales restablecieron el orden y se empezó a meter en la cárcel a los marineros que no regresaban a sus barcos por la noche. En 1901, cuando abrió el Pioneer Inn, Lahaina estaba ya bastante civilizada. El reglamento del hotel decía entonces:

DEBE PAGAR POR ANTICIPADO

NO DEBES DEJAR TU HABITACIÓN UN DÍA ATRÁS

MUJER NO SON ADMITIDAS EN SU HABITACIÓN

SI MOJA O QUEMA SU CAMA SE LE ECHA

NO ESTÁ PERMITIDO DAR CAMA A SU AMEIGO

SOLO EN DOMINGO PUEDE DORMIR TODO EL DÍA

El Pioneer Inn imitaba la arquitectura de una antigua casona de plantación. Plantación de caña en este caso. La caña seguía siendo un gran negocio; se procesaba en el molino Pioneer, cuya estructura dominaba la ciudad. El hotel era un edificio gris azulado muy amplio, con tejado rojo y una terraza que iba de lado a lado del segundo piso. Los postes, las barandas, los marcos de las ventanas y las puertas eran de color blanco. Desde nuestro balcón se veían los banianos de la calle principal, el mar y unas montañas azules que eran como cimas en un sueño. Las estaba viendo por primera vez, pero era como si tuviera un vago recuerdo de ellas. Creí que me saldría una idea articulada sobre esa sensación, pero cuando abrí la boca no salió nada.

La habitación era sencilla pero buena: paredes blancas, una hermosa cama y encima una acuarela original, no una reproducción, de una casita de tejado rojo entre palmeras. La lámpara del velador tenía una base torneada de madera oscura y pulida que hacía juego con los postes de la cama. Había una camita para Django, en la que inmediatamente se volvió a dormir.

He conocido muchas habitaciones de hotel. Siempre es como si una parte de ti se hubiera adelantado para esperarte ahí; tal vez una parte de ti que no sabías que tenías, feliz o triste, lo que sea. Entras y te dice: «Hola. ¿Qué hacemos aquí?». Esa vez no estaba muy segura de qué hacíamos allí y no podía recordar por qué me habían entrado tantas ganas de ver ballenas. En mi ignorancia había pensado que Maui era simplemente un lugar al que ibas a pasarlo bien, pero, después de escuchar a Rudy y esa canción, sentía que la isla no nos quería ni a Django ni a mí.

Nos dormimos una buena siesta y luego dimos un paseo, dejamos atrás el pequeño faro y llegamos hasta el puerto, donde los balleneros solían anclar. Había un bergantín, el Cartaginés. También aparecía en una película, Hawái, para la cual lo convirtieron en su

encarnación actual; antes era una goleta de carga báltica. Hasta donde yo sabía nunca había sido un ballenero, aunque ahora albergaba un museo de caza de ballenas. Django quería verlo, así que subimos a bordo. Había un esqueleto de cetáceo por el que se podía caminar, pero él no quiso.

–No quiere que estemos aquí –dijo.

Le molestaban los arpones y las lanzas, los cuchillos de grasa y las ollas de prueba. «Este lugar es malo», dijo finalmente, y nos fuimos. Los otros barcos del puerto eran veleros de lujo, yates y barcos de pesca deportiva: el agua brillaba con el signo del dólar. Había camisetas con motivos de ballenas en las tiendas y el Lahaina News anunciaba un festival de guitarra slack key. Todo muy turístico, pero también encantador y animado, lleno de sitios donde se podía gastar tiempo y dinero. No debo dejar que mi yo cínico de 2003 se interponga en el relato. Le compré a Django una camiseta con una ballena jorobada y una gorra de béisbol que decía Maui.

Más tarde fuimos al I'O, un restaurante cerca de la calle principal, para cenar a la luz de las velas bajo las palmeras. Primero comimos wantanes al vapor rellenos de «pimientos asados, champiñones, espinaca, nueces de macadamia y tofu sedoso sobre un coulis de tomate fragante y cremoso puré de yogur con albahaca». La lista de ingredientes era tan colorida que me llevé un menú de recuerdo. Después compartimos un bife y terminamos con helado de piña. Cuando regresamos al Pioneer Inn la calle principal estaba llena de turistas disfrutando de su velada. Algunos cantaban.

Cuando Django se durmió salí a la terraza. El cielo se había despejado y había una pequeña franja de luna creciente. Me quedé mirando las estrellas hasta que encontré la Osa Mayor. Ahora todo está bien, pensé. Esta también es mi casa. Aunque no me lo creí del todo.

28

Elias Newman

30 de enero de 2003. Era como si el océano me enviara canciones de mi infancia. Una de las que cantábamos en los ejercicios matutinos era «Mi fe te contempla admirada»:

Mi fe te contempla admirada,

A ti, cordero del Calvario,

¡Salvador divino!

Escúchame mientras oro,

Quítame la culpa,

Déjame desde este día

¡ser completamente tuyo!

No tenía ninguna relación con la culpa cristiana, pero el himno sonaba bien y y yo lo cantaba de buena gana. La estrofa que más me gustaba era la última. Le venía bien a la oscuridad que habitaba en mí incluso entonces:

Cuando termina el sueño transitorio de la vida,

Cuando la muerte fría, la corriente sombría

Sobre mí ruede,

Bendito Salvador, entonces en amor,

Elimina el miedo y la desconfianza,

Llévame seguro a lo alto,

¡Un alma rescatada!

Tampoco sabía nada de un Salvador ni de almas rescatadas, pero la idea de la corriente fría y sombría de la muerte me parecía muy real. Ahora pienso que todos somos pequeños fragmentos de vida que la fría y hosca corriente de la muerte traslada hacia el océano de la nada. No más algo. Me sacudí ligeramente para deshacerme de esos pensamientos; no quería que contaminaran mis ensoñaciones con Christabel.

–¿Alguien caminó sobre tu tumba acaso? –dijo la mujer a mi lado. Era grandota, de mediana edad, estadounidense seguro.

–Lo hacen todo el tiempo.

–Bueno, te acostumbras –dijo ella–. Prueba con un Jack Daniel's.

–¿Hay?

–Un Johnny Walker también podría servir –dijo ella–. Solo que a mí me gusta el sabor fuerte del whisky cuando empiezan a salir los espectros.

–¿Quiénes…?

–Mis exmaridos. Unos bastardos inútiles.

–¿Cuántos?

–Una botella me dura dos días.

–Me refería a los maridos.

–Cuatro.

–¿Por qué tantos?

–Soy una entusiasta.

–Debe haberlos amado, al menos al principio, ¿no?

De pronto la vi como con mayor nitidez, como si hubiera hecho foco en su cara. Ella me dedicó una mirada penetrante:

–¿Qué es el amor? ¿Me lo puede explicar?

–No creo que sea algo que pueda definirse fácilmente.

–Sabía que no iba a poder. Voy a ver una película.

Abandonado a mis pensamientos, tampoco intenté definir el amor para una audiencia compuesta exclusivamente por mí. Me había escuchado decir que estaba enamorado de Christabel, y lo creía sin entenderlo. A veces, de noche, ya muy tarde, veo béisbol en la tele. Béisbol de las Grandes Ligas, el partido que sea, me da igual quién esté jugando. Disfruto de los momentos dramáticos, como cuando al final de la novena el equipo que quiero que gane intenta mantener una ventaja de una carrera con dos outs y el otro equipo al bate. El pitcher, quienquiera que sea, mira al catcher, hace una seña y prepara su lanzamiento. Y ahí va, una bola baja y rápida, pero no lo suficiente. El bateador, que es el líder de la liga esta temporada, conecta y ¡guau! Ahí va, va, va… El jardinero central corre hacia atrás, atrás, atrás y arriba de la pared, arriba, arriba, ¡sí! ¡La tiene! ¡Qué atrapada! Bueno, eso mismo, el amor no se me había

escapado. Pero eso era solo la mitad de la ecuación. ¿Me amaba ella a mí? Le gustaba mi compañía y estaba dispuesta a acostarse conmigo, pero mucha gente lo hace sin estar enamorada.

Su historia no era la habitual. Recordé a Woody Guthrie y sus canciones sobre viajes difíciles por caminos muy duros. Me había cantado esas canciones a mí mismo en algún momento, y quizás Christabel también lo hubiera hecho; la vida está llena de caminos pedregosos. Y a estas alturas probablemente cualquier asunto con un hombre se parecía a un camino pedregoso para ella. Había dicho que a veces se sentía como la portadora de la mala suerte. Para mí la peor suerte sería perderla, y mientras el avión parecía quieto sobre el mar me incliné instintivamente hacia adelante en medio de ese rugiente silencio reciclado, esforzándome por llegar a ella, temiendo que no pudiera amarme, que yo no pudiera sostenerla, que se deslizara entre mis dedos hasta perderla.

Fui a la parte de atrás del avión y una de las azafatas –una bonita joven con gesto cómplice y una figura que alegraba la vista– me dijo:

–Hola. ¿Qué puedo hacer por usted?

–Sé que no es la hora de las bebidas, pero ¿cree que me podría dar dos de esas botellitas de Johnny Walker?

–¿Trajo la autorización por escrito de su madre?

–Digamos que es con fines medicinales. Soy médico.

–Está bien, le creo. Incluso se lo serviré en un vaso. ¿Solo?

–Puro –dije–. Sin hielo, sin agua.

–Marchando, doc. Vuelva a su asiento y se lo llevo enseguida.

–Gracias, ya me siento mejor. Es muy amable.

–¿Para qué estamos las azafatas de vuelo? –dijo ella con una sonrisa compasiva.

Cuando me trajo el whisky dijo:

–Ahí tiene, doc. Si persisten los síntomas, avíseme.

Fue un placer verla alejarse. Con el vaso en la mano, y aunque suene contradictorio, volví a mi ansiedad con un estado de ánimo más tranquilo.

Me quedaba la mitad de la copa cuando de pronto toda tranquilidad se desvaneció y vi a Christabel Alderton subiendo las escaleras del campanario de la antigua Misión en Vértigo.

–No –dije–. Por favor, no.

La mujer a mi lado tenía puestos los auriculares y no creo que me oyera. Terminé el whisky y volví a inclinarme hacia adelante. Aunque tenía el asiento del pasillo mantuve la vista fija en la ventana. Ni rastro de Bat Air.

29

Rita Henderson

30 de enero de 2003. Si tuviera un ojo eléctrico y un timbre en la parte de atrás de la falda habría mucho ruido por los pasillos detrás de mí. Ah, pero ni siquiera hay espacio para un ojo eléctrico y un timbre.

Creo que es agradable cuando los hombres mayores se interesan por mí, y este claramente lo hizo. Cuando tienen buenos modales, como este médico, podría ser un buen cambio, si los comparo con la clase de hombres con los que suelo salir. Y eso que los pilotos tampoco es que sean tan jóvenes. Lo que digo es que se agradece un poco de refinamiento. Bueno, algún día llegará mi príncipe. Espero que no antes de tiempo.

Pero el doctor realmente parecía preocupado cuando pidió el whisky. ¿Cuál sería la causa?

Tengo veintiocho años y supongo que él rondaría los sesenta. Cuando tenga el doble de la edad que tengo ahora, ¿cómo será? Rafe Simmonds, el piloto de nuestro último vuelo a Honolulú, me dijo durante la escala:

–Ahora me lleva toda la noche hacer una vez lo que antes hacía toda la noche.

–Me gustan los hombres que se toman su tiempo –le dije.

¿Qué más le podía decir?

30

Florence Jasper

30 de enero de 2003. El tipo que venía sentado a mi lado en el avión tenía algún tipo de problema. ¿Sexo, dinero, muerte? Quizás los tres a la vez. La gente es un misterio. Mi marido número 4, Herb Jasper, estaba bien el martes, ningún problema. El miércoles se metió la punta de su escopeta en la boca y se voló la cabeza. Nunca se sabe.

31

Anneliese Newman

26 de enero de 2003. Aquí estoy, aún con vida. No existen montajes de La traviata en los que Violetta y Alfredo tengan noventa años. ¿Quién pagaría por ver eso? Especialmente el final. ¡Muérete de una vez!, gritaría el público. A uno solo le importa Violetta porque es joven y hermosa. Y Schubert, bueno, escribió La muerte y la doncella, pero no siguió con La muerte y la anciana. Der Tod, la misma muerte, está aburrida de las ancianas, ¿cómo podría ser de otra manera?

Todavía conservo los dientes, los ojos, mis oídos y mi mente. Dentro de mí vive todavía la chica bonita que una vez fui: das Mädchen Anneliese Linde. Si cierro los ojos veo el cielo reflejado en el Weser, oigo el viento en los abedules y huelo los pastos tibios por el sol. Estoy lista para volver allí para siempre. «Aquí estoy», digo. Pero der Tod no ve a la linda joven y pasa de largo.

32

Christabel Alderton

27 de enero de 2003. En 1993, después de nuestra primera noche en el Pioneer Inn me desperté sin muchas ganas de visitar el Valle de Iao, pero Rudy decía que era importante y yo no quería estropearle el día a Django. Desayunamos, y no me hubieran sobrado unas cuantas tazas más de café, pero ahí estaba Rudy, a primera hora.

–¿Vamos en Lucille? –dijo Django.

Tenía a Cocodrilo con él y estaba listo para la acción.

–Una parte en auto y otra parte caminando, hermano.

–Bueno; vamos, tío.

–¿Me llamaste tío?

–No sé. ¿Puedes ser mi tío?

–Como quieras, sobrino –dijo Rudy, luego lo levantó en brazos y se lo llevó al Land Rover. Django nunca había querido que ninguno de los chicos de la banda fuera su tío.

Lucille partió con su rugido habitual. El día estaba gris y nublado.

–¿Está muy lejos?

–Unos treinta kilómetros, tal vez un poco más. Tenemos que bajar por la costa hasta el puerto de Maalaea y luego subir por la

autopista Kahekili hasta el valle. Keiko preparó unos sándwiches por si nos da hambre.

–¿Quién es Keiko? –preguntó Django.

–Mi mujer. Es japonesa.

–¿Podría comerme un sándwich ahora?

Nunca había sido bueno para esperar en los pícnics. Yo también tenía hambre y Rudy igual, así que nos terminamos los sándwiches y un termo de té cuando no llevábamos ni un cuarto de hora en la carretera.

–¿Vamos a ver ballenas? –preguntó Django.

–La Aguja de Iao hoy, mañana ballenas.

Bajamos por la costa. El día anterior, las montañas que había visto desde la terraza tenían un aspecto místico, pero estas no. Sabía que las islas eran volcánicas, surgidas del mar millones de años atrás; no me gustaba la idea de que estas montañas emergieran del océano como si algo allá abajo se las hubiera sacado de encima. Pensé en mis experiencias de montaña y sacudí la cabeza para ahuyentar esos pensamientos mientras Lucille se zarandeaba a medida que la carretera Kahekili comenzaba a elevarse y Rudy cambiaba de marcha.

Estaba fresco pero no frío cuando viramos en dirección al valle. Cuando entramos al parque sí sentí una bajada en la temperatura mientras nos adentrábamos en un camino flanqueado de árboles que olían a fresco. Pasamos por un santuario; la virgen tenía varios leis al cuello. Frente a ella había tres figuras que supuse que eran sabios, los Reyes Magos quizás, además de unos animales, a lo mejor ovejas. Rudy no se detuvo.

–Haole –dijo entre dientes.

–¿Haole es Navidad? –preguntó Django.

Rudy negó con la cabeza.

–Haole son extranjeros. Esa maravillosa gente que nos trajo el cristianismo, la sífilis y la gonorrea.

–¿Qué son la sífilis y la gonorrea?

–Enfermedades –dije. Y luego dirigiéndome a Rudy añadí–: ¿No crees que son temas un poco inadecuados para un niño de cuatro años? Además Django y yo somos extranjeros.

–Lo siento. Estaba hablando de los extranjeros de hace mucho tiempo. Mejor me dejo de pontificar.

Paramos y enfilamos por un camino pavimentado junto a un arroyo. Me había puesto zapatillas y me sentía cómoda. El sonido del agua, las fragancias de la vegetación, todo era refrescante a mi alrededor. El aire parecía estar lleno de presencias.

–¿Qué pasó aquí? –dijo Django.

–¿Cómo sabes que pasó algo? –dijo Rudy.

–Puedo sentirlo. ¿Hay fantasmases?

Siempre le agregaba una sílaba a «fantasmas».

–Yo también puedo sentirlo –dije–. ¿Qué es?

–Mana. Un poder espiritual. En 1790 hubo una gran batalla cuando el rey Kamehamea y su ejército aniquilaron a los guerreros de Maui. Lo que sienten es el poder de todos esos espíritus. He traído gente aquí que no sentía nada. Pensé que ustedes podrían, y me alegra no haberme equivocado.

–¿Así que fue una especie de prueba? –le pregunté.

–Como todo.

–¿Ustedes perdieron la guerra? –siguió Django.

–No importa –dijo Rudy–. Kamehamea estaba tratando de unificar estas islas.

–¿Lo consiguió? –quise saber.

–Sí, pero le llevó casi treinta años.

–¿Quién es el rey ahora? –preguntó Django.

–Nadie.

La caminata no era corta y después de un rato Django se cansó y Rudy lo cargó sobre los hombros. Finalmente llegamos hasta un letrero que decía Aguja de Iao elev. 686 metros, y ahí estaba, sobresaliendo más allá de los árboles, no tanto una aguja sino más bien un cono irregular, un cono de oscuridad. Más allá, el valle estaba lleno de nubes. El aire estaba cargado de humedad y el agua fría y turbulenta del arroyo inundaba la atmósfera de rocío mientras salpicaba, rodaba y burbujeaba sobre las rocas. Era como si el agua vociferara en las faldas de la Aguja de Iao.

–Está hablando –dijo Django, y señaló la Aguja.

–¿Qué dice? –preguntó Rudy.

–Habla sin palabras.

–Esa roca podría contar muchas historias si quisiera. Tal vez esté haciendo eso, en lengua de aguja.

–No le veo la cara –dijo Django.

–¿La cara de quién? –dije.

Volvió a señalar la Aguja.

–Si subimos por el puente podremos verla desde otro ángulo –dijo Rudy.

Así que subimos el puente. Había un mirador techado en un extremo y contemplamos la Aguja desde allí. Esta vez pude ver que estaba cubierta de follaje verde o musgo.

–Sigo sin verle la cara –dijo Django.

–Yo nunca le he visto la cara –dijo Rudy.

–Mire adonde mire, siempre me da la espalda.

–Algunas rocas son así –explicó Rudy–. Mi casa está más cerca que el Pioneer Inn, así que si les parece bien vamos allá para que descansen un rato. Después les prepararé una auténtica comida hawaiana.

33

Elias Newman

30 de enero de 2003. Nunca se sabe por dónde te va a atacar una metáfora o atropellar un paradigma. En la terminal internacional del aeropuerto de Los Ángeles hay una especie de máquina de pinball apoyada sobre sus patas traseras, como una pizarra. Es una máquina dispensadora de pelotas. Una cinta transportadora recoge las pelotas que han llegado rodando desde varios canales; la cinta lleva las pelotas hasta arriba y las deja caer en una disposición que recuerda las obras de Heath Robinson. Y que no siempre es la misma, hay variaciones que parecen aleatorias. La máquina está gastada y a veces no levanta las pelotas. No hay émbolos que funcionen, no hay forma de controlar lo que hace. La máquina es exactamente lo que es y hace lo suyo de manera imperfecta en una variedad de formas, mientras emite unos ruidos que parodian a las máquinas de pinball. Eso creo. Un hombre se acercó mientras reflexionaba sobre esto. Golpeó el vidrio con fuerza un par de veces, lo maldijo y se fue mientras la máquina seguía con sus ruiditos irrisorios. Me quedé allí mucho tiempo mientras otros apostadores optimistas fracasaban en sus intentos. Había una firma impresa en un costado: Rhoads 96. Qué profundo el señor Rhoads.

Antes de irme de St Eustace había pasado a ver a Abraham Selby. Nunca he olvidado las palabras del profesor Ernst sobre la relación médico-paciente (me doy cuenta de que nunca digo paciente-médico. Hay un orden tradicional para ciertos pares de palabras: Adán y Eva, bife y riñón, más y menos, sin ton ni son. Nadie dice sin son ni ton). Nunca he sido un verdadero verticalista. Abraham Selby, aunque horizontal en su cama, era en sí mismo tan vertical como yo. Quizás incluso un poco más, a veces.

Allí estaba, con su pierna lacrimosa apoyada como siempre y su ejemplar del Times en la mano.

–A veces hay buenas noticias cuando menos lo esperas –dijo.

–Cuénteme.

–Échele un vistazo.

Dobló el periódico para mostrarme algo y me lo pasó. Con esto del vuelo a Hawái yo había estado demasiado ocupado para leer mi propio ejemplar en casa. Había una nota breve con una foto en color de una botella invertida de ketchup Heinz con la etiqueta en la orientación correcta. Dan vuelta a la salsa, no a la etiqueta, decía el titular.

«Heinz ha invertido millones de libras y tres años de investigación para elaborar una botella con la válvula en la parte de abajo. Es una solución que los consumidores encontraron hace años: siete de cada diez personas dicen que equilibran sus botellas sobre la tapa».

–¿Qué le parece? –dijo Selby.

–Definitivamente son buenas noticias.

–Las cosas siguen igual durante años y años –dijo Selby–, y luego cambian de repente. Pon atención –le dijo a su pierna. Y a mí–: Piénselo.

Lo hice.

34

Christabel Alderton

27 de enero de 2003. La casa de Rudy, rodeada de árboles excepto por el lado que daba al mar, estaba en Hamakua Poko, en un terreno elevado con vistas a un barranco. Esperaba algo reconociblemente hawaiano, pero era una estructura muy moderna, con paneles solares en el techo, mucho vidrio y una terraza en voladizo.

–La construí yo mismo –dijo–. Es madera de koa, un material con alma hawaiana, la madera que es madre y padre. Antiguamente se hacían canoas con ella. Ahora, me asomo a la terraza y miro el mar, la bahía llena de yates y de pescadores de fin de semana, y veo los fantasmas de esas canoas con velas de garra de cangrejo, perdiéndose en el horizonte hasta nunca jamás. Todo perdido, con el mana que tenían dentro. Uno no puede decir nada.

–Nunca jamás –dijo Django. Le gustaba cómo sonaba.

Rudy nombró todos los árboles, pero solo algunos se me quedaron en la memoria: plátano, mango, frutipán, macadamia y tamarindo. Había flores por todas partes, algunas de ellas plumeria, como los leis que nos había regalado. Un árbol que se distinguía de los demás y tenía unas hermosas flores de color púrpura. Admito que lloro fácilmente y no siempre sé por qué.

–¿Por qué lloras? –dijo Rudy.

–Por nada. Es solo el púrpura. ¿Qué árbol es?

–Un jacarandá. Es el árbol de Esperanza.

–¿Quién es Esperanza?

–Nuestra hija. Está enterrada aquí.

–¿Cuántos años tenía?

–Fue mortinata.

–¿Qué es mortinata? –preguntó Django.

–Nació muerta –dijo Rudy.

Django calló unos momentos. Luego preguntó:

–¿Dios miró hacia otro lado?

Oh, cielos. Tenía fe en que heredara mi ateísmo.

–Sí –dijo Rudy–. Miró hacia otro lado.

–¿Por qué?

–Porque está loco.

De nuevo hubo una pequeña burbuja de silencio. Entonces Django dijo:

–Pero Él creó el mundo.

–Eso prueba que está loco –dijo Rudy.

Nos llevó al invernadero, que estaba cerca, entre los árboles. Era grande y parecía muy profesional.

–¿También construiste esto? –dijo Django.

–Sí. Keiko lo diseñó y yo lo construí.

Abrió la puerta y entramos en un mundo brillante de flores y fragancias. Keiko había estado trabajando y se quitó los guantes

para venir a saludarnos. Llevaba pantalones cortos y camiseta, pero cuando sonrió fue como si se abriese un abanico de seda con una dama de la corte japonesa de otro siglo pintada en él. Tomó dos leis con flores amarillas y nos los colgó del cuello.

–Aloha –dijo, e hizo el saludo hongi con Django y conmigo–. Estas plumerias kuala-mani son el segundo saludo a su visita, o sea que son dos veces bienvenidos en nuestra casa.

Le di las gracias y le entregué un regalo, unos aros esmaltados con forma de violetas, muy delicados, de los años treinta, con un collar a juego. Se los puso de inmediato y supe que había acertado con el regalo.

–Nunca he tenido violetas –dijo, y me dio un beso.

–Esto es para ti –le dijo Django a Rudy, y le dio una navaja suiza de las más sofisticadas.

–Mahalo –agradeció Rudy–. La llevaré siempre conmigo y me recordará a ti.

–Plumeria –dijo Django mientras miraba su lei.

–Es la flor más popular para los leis. Hay veinticinco tipos –dijo Keiko–. No las cultivamos aquí, pero están por todas partes. Esta rosa es una lokelani, es la flor oficial de esta isla. En otros lugares se la conoce como rosa de Damasco.

Era una rosa de aspecto jugoso con un hermoso color rosado y un aroma que te hacía sentir como si estuvieras bailando un vals.

–Sí –dijo Keiko cuando vio que mis pies se movían–, la flor baila.

Nos mostró orquídeas, heliconias, hibiscos, jazmines, gardenias y muchas más flores cuyos nombres no recuerdo. Tengo buena memoria para las canciones pero no para el mundo vegetal.

Rudy había estado ocupado en la cocina mientras hacíamos el recorrido por el invernadero. Comeríamos en la gran sala que daba a la terraza. Era una habitación luminosa y las flores la iluminaban aún más. Los ventanales estaban abiertos y una brisa agradable agitaba los arreglos florales y diseminaba sus fragancias. Cuando Django vio la mesa le dijo a Rudy:

–Esto también lo hiciste tú.

–Correcto.

La mesa se estrechaba en ambos extremos y los bancos a ambos lados estaban unidos a ella como los estabilizadores de una canoa.

–¿Koa? –dijo Django.

–¿Qué más?

En un rincón de la sala había un biombo de esos que las mujeres usan para cambiarse de ropa en las películas. Los tres paneles estaban completamente cubiertos de flores prensadas bajo un plástico transparente. Eran como hermosos fantasmas atrapados en pleno vuelo, y sus colores fantasmales se me quedaron en la cabeza hasta el día de hoy: tengo pensamientos y recuerdos florales. Reconocí pétalos de plumeria, jacarandá, hibisco, lokelani y uno o dos más, pero cuando le pregunté a Keiko por los nombres ella negó con la cabeza.

–No pienses en nombres –dijo–, solo piensa en flores.

Iba a preguntar si podía hacerle una foto al biombo, pero decidí no hacerlo. En mi casa tengo montones de fotos de cosas que quería recordar, pero, cuando trato de recordar esas escenas y a esas personas, lo que me viene a la mente son las fotos. Ahora, sin foto ni lista de nombres, veo el biombo con sus fantasmas y escucho a Django preguntar a Keiko:

–¿Qué hay por detrás?

–Ancestros –dijo ella, y plegó un panel para mostrarle un pequeño altar con fotografías enmarcadas de unas personas muy serias.

–¿Muertos?

–Sí.

Mi hijo juntó las manos e hizo una reverencia, como había visto en las películas, y Keiko cerró el biombo y lo besó.

Mientras Rudy cocinaba a la parrilla algunos de los pescados de quince kilos que había pescado esa mañana temprano (los llamaba ono) comimos sashimi con dos tipos de salsa, chips y buñuelos hechos con frutipán, y bebimos cerveza Steinlager. Para Django había limonada fresca. Rudy sazonó el pescado con pimienta negra, mantequilla de ajo y lima recién exprimida, y me hizo sentir que todo lo que había comido hasta entonces no había sido comida de verdad. A Django también le gustó.

–Come como un adulto –dijo Keiko.

–Mejor que algunos –dije–. No tiene problema en probar cosas nuevas.

Para cuando Rudy trajo una gran fuente llena de fruta a Django se le estaban cerrando los ojos.

–¿Cocodrilo? –balbuceó.

–Eso no hay. Tendría que importarlo –dijo Rudy.

Saqué a Cocodrilo de mi bolso y se lo di a Django, que se quedó dormido en una de las habitaciones para invitados antes de que su cabeza tocara la almohada.

–Es un niño increíble –dijo Rudy.

–Gracias. Si lo tuvieran en la estantería de una tienda, probablemente sería el que yo escogería para llevármelo.

–¿Se parece a su padre? –preguntó Keiko–. Porque no es como la mayoría de los niños. Es un alma vieja.

Siempre que pensaba en Adam podía oír «Nuages» y evocar con claridad sus rasgos contra la luz rosa de la lámpara, pero también recordar lo que había dicho cuando nos despedimos y le pedí su dirección y su teléfono.

–Bueno, cuando Django crezca no creo que le sea infiel a su mujer ni a nadie –dije.

Era una respuesta impertinente, pero fue lo que salió de mi boca.

–Lo siento. No debería haberme entrometido en tu pasado.

–No pasa nada. Mi pasado es el intruso. Trato de no mirar atrás, pero siempre está frente a mí.

–Sabemos lo que se siente –dijo Rudy–. Lo único que se puede hacer es mantenerse ocupado. Keiko lleva nuestro negocio de leis y yo hago de guía, carpintería, cualquier cosa que se presente.

–Además de koko y sin uke –dijo Keiko.

–Eso es. Tenemos que recuperar nuestra nación –dijo Rudy–. Hawái no puede seguir siendo solo una atracción turística, llena de tíos Tom repartiendo leis y haciendo hula y luaus. No somos parte de Estados Unidos, tenemos una cultura y una historia. Venimos de un pueblo que construía grandes canoas dobles con esas velas triangulares que aguantaban viajes muy largos. Con sus manos esculpieron las canoas y tejieron las velas y se arriesgaron en mar abierto. No sabían lo que había al otro lado del horizonte, no tenían brújula ni mapas que les mostraran el camino a las nuevas islas que estaban buscando.

–¿De dónde vinieron?

–Primero de Samoa a las Marquesas, y luego de las Marquesas hasta aquí.

–¿Por qué no se quedaron donde estaban?

–Porque querían ver lo que había más allá del horizonte –dijo Rudy–. Creo que Django hará lo mismo cuando crezca.

–¿Cómo encontraron Hawái?

–Observando las olas y las corrientes, el viento y las estrellas. También a los pájaros. Miraron a lo lejos en busca de algún rastro de islas y las encontraron. Encontraron Hawái y lo convirtieron en nuestro hogar, pero después los blancos se apoderaron de todo y hubo un momento en que incluso prohibieron nuestra lengua. Nos prohibieron el hula, no el hula bonito para los turistas, sino el verdadero, la danza que contaba nuestra historia. Somos mejores que quienes nos quitaron nuestra tierra.

–No te alteres tanto –dijo Keiko–. No tienes que portarte como el gran kahuna con nosotras.

–Está bien –dijo Rudy–. Me calmo.

La vida no es fácil para nadie, pensé. Nos quedamos allí sentados mirando cómo el cielo se oscurecía sobre el mar. Cuando llegó el momento de irnos Keiko me dio una botella con corcho llena de un líquido espeso.

–Toma media taza antes de dormir –dijo–. Lo hice para ti. Te ayudará a dormir tranquila.

–¿Qué es?

–Kava, se hace con las raíces de la planta del pimiento.

–Gracias. Hoy mismo lo pruebo.

Al bajar por la autopista Kuihelani hacia la costa de vuelta a Lahaina, mientras el camino parecía acercarse a nosotros frente a las luces delanteras, me sentí en un lugar que era todos los lugares.

–A lo mejor hay ballenas ahí en la oscuridad –dijo Django.

Esa noche, mucho después de haberlo dejado en su cama, salí a la terraza y miré el cielo. Estaba muy nublado; no podía ver la luna, no podía ver la Osa Mayor y mi hogar no estaba donde yo me hallaba en ese instante.

35

Elias Newman

30 de enero de 2003. Pronto estaría en Honolulú, donde tomaría un vuelo a Maui. Ahora que conocía la muerte de Django me inquietaba mucho este «viaje del recuerdo» de Christabel. Qué mujer más extraña, tan llena de vida y tan absorta en la muerte.

En cuanto a mí, nunca logré acostumbrarme al paso del tiempo y el espacio a través de mi ser, ni al paso del ser a través del tiempo y el espacio. Los años se me vinieron encima como un reflujo ácido mezclado con las horas de viaje y todo se materializó en un nudo en el estómago y un torbellino de canciones medio olvidadas en la cabeza:

«Las estrellas brillan encima de ti, / se quedan allí quietas, / susurran un te amo. / Oh, quédate tú también quieta aquí…». Esa era «Linger Awhile». También me rondaban «El caballero español», «Juanita», «El señor Olaf» y otros grandes éxitos.

¿Qué pensaba hacer con este amor tardío? ¿No sería mejor deslizarse lenta y suavemente hacia la vejez sin todas estas molestias? No seas estúpido, me dije. Este barco ya zarpó y no tienes elección. Todo esto es lo que te mantiene vivo, deberías estar agradecido.

Viva el amor, me dije, mientras me inclinaba hacia adelante en el asiento y maldecía la lentitud aparente del avión.

36

Jimmy Wicks

29 de enero de 2003. Si lo piensas, dedicarse a escribir canciones y tocarlas es una manera bien rara de ganarse la vida. A veces, cuando salen otras bandas en televisión, apago el sonido y lo que veo es a un grupo de tipos saltando, gesticulando y sudando como idiotas. Esta tarde estaba parado afuera del Anchor & Hope mirando el río y al Blue Guitar, un bonito yate que justo pasaba por ahí, cuando un tren cruzó el puente y de pronto no supe qué oía y qué no. ¿Oía el ruido que hacían el yate y el tren? No estaba seguro. ¿Se había apagado el sonido por un momento?

37

Christabel Alderton

30 de enero de 2003. Sigo recordando 1993. Es como llevar un cilicio. En nuestro segundo día en Maui, Django y yo desayunamos temprano y nos preparamos para estar listos cuando Rudy nos recogiera. El tiempo estaba fresco y el cielo, nublado, y yo no tenía muchas ganas de avistar ballenas, a pesar de que ese era el propósito del viaje. Me hubiera gustado tomar un segundo desayuno en algún bar de la calle principal y pasar un buen rato con un café. Había bebido la kava antes de acostarme; era amarga y me adormeció la boca y la garganta un par de minutos, pero luego sentí una calidez esparcirse por todo el cuerpo y me sumí en un sueño profundo. Tuve pesadillas que no podía recordar y me desperté con la cabeza pesada y un mal sabor de boca.

Y ahí estaba Rudy, preguntándome si había pasado una buena noche.

–La kava sí que me ayudó a dormir –dije–. Ahora me gustaría despertarme. Es como si tuviera resaca.

–Hay que tener dieciocho años para poder tomarla en un bar de kava. Claro que puedes sentirlo a la mañana siguiente si no eres demasiado fuerte.

–Y me lo dices ahora.

–¿Ballenas hoy?

Lucille estaba lista para ponerse en marcha con sus jadeos de chatarra vieja.

–¿Hay algún lugar con buena vista y sin muchos turistas?

–Podríamos subir por la costa y dar la vuelta a Kahakuloa Head. Hay lindos miradores sobre los acantilados y es una ruta muy agradable.

–Genial, hagamos eso –dije, y partimos. El mar nos quedaba a la izquierda y tenía un aspecto frío y pesado.

–Kahakuloa Head. Cabeza de Kahakuloa –dijo Django. Le gustaba cómo sonaba–. ¿Tiene cara?

–No –dijo Rudy–. No es ese tipo de cabeza. Es solo una roca grande que sale del agua.

–Cabeza de Kahakuloa –dijo Django de nuevo–. Sin cara. Sin ojos.

–Aquí está Kaanapali –dijo Rudy, parando el Land Rover–. ¿Ven el tren?

Señaló a la derecha, donde un tren de vapor antiguo como de Disneylandia resoplaba y resoplaba, todo rojo, negro y bronce.

–¡Eeeooo! –repitió Django mientras hacía sonar su silbato, y leyó las letras doradas en el costado de la locomotora–: A-N-A-K-A.

–Anaka debe ser el nombre de la locomotora –dije.

Sobre el vagón negro se leía LK & P RR en letras doradas, pero Django no pudo descifrar el signo et.

–Es el antiguo tren del azúcar, la línea Lahaina-Kaanapali y del Pacífico –dijo Rudy–. Ahora miren abajo, esa roca negra que sobresale del agua.

Miramos. Había un pájaro blanco sobrevolando la roca; tenía manchas negras y una cola larga y negra en forma serpentina.

–Esa roca es sagrada –dijo Rudy–. Se llama Kekaa. Ahí es donde las almas de Maui daban el salto al mundo de los espíritus.

–Ese pájaro, ¿es un alma? –preguntó Django.

–Es un ave tropical. Quizás sea un alma, no lo sé.

–Dijiste que saltaban desde allí –dijo Django–. ¿Ya no?

–No lo sé. Tal vez todavía lo hagan.

–Algunas deben venir de muy lejos. ¿Tienen que volar hasta allí?

–Claro –dijo Rudy–. Supongo que así es.

–Entonces, ¿por qué necesitan saltar de una roca? ¿Por qué no vuelan directas al mundo de los espíritus?

–Bueno, tienes toda la razón…

–Quizás la roca negra es una puerta al mundo de los espíritus –dijo Django–. Por eso tienen que venir hasta aquí.

–Esa es la mejor explicación que he escuchado hasta ahora –dijo Rudy.

Han pasado diez años y recuerdo cada palabra.

Subimos bordeando la costa por Kapalua.

–Aquí es donde cultivan golf, hoteles y piñas –dijo Rudy.

–¿Qué es golf?

–Gente golpeando una pelotita blanca con unos palos muy elegantes.

–¿Cómo pueden cultivar golf y hoteles?

–Plantan dinero y el golf y los hoteles brotan de la tierra.

–¿De dónde sacan el dinero?

–De los turistas.

–¿Como yo y mi mamá?

Rudy me miró y se secó el sudor imaginario de la frente.

–A mí no me mires –le dije–. Empezaste tú con los comentarios criticones.

–Sí. Como tú y tu mamá.

–Pero nosotros no le pegamos a ninguna pelotita blanca.

–Está bien. Me equivoqué, lo siento.

El camino ascendía por unos acantilados muy altos; las olas rompían a buena distancia allá abajo. Avanzamos un poco más y luego Rudy se detuvo y bajamos del coche. A mí, hasta ver en una película a alguien de pie en lo alto de un edificio me pone nerviosa, así que agarré a Django de la mano y deseé estar observando ballenas desde un barco.

–Ahí está la Cabeza de Kahakuloa –dijo Rudy.

Era una roca enorme y áspera, gris y fea, y comenzó a expandirse ante mis ojos como cuando te acercas a algo sobre el agua. Entonces se congeló como una fotografía y yo también me congelé: no podía hablar, no podía moverme. Mi mano estaba vacía. Busqué a Django, lo escuché decir «Otra puerta», vi el borrón de su camiseta y luego se desvaneció. Una ballena jorobada emergió del agua frente a la Cabeza de Kahakuloa y volvió a hundirse en medio de una torre de espuma y el sonido de un trueno.

Una y otra vez revivo ese momento y me pregunto qué pasó. Rudy dijo que Django se había acercado demasiado al borde y resbaló. ¿Cómo pude soltarle la mano? La muerte es algo tan grande y él era una personita tan pequeña…

Pero ya es suficiente. Basta de este viaje por el Sendero de la Memoria en su décimo aniversario. Ahora quiero volver al 30 de enero de 2003.

Esta vez hice las cosas por mi cuenta. Alquilé un auto en Kahului, conduje hasta el Pioneer Inn y me registré. No quería ver a Rudy Ka'uhane; todavía estaba llena de ira, más conmigo misma que con él. No podía evitar pensar que no debería habernos llevado a Kahakuloa, pero luego me golpeaba el hecho de que había sido yo quien no había querido salir en barco.

El día estaba igual que diez años atrás, frío y gris. Seguí el mismo camino que habíamos recorrido con Lucille y en poco tiempo llegué al lugar. La Cabeza de Kahakuloa me miraba como yo a ella con su rostro de cíclope.

«¡Tú!», le grité, recordando cómo me había hecho vomitar la pintura en la Royal Academy. Perdí el control, sentí que esa roca gris y fea también era la Aguja de Iao y la roca negra donde saltaban las almas. Vomité y me apoyé en el auto intentando recuperarme.

–Todo es inútil. Soy la insignia de la mala suerte.

Y pronuncié los nombres, omitiendo solo los del Badrulbadur porque no conocía a nadie a bordo: mi padrastro Ron Burke, Dick Turpin, Sid Horstmann, Adam Freund, Django. No iba a añadir a Elias a la lista. Mi vida ya no tenía sentido, no había nada que pudiera sostenerme. Miré hacia el borde:

–¿Por qué no?

El cíclope, la Cabeza de Kahakuloa, la Aguja de Iao y la roca negra asintieron.

–¿Puedes dejarme tranquila de una vez? –dije irritada al oír que Lucille seguía sonando como si necesitara un cambio de válvulas. Lo único que quería era paz y quietud, pero no las estaba consiguiendo. Y ahora sin duda estaba alucinando: creí ver a Elias aferrándome del brazo. Pero no podía ser: tenía más fuerza de lo que se supone que pueden tener las alucinaciones.

–Te tengo –dijo.

Así, sin más. Sin énfasis. Allí estaba.

–Te vas a arrepentir –dije–. No soy más que portadora de malas noticias.

–No te lo vas a creer, pero yo tengo buenas noticias.

–Lo dudo.

–No, en serio, mira.

Sacó un recorte del Times de un bolsillo. La imagen de una botella de ketchup Heinz dada vuelta.

–¿Y qué?

–Después de todos estos años, la dieron vuelta. ¿No lo ves? Las cosas mejoran, no son iguales para siempre.

–Estás loco.

–Todavía no lo suficiente, pero me estoy esforzando. Te quiero.

–Bueno, por si vale de algo, yo también te quiero.

–Lo vale todo.

Y en eso no discutí con él.

38

The Times

30 de enero de 2003.

BIS

Jimmy Wicks, de sesenta años, guitarrista, cantante y compositor de Mobile Mortuary, fue declarado muerto ayer por la mañana en su casa en Clapton tras sufrir, supuestamente, un ataque al corazón. Sin embargo, en la ambulancia que lo llevaba a la morgue se levantó de pronto y dijo: «Gracias por subir el volumen». Por la tarde se sometió a un baipás triple en el Hospital Homerton y hoy se recupera favorablemente.

Agradecimientos

Si la buena voluntad y las horas y los kilómetros de ayuda que recibí con esta novela se extendieran de punta a punta llegarían desde aquí hasta Kahakuloa Head.

Andrew Bown, de Status Quo, fue mi asesor y guía en todos los asuntos musicales y me proporcionó datos enciclopédicos.

Nunu Whiting y Dave Salt me permitieron visitar las salas de ensayo de Waterloo Sunset y Claire Ferris me hizo un tour completo.

Ben Schlapak, director del aeropuerto internacional de Honolulú, autorizó amablemente mis consultas y me envió descripciones útiles. Jenny Hausler, de la Oficina de Información al Visitante, me asesoró sobre los jardines y el Mini Hotel, que ya está cerrado.

Emmae Gibson, como yo, pasó por el aeropuerto internacional de Honolulú en 1993 y compartió con generosidad sus impresiones.

Dennis Camblin, de Hawái, pasó días viajando por Maui en mi representación. Me envió montones de notas y cientos de fotografías, así como libros, mapas y flores prensadas.

Graeme Wend-Walker me proporcionó apuntes detallados, fotografías y diagramas del Aeropuerto Internacional de Los Ángeles.

Susan Ruskin me facilitó sus observaciones actuales del aeropuerto de Los Ángeles.

Rob Warren, del Observatorio de Greenwich, me proporcionó información astronómica.

El doctor Michael Feher, del Hospital Chelsea & Westminster, fue mi asesor en cuestiones diabéticas.

El doctor Ben Hoban respondió a preguntas médicas generales.

Liz Calder, Katherine Greenwood, Phoebe Hoban y Dominic Power aportaron comentarios de utilidad.

Gundula, mi mujer, tradujo «Der Tod und das Mädchen» y «Herr Oluf». También me mantuvo actualizado sobre Londres en general y sobre la moda en particular.

Dos artículos de National Geographic fueron fuentes valiosas: «Hawai: Preserving the Breath», de Paul Theroux, diciembre de 2002, y «Maui: Where Old Hawaii still Lives», de Kenneth F. Weaver, abril de 1971.

La camiseta Antidáctilos por la paz procede de la viñeta de Neil Bennett publicada en la edición del 1° de mayo de 2001 de The Times.

El Daniel Mendoza y el As You Like It son cafés ficticios.

El murciélago europeo de cola libre que se estrella en el Capítulo 16 fue rescatado por Ginni Little, del hospital de murciélagos Cornwall. Ahora se llama Hobbit Higgins (por sus patas peludas) y prospera bajo los cuidados de la señora Little. El hospital de murciélagos Cornwall no tiene otros ingresos que las donaciones privadas y el dinero que recibe de su programa de adopción. El trabajo de Ginni Little con estas fascinantes criaturas merece todo el apoyo posible.

R.H.

Londres, 23 de julio de 2004

Sobre el autor

Russell Hoban nació el 4 de febrero de 1925 en Pensilvania, Estados Unidos. Tras estudiar arte en la universidad, se enroló en el ejército estadounidense e intervino en la Segunda Guerra Mundial. Durante varios años se ganó la vida como ilustrador y redactor publicitario. Su carrera como escritor de literatura infantil y juvenil comenzó en 1959, fue muy prolífica y se extendió hasta el final de sus días. La novela The Mouse and His Child, publicada en 1969, está considerada un clásico en el género. Ese mismo año se mudó definitivamente a Londres. Su primera novela para adultos apareció en 1973: El león de Boaz-Jachin y Jachin-Boaz. A esta la siguieron otras quince novelas, varias de las cuales fueron traducidas al castellano. Se destacan Diario de las tortugas, que fue llevada al cine con guion de Harold Pinter, La frecuencia de Medusa y Fremder. En 1980 apareció Riddley Walker, considerada una de las obras maestras de literatura fantástica del siglo XX y que le valió la admiración de escritores como Anthony Burgess, Ursula K. Le Guin, Neil Gaiman, entre muchos otros. La editorial Berenice la publicó en España con el título Dudo Errante y años después la reeditó Cátedra. En 1992, Hoban recopiló sus ensayos, relatos y libretos en The Moment under The Moment. Murió el 13 de diciembre de 2011 en Londres a los 86 años. Desde 2002, el 4 de febrero se celebra el día SA4QE, en el cual fans de todo el mundo pegan en espacios públicos papeles amarillos, como los que usaba para escribir, con citas extraídas de sus libros.

Índice de contenido

1. Christabel Alderton

2. Elias Newman

3. Christabel Alderton

4. Anneliese Newman

5. Elias Newman

6. Jimmy Wicks

7. Christabel Alderton

8. Elias Newman

9. Titus Smart

10. Christabel Alderton

11. Anneliese Newman

12. Elias Newman

13. Christabel Alderton

14. Elias Newman

15. Christabel Alderton

16. Elias Newman

17. Abraham Selby

18. Anneliese Newman

19. Christabel Alderton

20. Elizabeth Barton

21. Elias Newman

22. Christabel Alderton

23. Henry Panawae

24. Elias Newman

25. Christabel Alderton

26. Elias Newman

27. Christabel Alderton

28. Elias Newman

29. Rita Henderson

30. Florence Jasper

31. Anneliese Newman

32. Christabel Alderton

33. Elias Newman

34. Christabel Alderton

35. Elias Newman

36. Jimmy Wicks

37. Christabel Alderton

38. The Times

Agradecimientos

Hitos

Cover

Hoban, Russell

Ven a bailar conmigo / Russell Hoban. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sigilo, 2025.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Andrea Palet.

ISBN 978-631-90658-8-6

1. Narrativa Estadounidense. I. Palet, Andrea, trad. II. Título.

CDD 810

Título original: Come Dance With Me

© The Trustees of the Russell Hoban Trust, 2005

© Andrea Palet, 2025, de la traducción

© Editorial Sigilo, 2025

Arte de portada: Daniel Bolívar

Revisión de traducción: Santiago Featherston e Inés Marcos

Ebook: Tomás Caramella

Primera edición en Argentina: marzo de 2025

Primera edición digital: marzo de 2025

ISBN: 978-631-90658-8-6

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Queda prohibida la reproducción total o parcial

de esta obra sin la autorización por escrito del editor.

Editorial Sigilo SRL

Pedro del Castillo 549 8° C

(C1414AWK), Buenos Aires, Argentina

sigilo@sigilo.com.ar

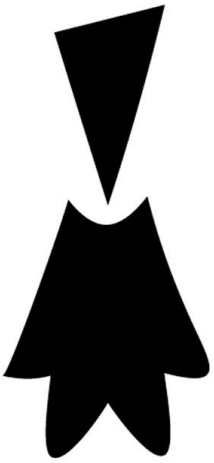
www.sigilo.com.ar

Sigilo editorial S.L.

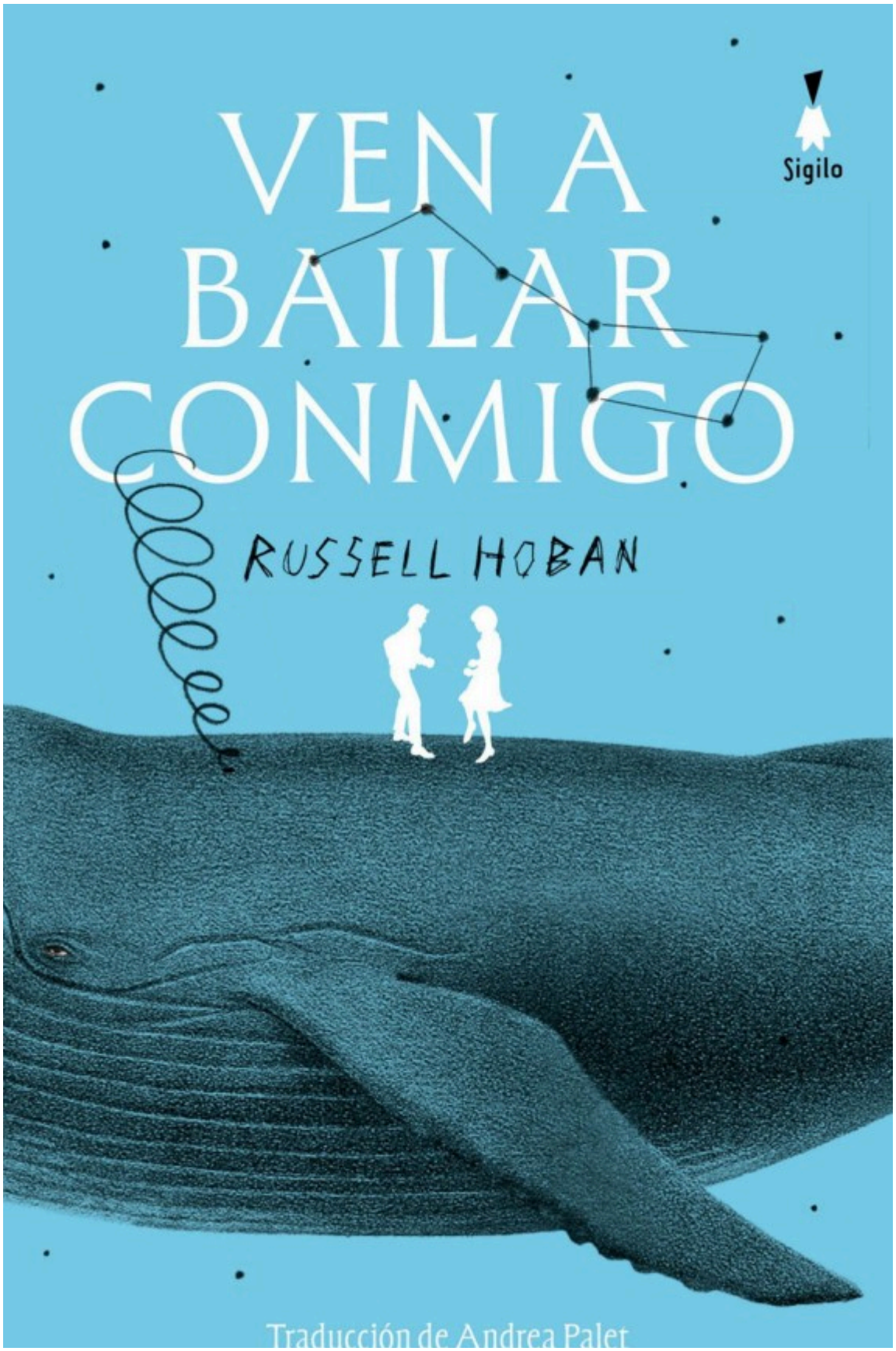
Madrid

info@sigilo.es

www.sigilo.es



Verdad, misterio, locura y maravilla


VEN A
BAILAR
CONMIGO
Sigilo
RUSSELL HOBAN
Traducción de Andrea Palet

